

extra
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
VIAJE AL
HORROR
Ralph
Barby

Hay dos clases de animales: Animales irracionales y bestias racionales.

Jugar con fuego dicen que es quemarse. Tentar la suerte es exponerse a perder; por ello es peligroso, terriblemente peligroso, acercarse a quien tenga poderes porque puede utilizarlos con nosotros y contra nosotros. La Magia es un campus en el que danzan embaucadores, zorros, cuervos, buitres y otros seres que son peligrosos. Participar por simple diversión, por ahuyentar de nosotros el aburrimiento visceral que nos aplasta, es exponerse al horror más alucinante del que es difícil escapar.

Ser cauto y no ver lo que se pueda ver nos ayudará a llegar en paz al final del camino. Jamás, jamás te sometas totalmente al poder de nadie, aunque ese alguien te parezca un santo, porque terminarás en la hoguera.



Ralph Barby

Viaje al horror

Bolsilibros: Selección Terror extra - 2

ePub r1.1
xico_weno 17.12.17

Título original: *Viaje al horror*
Ralph Barby, 1982
Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




Selección
TERROR
extra

Hay dos clases de animales: Animales irracionales y bestias racionales.

Jugar con fuego dicen que es quemarse. Tentar la suerte es exponerse a perder; por ello es peligroso, terriblemente peligroso, acercarse a quien tenga poderes porque puede utilizarlos con nosotros y contra nosotros. La Magia es un campus en el que danzan embaucadores, zorros, cuervos, buitres y otros seres que son peligrosos. Participar por simple diversión, por ahuyentar de nosotros el aburrimiento visceral que nos aplasta, es exponerse al horror más alucinante del que es difícil escapar.

Ser cauto y no ver lo que se pueda ver nos ayudará a llegar en paz al final del camino. Jamás, jamás te sometas totalmente al poder de nadie aunque ese alguien te parezca un santo porque terminarás en la hoguera.

El autor.

CAPÍTULO PRIMERO

Yacía en el suelo en decúbito prono, desnuda toda su piel suave, muy blanca y lechosa, pero en su cuerpo de hembra atractiva destacaban las marcas de la brutalidad, del sadismo. La muerte había hundido sus afiladas garras en ella.

Había sangre en el pavimento, sangre que había comenzado a coagularse, de las heridas ya no manaba. Tenía grandes marcas de golpes y varias incisiones de cuchilladas.

El comisario Pierre Servant contemplaba el cadáver mientras un agente tomaba fotografías de la víctima.

—Hazle una desde los pies, que se vea la mesa volcada —ordenó.

La voz del comisario Servant delataba cansancio, eran casi gruñidos y no palabras lo que brotaba de sus labios, labios que se juntaban para sujetar el cigarrillo.

—¡Servant!

Se volvió despacio, conocía aquella voz.

Un hombre más alto y más joven que él acababa de entrar en el apartamento. Servant le prodigó una mirada de falsa simpatía.

—Hola, Clocher —saludó, apartando apenas el pitillo de su boca mientras hundía la diestra en el bolsillo del pantalón.

—Una guardia movida —opinó el recién llegado clavando sus ojos en la muerta cuyo cuerpo se iluminaba a cada golpe de *flash*.

—Dentro de media hora empiezo las vacaciones. Este caso es tuyo, Clocher.

—Sí, ya lo sé. ¿Qué opinas? —preguntó amable, como una concesión a la veteranía de su compañero Servant.

—Será un caso sencillo.

—Once puñaladas —dijo un agente al oír las palabras del comisario Servant.

—Muchas puñaladas —comentó Clocher.

—Eso indica que el asesino no es un tipo frío, sino alguien que se deja llevar por los arrebatos. Ya te lo digo, será un caso fácil.

—¿Un amante?

—Clocher, cuando te encuentres a una mujer en estas condiciones, sólo pueden ser tres tipos: el amante, el chulo o un psicópata que se dedica a matar mujeres.

—Esperemos que el asesino no sea esto último, porque entonces habría más víctimas.

—Los asesinos de putas son psicópatas que aparecen cíclicamente, maníacos que mejor sería entregarlos a *madame* Guillotine que encerrarlos en un manicomio.

—Sí, son enfermos —observó el comisario Clocher.

—Esa clase de enfermos no se recupera, he visto a varios de ese tipo, aunque en este caso me inclino a suponer que el asesino es el chulo, ya sabes, el macarra.

—¿Por qué?

—Fíjate, lleva las uñas de los pies pintadas. La hemos movido ligeramente sin cambiarla de posición y tiene hasta los pezones pintados. No me extrañaría que hasta el vello del pubis fuera teñido. Es una zorra y muchas zorras acaban como ella. Además, los maníacos matan de otra forma. —Suspiró—. Voy a tomarme un par de cafés, un *croissant*, un poco de mermelada y…

Clocher tragó saliva; no podía decirse que fuera un hombre blando, pero aún no había alcanzado el endurecimiento del comisario Servant. Ver un cadáver bañado en sangre, acribillado a puñaladas y hablar del desayuno, era difícil de compaginar.

—Si era una zorra, buscaremos al chulo, será el primer sospechoso.

—Seguro que es él. Dile que vas a picarle los huevos y te confesará lo que quieras. Los macarras suelen presumir de pavos reales.

Movió sus hombros como para encajarse mejor la chaqueta, con actitud de haber sufrido un escalofrío y bostezó largamente.

—Suerte, Clocher.

—Felices vacaciones.

—Gracias, pienso largarme de la ciudad. Mi cuñado me ha prestado una *roulotte*, dice que me voy a ahorrar el precio de los hoteles y que viajaré muy libre. Me hacen falta unas vacaciones y

alejarme de París.

—Seguro que lo vas a pasar muy bien, envíame postales.

—Seguro, Clocher, seguro.

Pierre Servant abandonó el oscuro apartamento. Dos agentes le saludaron a su paso. En la escalera descubrió varias cabezas atisbando curiosas.

En la calle aguardaba un furgón que habría de trasladar el cadáver a la morgue en cuanto el juez ordenara el levantamiento.

Iba a dirigirse a uno de los coches policiales, pero optó por entrar en un bar que ya tenía sus puertas abiertas.

—Dos cafés italianos —pidió.

Varios clientes se pusieron a cuchichear, la noticia del hallazgo del cadáver debía haber trascendido. El propio camarero que le sirvió el café preguntó:

—Es usted el comisario, ¿verdad?

—Sí, y todavía no hemos atrapado al asesino. ¿Alguna pregunta más?

El hombre carraspeó, era evidente que el comisario Servant no deseaba hablar, tenía aspecto de cansancio.

Se tomó los dos cafés, uno tras otro y sin azúcar. Pagó sin preguntar cuánto podían pedirle y antes de marcharse dijo:

—Cuando les hagan preguntas espero que respondan con la verdad.

Al poco, tomaba un taxi para dirigirse a su casa.

Ya frente al portal del edificio en que vivía, se detuvo para comprar un periódico.

Con él doblado bajo el brazo, se acercó a los buzones. Introdujo la llave en uno de ellos, lo abrió y metió la mano para sacar lo que pudiera haber dentro.

No había correspondencia y tuvo una sensación desagradable. Sus dedos habían quedado húmedos, se los miró y quedó aprensivamente perplejo.

—Sangre…

Acercó sus ojos al buzón metálico para mejor poder ver su interior. Efectivamente, allí había un líquido denso y rojizo.

—¿Qué diablos significa esto? —se preguntó, y cerró el buzón con brusquedad.

Sacó un pañuelo y se limpió los dedos. Aquel hallazgo no le hizo

ninguna gracia y optó por pensar que alguien le había querido gastar una broma pesada.

Subió hasta la tercera planta en el viejo y ruidoso ascensor.

Se enfrentó con una puerta grande y oscura, una puerta que tendría sus dos metros y medio de altura. Era una puerta antigua, pesada, en ella destacaban los metales dorados, perfectamente pulidos.

Abrió la puerta con su llave y penetró en la vivienda.

—¡Gracielle!

Nadie respondió. Avanzó por un corredor en penumbra y al llegar a la sala observó que los muebles estaban enfundados.

—Se han dado prisa —gruñó—. Pues yo necesito dormir un rato.

Servant ya lo había recogido todo en su despacho de comisario, no tenía que volver por allá hasta su regreso de las vacaciones.

Pensó en Clocher que iba a ocupar su lugar y se preguntó si la comisaría cambiaría en algo.

—Clocher es demasiado joven para ser comisario —se dijo—. A mí me ha costado más tiempo. Antes, para llegar a comisario, había que tener más experiencia, más años de servicio.

No le gustó que prácticamente hubieran cerrado la casa sin contar con él.

—Encima pretenderán que me ponga a conducir sin haber pegado ojo y después de una guardia…

Servant era un hombre de mediana estatura. Sin estar gordo, se le notaba macizo y sus brazos resultaban algo cortos. Su cabello era escaso, corto y entrecano. Había cumplido ya los cincuenta y cuidaba de que su grueso bigote se viera oscuro; sin embargo, dejaba que sus cabellos se vieran mezclados con abundantes canas.

Tenía manos de dedos cortos y recios, unas manos que en no pocas ocasiones habían empuñado una pistola, pistola que metió en el maletín. Era una pistola pavonada, su esposa Gracielle se la había regalado el día en que fue ascendido a comisario. En las cachas estaban grabadas sus iniciales y la fecha del ascenso.

Desvió sus ojos hacia la cama. Sólo estaba el colchón, cubierto por una funda protectora.

—Si todavía me veo durmiendo en un hotel…

Salió al corredor y entonces descubrió algo en lo que no había reparado con anterioridad y que le pareció extraño: Unas manchas

sobre el mosaico.

—¿Qué demonios es esto? —Gruñó.

Aquellas manchas rojo-oscuras las conocía bien, las había visto muy parecidas y en muchas ocasiones a lo largo de su vida de agente, inspector y ahora comisario.

El rastro de gotas de sangre conducía al cuarto de baño. La puerta estaba entornada. Alargó la mano, empujó con suavidad y su corazón semejó detenerse dentro del pecho.

Como si acabaran de cortar las femorales de sus piernas para sacarle toda la sangre del cuerpo, el comisario Servant quedó intensamente pálido, incapaz de articular palabra ni sonido alguno.

La niña estaba colgada de la barra que sujetaba las cortinas que impedían que el agua de la ducha salpicara el suelo.

El cuerpo pendía inmóvil entre las cortinas de plástico azul.

Reaccionando, se acercó a la niña y la cogió con sus manos para descolgarla. Estaba casi fuera de sí, la sacudió y el rostro infantil quedó encarado con el suyo.

Aquello no era más que una burda muñeca. La cara estaba pintada con rotuladores sobre tela blanca, y aquel rostro que en otro momento hubiera podido inspirar comicidad, ahora sólo proyectaba una imagen patética.

Furioso, Servant dio un fuerte tirón para arrancar aquella muñeca del tamaño de una niña, pues le habían puesto el vestido de una niña de cinco años.

La cuerda no cedió y estuvo a punto de descolgar la barra de sujeción. Molesto pero ya más tranquilo, sacó una navaja y cortó la cuerda.

Notó que la muñeca tenía una consistencia, un peso y además chorreaba sangre.

Ante aquel nuevo descubrimiento, suspendió la muñeca sobre la bañera. Le alzó el vestido y vio el cuerpo de trapo a través del cual se había filtrado la sangre. No dudó en rasgar la tela con la afilada navaja que llevaba.

Un cuerpo cayó al interior de la bañera, manchándola aún más.

—¿Qué puñetas significa esto? —rugió al ver al gato muerto.

El sonido del timbre le sobresaltó, reclamando su presencia.

Dejó caer la muñeca sobre el gato muerto y con la navaja manchada de sangre, como si fuera un loco homicida, fue en busca

del teléfono.

—¿Diga?

—Caramba, Pierre, más que un «diga» parece que hayas dado un ladrido —protestó la voz de su mujer al otro lado del hilo.

—Gracielle, ¿qué significa esto?

—Nada, que hemos querido ganar tiempo. Coge un taxi y vente a casa de Gaston, ya tenemos la *roulotte* a punto para marchar. No puedes quejarte, mientras estabas de guardia lo hemos preparado todo. Hemos tenido que hacer dos viajes con el coche a tope para traer hasta la *roulotte* las cosas que hemos de llevarnos. No podrás decir que siempre tienes que hacerlo tú todo.

—Gracielle, ¿qué ha ocurrido con el gato?

—¿Qué gato?

A Pierre Servant le pareció tan sincera la réplica de su mujer que suspiró y dijo:

—Cogeré un taxi y me reuniré con vosotros. ¿Seguro que no falta nada?

—No, nada, ya he preparado tus cosas, tus mudas, tus camisas. Cuanto antes vengas, antes nos iremos.

—No he dormido en toda la noche.

—No te preocupes, te metes en la *roulotte* y te acuestas. Vas a viajar en coche cama.

—¿Y quién conducirá?

—Yo.

—Gracielle, en tu vida has conducido un coche con remolque.

—¿Y acaso tú has llevado alguna vez *roulotte* detrás de tu coche?

—No, pero…

—Ibas a decir que no es lo mismo, ¿verdad?

—¡Está bien! —Y colgó.

Miró hacia la puerta del lavabo con recelo. Después se dirigió a la cocina y allí se hizo con unas bolsas de plástico de color negro.

Regresó al baño y metió la muñeca y el gato muerto en sendas bolsas que cerró con varios nudos. Con agua y una esponja fue limpiando la sangre, incluyendo las gotas que habían quedado en el mosaico.

Una hora más tarde salió con un bolso de mano dentro del cual introdujo las bolsas de plástico. No se atrevió a dejarlas en la casa pensando que iba a estar unos cuantos días de viaje, durante los

cuales el cadáver del gato habría de corromperse.

Tomó un taxi que le llevó al suburbio de Aubervilliers.

La familia le estaba esperando. Su coche, un Peugeot diesel se hallaba estacionado, ya con la *roulotte* enganchada. A Servant le pareció una *roulotte* muy grande, pero se dijo que si el coche podía con ella, mejor para que toda la familia cupiera cómodamente.

—¡Pierre, Pierre!

Pronto se pusieron en marcha. Gracielle lo había preparado todo, era una mujer con nueve lustros bien llevados, no era débil ni pusilánime.

Junto a ella se instaló Madeleine, su hija de dieciocho años y en el asiento posterior, André, que tenía ocho años.

—¿Y Louis? —preguntó Pierre Servant.

—Nos encontraremos con él en Marsella, no te preocupes. Túmbate en la cama, será el viaje más cómodo que hagas en tu vida.

Pierre Servant no estaba muy convencido, pero se sentía fatigado y optó por aceptar.

No se sintió cómodo dentro de la *roulotte* mientras ésta cruzaba la ciudad, pero al ver que su esposa había conseguido salir de París sin problemas con el coche y la *roulotte* detrás, salvo algunos claxonazos, se tranquilizó.

Se descalzó, se tumbó en la litera grande y cerró incluso la puerta interior, aislándose. Todo parecía funcionar bien y él tenía deseos de dormir.

André, el niño de los Servant, había comenzado a abrir el bolso de su padre que éste no había tenido tiempo de vaciar.

—Mira, mamá, qué ha traído papá.

André acababa de coger por las patas al gato negro muerto degollado y lo puso delante casi de la cara de su madre que al verlo lanzó un grito al tiempo que hundía el pedal del freno. Sin embargo, perdió el control de la dirección al tiempo que chirriaban los neumáticos.

CAPÍTULO II

La potente motocicleta Suzuki avanzaba a fuerte velocidad por la nacional 622 dejando atrás Montpellier para dirigirse a Castres.

El cielo estaba limpio de nubes.

Louis Servant sujetaba con firmeza el manillar de la poderosa máquina de fabricación japonesa.

Se protegía la cabeza con un casco de color gris con un protector facial de plástico oscuro que evitaba deslumbramientos. Su cuerpo quedaba protegido por una cazadora de cuero negra.

Le agradaba recorrer kilómetros a horcajadas sobre su poderosa motocicleta. La velocidad, acariciar la muerte al filtrarse entre los camiones, el roce con el viento, el rebasar obstáculos, todo era saboreado por Louis Servant con fruición.

Castres ya estaba cerca, era la primera vez que Louis Servant visitaba aquella ciudad.

El hijo del comisario Pierre Servant se había propuesto pasar rodando con los neumáticos de su Suzuki por todas las ciudades galas; sin embargo, ahora no iba sobre su motocicleta por la simple diversión de recorrer kilómetros. Buscaba algo, algo que le interesaba.

Entró en la histórica ciudad de Castres. Pasó por el puente sobre el río Agout sin fijarse en el palacio del obispo ni en el estanque que se hallaba frente al museo Goya.

Detuvo su máquina en un surtidor de gasolina y mientras le llenaban el depósito preguntó:

—¿Dónde está la montaña Negra?

El empleado de la gasolinera le miró con cierta curiosidad y respondió ambiguo.

—Por la carretera, en dirección a Montpellier.

—¿En dirección a Montpellier? Si vengo de allá.

—Entonces, ha pasado de largo. No me extraña, estas motos

corren mucho.

—Yendo hacia Montpellier queda a la derecha, ¿verdad?

—Sí, verá una pequeña carretera antes de llegar a Lacaune.

—Bien, iré hacia allá. ¿Dónde puedo comer?

Siguiendo el consejo del empleado de la gasolinera almorzó en un restaurante de comida típica; allí mismo le recomendaron:

—Si desea visitar lo mejor que hoy puede dar Castres, vaya al museo Goya.

—¿Hay algo interesante en ese museo para alguien que viene de París y se ha pateado varias veces el museo del Louvre?

La camarera con cara de ingenua respondió:

—Hay cuadros de pintores famosos.

—¿Cómo cuáles?

—Murillo, Velázquez, Ribera, el propio Goya…

—¿Y eso es tan importante? El museo del Louvre tiene más de treinta kilómetros de salas.

—Es que nuestro museo tiene la exposición de la magia.

—¿Y es interesante?

—Mucho, *monsieur*, mucho, lo dicen todos los que saben. Las piezas son auténticas. —Bajó la voz y en tono confidencial, de cuchicheo, añadió—: Aseguran que vienen por aquí brujos de todo el mundo para visitarlo.

—Vaya, entonces sí debe ser interesante. Si puedo, lo visitaré.

No visitó aquella tarde el museo donde se exhibían piezas traídas desde los lugares más recónditos de todo el mundo, piezas de gran valor que aunaban el interés artístico con el histórico, el mágico y el puramente diabólico.

Abandonó la nacional 622 y se introdujo por la pequeña carretera que se elevaba hacia las montañas entre las que destacaba la montaña Negra, la montaña que buscaba Louis Servant.

Notó que la temperatura del aire cambiaba.

Estaba alrededor de los mil metros de altitud cuando se introdujo en la pequeña aldea, unas pocas casas agrupadas que vivían de la crianza de animales domésticos. Había también agricultura, pero escasa y poco rentable.

—¡*Madame*! —interpeló a una mujer, tras detener su máquina y descubrir su cabeza, hasta aquel momento protegida por el casco.

La mujer se volvió hacia él mirándole con recelo. Preguntó con

la mirada, con su actitud, mas no articuló palabra.

—¿Podría decirme dónde está la Maison du Cavalier Noir?

La campesina le observó aún con mayor recelo y dando media vuelta, se alejó sin responder.

Louis hizo un gesto de indiferencia, aunque molesto. Se apeó de la motocicleta y la dejó sostenida por el caballete. Como no veía a nadie más en la calle, optó por acercarse a una puerta entreabierta frente a la cual había estacionado un coche «dos caballos».

—¿Hay alguien ahí dentro?

—Un momento, *monsieur*.

No tardó en aparecer un hombre macizo, ya entrado en años y con el rostro surcado por infinidad de arrugas causadas por el viento helado y cortante del invierno y por el sol del verano. La piel de los hombres que allí habitaban nada tenía que ver con la piel de los habitantes de París.

—Por favor, *monsieur*, ¿podría decirme dónde se encuentra la Maison du Cavalier Noir?

Aquel hombre que parecía dispuesto a atenderle cambió bruscamente la expresión de su rostro al oír la pregunta.

—¿La Maison du Cavalier Noir?

—Eso es, me dijeron que estaba por aquí.

—Coja el camino del cementerio, pase de largo el cementerio y siga el camino. La encontrará, no hay otra casa.

A Louis no se le escapó que había disgusto al hablar de la Maison du Cavalier Noir, y él ignoraba los motivos.

Regresó a su motocicleta, la puso de nuevo en marcha y avanzó con ella, ahora lentamente.

El camino no era bueno, abundaban los baches. Cruzó la aldea y tomó el camino del cementerio, le fue fácil descubrirlo. Los cipreses asomaban por encima del muro. Era un cementerio quizá demasiado grande para las pocas casas que allí había.

El camino iba directamente hacia la puerta y después proseguía, adentrándose por una arboleda.

Pese a ser el inicio de la temporada de vacaciones, es decir, finales de una primavera que se estaba alargando como fría y húmeda, se levantó una niebla suave y lechosa que prometía ser fría.

Aquella niebla habría resultado insólita unos kilómetros más al

sur, más cerca de las orillas del soleado Mediterráneo, pero allí, rebasando los mil metros de altitud, no era rara, máxime al norte del macizo montañoso en el que destacaba la cúspide de la Montaña Negra.

—¡Louis!

Instintivamente, frenó. Manteniendo el embrague apretado, miró en derredor.

No estaba seguro de si había oído una voz llamándole o era una ilusión de su propia mente. Resultaba difícil pensar que podía oír fácilmente a través del casco que protegía su cabeza; sin embargo, la soledad, el silencio de aquel lugar, podían conseguir lo que en medio de las calles de París habría sido todo un milagro. Puso de nuevo en marcha la Suzuki cuando:

—¡Louis!

Volvió a frenar, parando el motor. Se quitó el casco y miró en derredor. Se fijó entonces en que la verja del cementerio no estaba cerrada, sólo entornada.

Se fijó en el muro del cementerio, comido por el tiempo, se podían ver las piedras en los desconchados del mortero que lo revocaba.

La sensación de soledad y silencio era muy grande allí, penetraba a través de la piel.

Se alejó de la motocicleta y avanzó hacia la verja para comprobar si alguien le había llamado desde allí cuando un fuerte aleteo le sorprendió.

Una bandada de cuervos abandonó el cementerio por encima del muro, pasaron volando y graznando sobre el propio Louis Servant que pudo ver el intenso color negro de su plumaje con el tono ligeramente azulado que los hacía inconfundibles.

Aunque la irrupción súbita de los cuervos le sorprendió, no hizo caso de ellos. Se asomó al interior del cementerio; cipreses, cruces, lápidas, esculturas y matojos altos que nadie se preocupaba de arrancar.

Louis Servant no era un habitual de los cementerios, aunque sí conocía el de Pére Lachaise en París, donde yacían los restos de grandes personajes de la vida francesa y mundial, especialmente seres que habían dedicado sus vidas al arte.

Iba a alejarse cuando por detrás de unos setos descubrió la

figura de una mujer. Se internó en el recinto, llamándola.

—¡Vanessa!

La muchacha se detuvo y volvió la cabeza hacia él. Louis Servant se le acercó con paso rápido, sorteando las tumbas. Quedaron frente a frente, separados por unos arbustos. El hombre tendió los brazos por encima del seto y cogió las manos de la mujer, las notó terriblemente frías.

—¿Me has llamado?

Ella le miró con unos ojos extraños, algo extraviados.

—Si has venido, es que si.

—¿Qué te ocurre, Vanessa, te encuentras bien? ¿No te alegras de verme? Ya ves, he venido, tal como te dije en París.

—Estaba segura de que vendrías, Louis. Este lugar te gustará.

—¿Qué haces aquí, en el cementerio?

—Paseo. Aquí están enterrados los ancestros de mi familia.

—Comprendo. Por cierto, las gentes de esta aldea no son muy acogedoras.

—Son campesinos solitarios. Esto no es la Costa Azul.

—¿No tienes miedo de andar sola por aquí?

La joven tardó unos segundos en responder, segundos que Louis Servant empleó en observarla. Vanessa era medianamente alta. Su rostro podía calificarse de una gran belleza, quizá una belleza fría, su tez era pálida, casi transparente.

Sus ojos eran cambiantes, lo mismo parecían fríos y extraviados que llenos de vida y misterio. Vanessa no era una muchacha vulgar, quizá por eso Louis Servant se había fijado en ella, viajando hasta aquel lugar tan solitario del sur de Francia para encontrarla.

—¿Por qué habría de tener miedo?

—No sé, un sitio como éste…

—Aquí estoy con los míos —respondió Vanessa con una voz que semejaba desvanecerse en el aire, como si no hubiera salido de una garganta humana.

—¿Tu casa está lejos?

—Se llega con un paseo.

—¿A través del bosque?

—Más o menos.

—¿Y no temes encontrarte con nadie? Ya me entiendes, eres joven y bonita, algún hombre podría darte un susto.

—No suele haber gente por aquí. Los excursionistas que van a la cumbre de la montaña Negra toman otros caminos.

—Vamos, te llevaré en la moto.

Salieron del cementerio.

Louis Servant oía el ruido de sus propios pasos al pisar la tierra; sin embargo, no oía los pasos de Vanessa que semejaba deslizar sus pies sobre ella sin llegar a rozarla.

Vanessa parecía etérea y el joven no quiso preguntarse por qué, quizá temía obtener la respuesta de que se había enamorado de ella.

El motor de gasolina ronroneó fuerte. Louis quería proyectar el poder de su máquina, se sentía orgulloso de ella, lo mismo que en otros tiempos un jinete hubiera alardeado de un magnífico caballo de pura sangre.

—Cógete a mi cintura, el camino es malo y algún bache podría hacerte caer.

Avanzó entre los árboles cuyas ramas se entrelazaban por encima de sus cabezas.

La niebla lechosa se hacía más espesa a medida que transcurría el tiempo.

Louis no se había puesto el casco y notó el viento helado en su rostro. Sintió más frío de lo habitual, un frío que fue metiéndose en su cuerpo de forma incomprensible y lo atribuyó a una mala digestión. Notó que sus dientes entrechocaban.

—Vanessa, ¿tienes frío? —inquirió, alzando la voz para hacerse oír.

—No.

Dejaron atrás la arboleda y avanzaron por un paraje de suelos recubiertos por abundante hierba. Luego descendieron como si fueran en busca de un arroyo o torrentera.

—¿Está muy lejos aún?

—No.

Descubrió un macizo de árboles, eran robles de espesa vegetación. Tras ellos, como agazapada, apareció la edificación. Era de piedra y su color resultaba oscuro, la niebla le daba un aspecto fantasmal. Y en aquella hondonada, la niebla parecía aún más densa, todo era húmedo.

—Ya hemos llegado —dijo Louis.

Al detener la máquina quedó tan perplejo que no supo qué decir.

Frente a él se erguía la casa, una magnífica pero siniestra casa, mas Vanessa no estaba.

—¡Vanessa!

Miró en derredor mientras sus dientes seguían castañeando.

—¿Se habrá caído? —se preguntó de pronto.

Puso de nuevo la Suzuki en marcha, se ahorcajó en ella y deshizo parte del camino. El ruido de la máquina rompía el silencio, la paz del lugar.

Temía que Vanessa, en uno de los baches, hubiera caído del asiento, lo que le parecía improbable, incluso absurdo, pero aún era más absurda su desaparición.

—¡Vanessa! —gritó, deteniendo la máquina.

Retomó a la Maison du Cavalier Noir que ahora se le antojó más siniestra aún. A medida que la tarde languidecía, la niebla se espesaba, como dispuesta a ocultarlo todo.

Al cerrar el contacto de la motocicleta pudo oír con claridad los graznidos de los cuervos. Debía ser la misma bandada que abandonara el cementerio ante su presencia, pero Louis Servant no pudo ver ahora a los pájaros carroñeros.

Avanzó hacia la puerta y subió los dos amplios peldaños de piedra en la que crecían los mohos. Se fijó en el aldabón de bronce que representaba la cabeza de un gato que parecía mirar malignamente. Lo asió en su mano y notó su intensa frialdad.

Golpeó con fuerza tres veces, golpes que sonaron estruendosos en aquel lugar donde sólo parecía haber cuervos graznando.

Esperó, esperó…

CAPÍTULO III

—Cualquiera diría que te molesta salir de vacaciones con tu mujer —se lamentó Gracielle que lanzaba miradas de reojo al marido que se hallaba al volante del coche que arrastraba la gran *roulotte*.

—Tengo una labor difícil que resolver a diario y encima, cuando llegan las vacaciones, sólo me encuentro con problemas.

—No te hemos pedido que compraras una *roulotte*.

—¿Vas a echarme en cara que llevamos la caravana de tu hermano?

—No, no es eso, simplemente, que se trata de una experiencia. Pasaremos unos días al aire libre, nos irá bien a todos.

—¿Por qué no dejáis de discutir? —preguntó la joven Madeleine.

—Yo sólo sé que ya hemos tenido que poner un faro nuevo y llevamos el guardabarros con masilla para que lo pinten a nuestro regreso.

—¿Pretendes decir que conduzco mal? —inquirió Gracielle, agresiva.

—No, no quiero discutir ahora.

Gracielle se volvió hacia el pequeño, increpándole.

—Por tu culpa, tu padre pretende decir que no sé conducir, pero fuiste tú quien puso el gato muerto delante de mi cara.

—¡Mamá, basta!

—Sí, basta —exigió Pierre Servant, apoyando las palabras de Madeleine—. Lo hecho, hecho está. La mala gracia fue la broma que me gastasteis y averiguaré quien ha sido aunque no queráis hablar, para eso soy el comisario Servant.

—¿Quién podría colgar una muñeca con el gato muerto dentro? —preguntó Gracielle.

—No lo sé, pero fue una broma de mal gusto. Todo ha comenzado mal y lo que empieza mal, acaba peor.

—Mejor hubiera sido quedarse en París —sentenció Madeleine.

—Pero ¿tú no querías ir a la Costa Azul? —Gruñó Servant.

—Sí, pero si nos hemos de pasar todo el tiempo discutiendo.

—Mamá, tengo hambre —dijo André.

—Mete la mano en el bolso y saca caramelos.

El niño se apresuró a obedecer. Gracielle se volvió hacia su marido para preguntarle:

—No pensarás que ha sido Louis, ¿verdad?

—Alguien ha tenido que hacerlo.

—Después de todo, no ha sido un crimen truculento de esos que tú sueles investigar. Admito que ha sido una broma pesada, pero…

—¿Qué pretendía Louis dejándome una muñeca ahorcada con un gato muerto dentro?

—Todavía no es seguro que haya sido él.

—Ya estás defendiendo a tu favorito.

—¡No es mi favorito! Para mí, todos los hijos son iguales.

Madeleine suspiró.

—Mamá, siempre repites lo mismo.

—Somos una familia imposible —se lamentó Gracielle, al borde de las lágrimas—. No debíamos haber salido de París.

—Pues has sido tú quien ha montado todo esto.

—Me lo dices como un reproche… ¡Pues da la vuelta y regresemos!

—¿Ahora? Estamos en la carretera, hay que seguir adelante. Cuando las vacaciones terminen ya decidiremos si merece la pena repetir en próximos años.

—¿Por qué no ponemos un poco de música para animarnos? —propuso Madeleine.

El padre, en vez de responder, se preguntó en voz alta:

—No entiendo por qué tenemos que ir hasta Castres pasando por Montpellier en vez de ir directamente a Saint-Tropez.

Gracielle, irritada, replicó:

—La playa aún no está animada, es mejor ir a Castres. Haremos un poco de cultura y de campo y allí nos encontraremos con Louis. Además, a mí me gusta más el campo.

—Parecemos una familia bien avenida —gruñó Pierre Servant, saliendo de la autopista para tomar la nacional 622—. Si me hubieras esperado en casa, podríamos haber empezado a discutir

allí y no habríamos salido.

Gracielle le reprochó:

—Lo que te ha molestado es que yo tomara las decisiones, y lo hice por ahorrarte trabajo.

El hombre desvió su mirada hacia el gran espejo retrovisor que le habían colocado en el coche para poder ver hacia atrás pese al obstáculo que significaba la gran *roulotte*.

—¿Qué pasa? —preguntó Gracielle.

—Un camión, un maldito camión que nos quiere rebasar.

—Déjalo pasar, no tenemos prisa. Además, llevamos la caravana.

—Veremos qué tal corre esto…

Hundió el acelerador. El camión, que también pisaba a fondo el acelerador, había ocupado ya el carril contrario, tratando de rebasarles.

—¡Pierre, otro coche! —gritó Gracielle, previendo la tragedia.

Pierre Servant palpó el peligro y tuvo la impresión de que se le erizaba el vello de los brazos. Soltó el pedal del acelerador para pisar el freno y la caravana tembló detrás.

Aunque tarde, el camionero comprendió también que la situación era dramática y que había que resolverla en instantes. Entre el camión y el coche del comisario Servant ocupaban todo el ancho de la calzada, mientras que en dirección contraria un automóvil rodaba lanzado hacia ellos.

El camión, de pequeño tonelaje y libre de carga, maniobró lanzándose hacia la derecha, rozando al Peugeot de Servant que frenaba.

El camionero trató de dejar el espacio suficiente para el vehículo que rodaba en dirección contraria y en aquel momento se mezclaron los claxons del coche de Servant y el otro turismo.

El automóvil que venía en contra no pudo pasar, había un jalón de kilometraje y chocó contra el pilón de piedra y luego con la parte lateral posterior del camión. El estruendo fue escalofriante, pero sólo gritó Madeleine.

Pierre Servant consiguió frenar su coche con la *roulotte* medio saliéndose de la carretera, casi volcándose en la cuneta.

Por el espejo retrovisor vio saltar al coche, dar una vuelta de campana y luego incendiarse.

—¡Aprisa, hay que apagar el fuego!

Saltó de su Peugeot y con el extintor en la mano corrió hacia el coche siniestrado, lanzando el polvo para tratar de apagar el incendio.

Pudo ver entonces a la mujer que viajaba dentro, retorciéndose espantosamente de dolor, pero el coche estaba boca abajo y no podía sacarla.

—¡Maldita sea!

Siguió lanzando polvo extintor. Trató de abrir la portezuela y se quemó la mano sin conseguirlo. Vació el extintor sobre el cuerpo femenino y luego se echó hacia atrás.

—Papá, aquí hay otro —dijo el pequeño André, sacando otro extintor de la *roulotte*.

El comisario Servant continuó apagando el incendio, aunque sabía que iba a conseguir muy poco.

Cuando hubo sofocado el fuego, observó a la muchacha. Gracielle estaba a su lado y se horrorizó.

—Pobre hombre…

—Era una mujer —la corrigió Pierre Servant— joven y bonita.

Se habían detenido más curiosos junto a ellos.

—¿Y el camión? —preguntó Pierre Servant.

—No está —respondió su hija.

—Hijo de perra, se ha largado… ¿Habéis tomado la matrícula?

Todos quedaron como sorprendidos ante la pregunta.

Había sucedido todo demasiado aprisa, nadie había prestado atención a la matrícula del camión que se había dado a la fuga tras provocar el accidente.

No tardó en presentarse un motorista de la policía que detuvo su máquina, acercándose al coche siniestrado.

—Apártense —ordenó, tajante.

Servant le mostró su documentación que el agente de tráfico leyó raídamente, apresurándose a saludar.

—A sus órdenes, comisario Servant.

—Yo he presenciado el accidente, es decir, casi he sido también víctima de él. El culpable ha sido un camión ligero que se ha dado a la fuga. Avise para que venga una ambulancia que se lleve a esa pobre mujer. He sofocado el incendio pero ha sido demasiado tarde, debía llevar el tanque repleto de gasolina.

—¿Puede dar algún detalle más sobre el camión fugitivo?

—Tenía caja roja y en el lado izquierdo debe tener abolladuras o marcas, porque ese coche le ha dado…

Pierre Servant dio algunos detalles más que recordaba y después el agente se alejó.

—Por favor, márchense, márchense, no se puede hacer nada —pidió a los curiosos—. Soy comisario de la policía judicial, sigan su curso, nada se puede hacer… —Después, pidió a su mujer—: Gracielle, llévate a André a la *roulotte*, no es bueno que vea todo esto.

Mas, el niño ya tenía sus ojos clavados en aquellos restos humanos, terriblemente carbonizados.

—Vamos, André, Madeleine…

Servant respiró muy hondo cuando se quedó solo cerca del coche siniestrado. Sabía que él también tenía parte de culpa en lo ocurrido.

No debió pisar el acelerador cuando le estaban rebasando, pero estaba seguro de que ese detalle tan importante jamás sería descubierto. Al darse a la fuga, el camionero cargaba sobre sí con todas las culpas.

Llegaron los servicios de la policía.

Un suboficial se apresuró a saludar al comisario Servant y éste le contó todo lo que sabía, omitiendo el detalle de su participación en el accidente.

—… Nos dirigimos a Castres, allí tengo que recoger a mi hijo.

—¿Busca algún lugar para estacionar su *roulotte*? —preguntó el suboficial.

—Me parece que esta noche preferiré dormir en un hotel. Mañana, cuando esté mi hijo con nosotros, ya veremos, pero esta noche ceno y duermo en un hotel.

—El hotel Jacques I es bueno, le atenderán bien.

—¿Tienen sitio para estacionar la *roulotte*?

—Sí, tiene un gran *parking*.

—Bien, pues allí me encontrarán cuando me necesiten. Haré mi declaración y espero que puedan capturar al camión fugitivo.

—Le capturaremos, *monsieur* comisario. Es probable que se haya escondido, pero más tarde o más temprano le localizaremos.

El Peugeot salió de la cuneta. Tres agentes se esforzaron para que la *roulotte* no volcara y después se alejaron, rodando despacio.

—Ha sido muy trágico —se lamentó Gracielle.

Pierre Servant gruñó:

—La carretera es esto.

—¿Tú la has visto viva, papá?

—Desgraciadamente sí, hija, la he visto, pero había demasiado fuego para que unos pequeños extintores pudieran sofocarlo en el tiempo necesario. Si por lo menos hubiera podido abrir la portezuela…

—¿Se ha sabido quién es? —preguntó Gracielle.

—Se ha quemado todo, pero averiguarán la identidad por las placas de matrícula.

—Qué pena.

—Bueno, hay que olvidarse un poco de lo ocurrido —pidió Servant—. Estas cosas pasan, hemos quedado afectados pero hay que olvidar.

—¿Crees que vamos a poder olvidar tan pronto? —preguntó Gracielle, escéptica.

—Pues, hay que intentarlo o nos volvemos a París.

Madeleine opinó:

—Nosotros hemos tenido mucha suerte.

—Sí, eso es lo importante para nosotros. Esa pobre mujer ya ha dejado de sufrir.

—¿Y la familia de la muerta?

—¡Basta, Gracielle! —cortó, irritado—. Sólo falta que ahora te preocupes de la familia y luego, de la familia de la familia… Ya está bien.

Pulsó el botón de reproducción de la cassette y la música inundó el vehículo, era música de Johnny Holliday que Madeleine había puesto dentro del magnetófono.

—Por favor, el cadáver todavía está caliente —recordó Gracielle, bajando el volumen.

Pierre Servant bufó y golpeó con la mano sobre el volante con gesto impaciente.

—Si que hemos comenzado bien este viaje… Si esto es sólo el principio, ¿qué será el final? Ni el apocalipsis… Yo dejé la guardia casi pisando el cadáver de una mujer apuñalada, sí, apuñalada, once cuchilladas, sin contar los golpes que recibió.

—Por favor, Pierre, piensa en los niños.

—Mamá, yo no soy ninguna niña, ¿no crees? —protestó Madeleine, sarcástica.

—Bueno, estamos llegando a Castres…

La histórica ciudad les acogió con una frialdad impropia del tiempo que estaban viviendo. La primavera se alargaba como la cola de un cometa que había sido el invierno.

No les fue difícil hallar el hotel. Estacionaron el vehículo y la *roulotte* no sin ciertas dificultades y Servant pidió:

—Esperadme aquí, voy a ver qué encuentro.

En conserjería fue atendido muy amablemente por una empleada de cabellos cuidadosamente peinados.

—Le estábamos esperando, señor comisario.

—¿Ah, sí?

—Sí, nos han llamado de la gendarmería. Sabemos que ha habido un accidente en la carretera y que usted ha sofocado el incendio.

—He hecho lo que he podido, pero no ha habido suerte. ¿Hay habitaciones?

—Naturalmente, *monsieur* comisario.

En aquel momento, Servant se fijó en un folleto reclamo que había sobre el mostrador, un folleto que a sus ojos destacó entre otros.

EXPOSICIÓN ANTOLÓGICA DE LA MAGIA
EN EL MUSEO GOYA DE CASTRES

—¿Magia?

—Sí, *monsieur* comisario —asintió la empleada.

—Estupideces, yo no creo en la magia, son todos unos embaucadores.

—Se trata de una exposición muy importante, *monsieur* comisario. Hay piezas valiosísimas traídas de todas las partes del mundo, Egipto, la India, de diversos países europeos y, por supuesto, de París. Yo la he visitado y he podido ver cosas muy interesantes. Le recomendaría que no abandonara Castres sin visitarla.

—Yo no creo en los magos, videntes ni nada de eso. Soy un comisario de policía y creo en lo tangible, en lo que se puede demostrar. La justicia me exige pruebas irrefutables. Toda esa gente

sólo son embaucadores y me cabe el placer de…

Hizo una pausa. La empleada, siempre muy amable, preguntó:

—¿El placer de qué, *monsieur* comisario?

—Creo que nos apetecería tomar algo caliente, venimos destemplados. Si llaman de la gendarmería, díganles que estoy aquí y no dejen de avisarme. ¿Cree que me robarán en el *parking*? Lo llevamos todo en la *roulotte*.

—No creo, *monsieur* comisario; no obstante, cerca de su vehículo dejaremos a dos perros guardianes que tenemos y ellos no permitirán que se acerque nadie.

—Bien, bien. La verdad es que lo que más deseo es tomar un baño y dormir, llevo muchas horas conduciendo.

Más que a la mujer de conserjería, Servant hablaba consigo mismo.

Y al llegar a la puerta de cristal, ésta, debido a una pared oscura que había al fondo, se transformó circunstancialmente en un espejo. Y en vez de verse reflejado a sí mismo, Servant vio el rostro de una muchacha. Creyó reconocer aquella cara y tuvo un sobresalto.

Miró en derredor y no vio a nadie. La empleada del hotel estaba demasiado lejos para poder ser ella la reflejada en el cristal.

«Pierre, Pierre, duerme o vas a convertirte en un alucinado».

CAPÍTULO IV

Desesperaba ya que la puerta de la Maison du Cavalier Noir fuera a abrirse cuando escuchó pasos que sin duda alguna provenían del otro lado de la puerta, una puerta de recia madera de ciprés ennegrecida por los años.

Pudo oír perfectamente el descorrer de los cerrojos. Louis Servant se enfrentaba a algo desconocido, pues ignoraba quién estaba al otro lado de aquella puerta que chirrió al abrirse.

El hombre que quedó en el umbral era más alto que el propio Louis que a sí mismo se consideraba alto. Era un sujeto recio, de fuerte complexión. Tenía escaso cabello y llevaba un bigote frondoso cuyas guías descendían hasta el borde de las mandíbulas y allí se prolongaban hasta unirse con las largas patillas. Todo él daba sensación de anacronismo. Apenas se fijó en el ajado jersey negro que vestía, un jersey excesivamente largo y con cuello barca por el que asomaba una camisa gruesa de cuello cerrado y color rojo.

—Disculpe, buscaba a Vanessa Noiratre…

Aquel desconocido era lento de reacciones. A Louis Servant le pareció que había instantes que su mirada se extraviaba y en otros le miraba bien, sin problemas. Por un instante se preguntó por el daño que aquel hombre podía causar con sus manazas.

—Pase, *monsieur*.

Louis Servant dio antes una ojeada al exterior, como intentando descubrir algo o a alguien que le evitara entrar en aquella mansión que tenía un aspecto exterior muy poco acogedor. Las ventanas bajas estaban protegidas por recias rejas de hierro macizo, forjadas hacía siglos posiblemente.

Se internó en la mansión que olía a humedad, una humedad rancia. Había poca luz, dentro de la casa ya parecía haber oscurecido.

Observó que había bastantes óleos colgados de las paredes, óleos

antiguos y tan oscuros que parecían haber estado siglos colgados junto a una chimenea, habiéndose pegado a ellos el humo.

Siguió a aquel hombre que casi le rebasaba la cabeza de altura hasta una salita.

Unos leños ardían en el hogar, despidiendo un agradable calor. Había un pequeño sofá y varias butacas de altos respaldos y orejeras. Viéndola de lado observó que en una de ellas había sentado un hombre, pues pudo ver sus pantalones y sus zapatos.

—Profesor Noiratre…

—Sí, Jules. Pase, joven, pase.

Louis se adelantó hasta quedar frente al hombre que permanecía sentado en la butaca.

El profesor Noiratre era un hombre delgado, de abundante cabello canoso. Lucía una cuidada barba también canosa y protegía sus ojos con unas gafas inquietantemente negras, tan negras que en ellas se reflejaban las llamas de la chimenea que les proporcionaba calor.

—Tome asiento, por favor.

—Verá, yo soy…

—¿*Monsieur* Louis Servant? —preguntó, casi irónico.

—Sí, ¿me conoce? —respondió Louis, dubitativo.

—Vanessa me ha hablado de usted. Siéntese, por favor.

—Es que precisamente la buscaba a ella. Venía conmigo y de pronto ha desaparecido, no lo entiendo.

—No tema, está en casa, luego bajará.

—Entonces, ¿está en casa? —repitió, entre contento y sorprendido.

—Sí, ella ha sido precisamente la que me ha dicho que usted estaba aquí. —Volvió su rostro, siempre protegido por aquellas gafas que reflejaban como espejuelos—. ¡Jules!

—Sí, profesor.

—Sírvenos unas copas de coñac.

—Por mí no se moleste, profesor.

—No tema, no es ninguna molestia atender al invitado de mi hija Vanessa. Viene tan poca gente por aquí que siempre es un placer recibir invitados.

Sobre la mesita de centro, Jules puso dos copas «Napoleón» de gran capacidad y escanció el licor de una añosa botella. Louis

aguardó a que el profesor Noiratre tomara su copa y luego lo hizo él.

Mientras la acercaba a sus labios, miró hacia el fuego que tenía llamas altas y brillantes.

—No haga eso.

—¿El qué? —preguntó Louis, sorprendido.

—No se lleve tan pronto el coñac a la boca, huélalo primero, aspire su aroma, deléitese con él. Es tan importante como beber.

Louis siguió la indicación y tuvo que admitir:

—Es muy bueno.

—Coñac Cavalier Noir.

—¿Es de su familia?

—Así es. Hoy día ya no se elabora este coñac, pero en la bodega tengo varios cientos de botellas que me legaron mis ancestros.

—Tendrán un gran valor.

—No lo dude. Cualquiera de ellas alcanzaría un alto precio en una subasta.

Mientras bebía, Louis Servant miró en derredor. La sala le pareció aún más grande que en el momento de entrar, parte de ella quedaba en penumbra.

En sus paredes colgaban diversos lienzos, había estantes con objetos, vitrinas, muebles antiguos. Sobre una arquimesa podía verse la maqueta de un escenario teatral que tendría unos setenta centímetros de alto por otros tantos de ancho. Unas cortinas cerradas ocultaban lo que podía contener el pequeño escenario.

El profesor Noiratre le preguntó:

—¿Le atrae todo lo que está viendo?

—Me parece todo muy original.

—Muchas son piezas únicas. Otras, por desgracia, sólo son imitaciones.

Las bombillas de escaso voltaje, escondidas dentro de pantallas de pergamino, vacilaron.

—No tema, aquí la luz eléctrica es casi un milagro. Cuando llueve un poco o se levanta viento, nos quedamos sin ella, claro que para esos casos tengo una buena provisión de velas. La verdad es que la casa está un poco apartada, pero aquí la levantaron mis ancestros y aquí debe seguir. Después de todo, estos parajes son muy hermosos, poco conocidos, pero hermosos.

—¿Y siempre hay tanta niebla?

—Se puede decir que no escasea y aunque la niebla siempre es algo molesta, resulta útil para ahuyentar a esos seres que por donde pasan destruyen la naturaleza, la llenan de desperdicios y cortan, fíjese que digo cortan y no talan, los árboles, porque esas gentes no sacan ningún provecho de sus estúpidas acciones.

—Sí, claro. ¿Las tierras de los alrededores son suyas?

—Hasta cierto punto, sí. Quiero decir que esto no es como esos ranchos que salen en las películas norteamericanas donde las propiedades se pierden en el horizonte. De todos modos, poseo las suficientes tierras alrededor de la casa como para mantenerla siempre aislada.

—Entonces, nadie le molestará.

—Es lo que espero.

—¿Y a Vanessa le gusta vivir aquí?

—Mis hijas son inteligentes.

—¿Hijas?

—Sí.

—Creí que Vanessa no tenía hermanas.

—Vanessa es una mujer hermosa y habla poco, ¿no es cierto?

—Pues, ahora que lo dice, es cierto, habla poco.

Jules entró en la sala y anunció:

—La mesa está servida, profesor.

El profesor Noiratre se levantó y Louis hizo lo mismo, bebiendo entonces todo el contenido de la copa.

—Haga el favor de acompañarme.

Quedaron frente a frente. El rostro de aquel hombre, con sus gafas de cristales tan negros, le producía desasosiego. Se vio reflejado en ellas con las llamas del fuego de la chimenea a su derecha.

El profesor semejaba complacerse en la situación y tardó unos interminables segundos en moverse.

Al caminar hacia la puerta, Louis se fijó en un extraño sillón que más parecía un trono de madera sin tapizar, era de madera negra y brillante, como de ébano, y tenía un respaldo muy alto con una especie de cabeza diabólica tallada.

El salón comedor estaba tan caldeado como la salita gracias a dos chimeneas encendidas y situadas una frente a otra en paredes

opuestas.

La mesa era sólida y larga, de gruesa madera con herrajes en forma de lira. Había un candelabro de siete velas rojas, velas gruesas y de gran llama que olían distinto a lo que Louis estaba acostumbrado.

—Siéntese al extremo de la mesa, yo lo haré en mi sitio habitual.

—No quisiera molestar…

—Por favor, *monsieur*, no es ninguna molestia. La mesa es grande, cabríamos veinte comensales si fuera preciso. Ahora bajarán mis hijas que cenarán con nosotros y de antemano le pido disculpas por si los platos no son de su agrado. Jules es quien lo hace todo. Cuida de la cocina, sirve la mesa… Jules se ocupa de que no falte leña en las chimeneas… Es indispensable para mí, indispensable.

—Gracias, profesor —dijo Jules sorprendiendo a Louis, pues no había captado su aproximación.

El profesor Noiratre tomó un juego de campanillas y las agitó haciéndolas sonar. Seguro de que había sido oído y de que no era preciso repetir la llamada, las dejó sobre la mesa.

La situación era imprevista para Louis que se sentía desconcertado al verse sentado a la mesa de aquel extraño personaje que tenía una voz lenta y profunda, una voz que calaba en su mente.

Por la escalinata en arco que accedía al piso superior vio descender a dos mujeres jóvenes que vestían idéntico traje largo, blanco y lila. Ambas eran de cabellos largos, lacios y dorados y a medida que bajaban peldaños, la sorpresa de Louis iba en aumento.

—¿Qué le ocurre, *monsieur*?

—¡Son iguales!

—Así es, como dos gotas de agua.

Louis se puso en pie. Al aproximarse a la mesa, ellas saludaron.

—Buenas noches.

Se situaron a derecha e izquierda de su progenitor y le besaron al mismo tiempo en ambas mejillas. Después, cada una ocupó un sitio en la mesa, una frente a la otra, de tal modo que el profesor Noiratre estaba delante de Louis Servant y las dos jóvenes a derecha e izquierda, respectivamente.

—Bueno, yo conozco sólo a Vanessa…

—Quién sabe —objetó el profesor Noiratre—. Hubo un tiempo

en que incluso a mí lograban confundirme y le aseguro que son juguetonas como dos perversas diablesas. Una se llama Vanessa y la otra, Diana.

Las dos le miraron y sonrieron, y sus sonrisas eran tan iguales que parecía que sólo hubiera una y la otra fuera el reflejo de un espejo.

—La verdad es que no sabría decir cuál de las dos es Vanessa —confesó Louis.

Las dos muchachas se rieron levemente, ninguna de ellas dijo nada.

Jules les sirvió una cena frugal a base de verduras y pescado, un pescado que Louis no consiguió identificar. Seguía tan pendiente de los rostros de las dos muchachas, empeñado en distinguir a una de ellas, que comió sin preocuparse de lo que ingería.

Bebió un vino blanco seco que entraba por la garganta con la fluidez del agua, pero que luego se hacía notar dentro del cuerpo. Para postres tomó unos dulces que estaban cargados de miel.

Nadie habló en la cena, ni siquiera Jules al acercarse a servir.

El propio Louis Servant no se atrevió a decir nada y tampoco a bromear como hubiera hecho en cualquier otra ocasión. Allí se sentía desconcertado y aún no había terminado de asimilar que Vanessa tuviera una hermana exactamente igual a ella, tan parecida que le resultaba imposible diferenciarlas.

Comenzó a sentir una fuerte pesadez sobre las cejas y dentro de los ojos. Frente a sus pupilas, las llamas de las velas rojas comenzaron a agrandarse y a ondular fantasmagóricamente.

—¿Se siente usted cansado, *monsieur*?

—Sí, creo que tengo un poco de sueño.

Le pareció que las dos muchachas entrecruzaban palabras, eran palabras que llegaban a sus oídos, lejanas y herméticas, no entendía nada.

—Jules le acompañará a su habitación, mañana se sentirá como nuevo.

Se levantó de la silla y se despidió con evidente torpeza.

—Buenas noches. Creo que sí, que me hace falta dormir.

En silencio, Jules lo acompañó por la escalinata hasta dejarle frente a una habitación que estaba al fondo de un corredor.

La estancia era amplia y la cama ancha y alta, con dosel rojo

oscuro. Había varias butacas y un armario de madera estrecho con puertas de rejilla. Unas cortinas espesas parecían ocultar otra estancia.

Con la sensación de que sus piernas estaban lastradas con plomo, se acercó a la cortina y la abrió. Al otro lado había un espacio vacío de tres o cuatro metros cuadrados, como si allí hubiera habido algo en otras épocas.

Cuando quiso llamar a Jules, éste ya había desaparecido, dejándole solo.

—Diablos, qué sueño tengo —se dijo, sentándose en la cama.

Terminó tumbándose en el lecho sin desvestirse y el sueño le fue venciendo.

Notó unas suaves presiones sobre su cuerpo, eran presiones cuidadosas. Louis quiso abrir los ojos para ver de qué se trataba, pero sus párpados se habían cerrado y se negaban a obedecerle. Oyó un maullido corto y lastimero muy cerca de él.

—¿Será un gato que camina por encima de mí?

CAPÍTULO V

Gracielle y su hija salieron del hotel Jacques I. Andando, se internaron por la ciudad de Castres. Todo aparecía plácido y tranquilo.

En las aceras podían verse las manchas de los orines de los perros, perros que habrían sacado a pasear durante la noche.

—¿No se quejará papá de que no hayamos contado con él para ir al museo?

—A tu padre no le gustan los museos, a él lo que le gusta es dormir y en la cama se ha quedado. En cuanto a André, es mejor que no venga, es demasiado pequeño.

—¿Volvéis a estar peleados?

—¿Quién?

—Papá y tú, claro.

—Nos peleamos muchas veces. No voy a negarte que he pensado varias veces en el divorcio, pero en el último momento me ha faltado decisión.

—¿No le quieres?

—Hay veces que pienso que llego a quererlo y en otras, no. Ya ves, te estoy hablando como si fueras una amiga y no mi hija.

—Mamá, tengo dieciocho años, soy una mujer.

—Es cierto. Creo que sólo hablo sinceramente cuando estoy a solas contigo.

Madeleine se le colgó del brazo y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, mamá.

—Espero que tú hagas lo mismo conmigo.

—No faltaría más.

—Los hombres, en el noviazgo, son una cosa; en los primeros años de matrimonio, otra, y al transcurrir de los años, otra muy distinta, pero una se acostumbra a ellos y se convierten en imprescindibles. Ya no te emocionan, no te subyugan, pero te son

imprescindibles. Te das cuenta de que es mejor ir acompañada que sola a muchos lugares, resuelven problemas aunque te crean otros, pero la gente te respeta más cuando ven que llevas a un hombre al lado, que hay un hombre en tu vida, y cuanto mejor sea el ejemplar de hombre, más eres respetada.

—Es una forma egoísta de pensar, ¿no crees?

—¿Y cómo piensan ellos, te lo has preguntado?

—Pues, no sé.

—Quieren un cuerpo caliente dentro de la cama que les haga de amante, de madre y de enfermera, porque hay veces que se ponen pesados, hija.

—¿Y ya no te emociona nada hacer el amor con él?

—La verdad es que absolutamente nada y hace muchos años que dejé de fingir.

—¿Y él cómo se lo toma?

—Acepta la situación, no le queda otro remedio. Es un hombre cómodo al que no le gusta el divorcio. Es de los que defienden la familia por encima de todo y al mismo tiempo, la odian, porque todo les irrita.

—¿Crees que vamos bien por esta calle?

—Seguro. De todos modos, al final, cuando lleguemos a aquella plaza —señaló hacia adelante con el dedo— si no lo hemos encontrado, preguntaremos.

—Mamá, ¿tienes amante?

—¡Madeleine!

—Es una pregunta natural. ¿De veras no has tenido nunca ningún amante?

—¿Crees que ya estará abierto?

Madeleine comprendió que su madre no deseaba responder y se encogió de hombros.

Sin perderse, llegaron a la plaza ajardinada donde se levantaba el museo. Vieron la gran fuente cuyo surtidor central se puso en movimiento en aquellos momentos.

La larga edificación del museo tenía dos plantas y un tejado que parecía inmenso. Detrás del mismo podía verse una alta cúpula piramidal de teja negra.

Tuvieron que aguardar unos minutos a que el museo abriera sus puertas y en aquellos momentos fueron las únicas visitantes.

—Qué silencio, ¿verdad, mamá?

—Sí, impresiona.

—Se oyen nuestros pasos. ¿Crees que habrá algo interesante?

—Si sólo se tratara de ver unos cuadros aunque sean de pintores famosos… La verdad, en París tenemos el Louvre.

—¿Cuánto tiempo hace que no has ido al Louvre, mamá?

—Pues…, ahora no recuerdo. Lo que venimos a ver es esa exposición de la magia.

—¿De verdad te interesa la magia?

—Creo que a todas las mujeres nos interesa. Según tu padre, todas somos un poco brujas y un poco…

—¿Putas?

—Madeleine, con este silencio nos pueden oír. Además, no está bien que digas eso.

—Mamá, te pasas de reaccionaria. Si oyeras lo que se dice en la Sorbona…

—La juventud de hoy está perdida —suspiró.

—Sí, tomamos drogas, practicamos el amor libre y pactamos con Satanás —se burló la muchacha.

—No te rías, es cierto. No quiero ni imaginar cómo educaréis a los hijos el día de mañana. Mira, ahí está la exposición.

—¿Encontraremos fantasmas dentro de vitrinas?

—No te rías de estas cosas, trae mala suerte.

Gracielle se volvió con brusquedad. En un cuchicheo, Madeleine preguntó:

—¿Qué te pasa?

—No sé, tengo la impresión de que he oído pasos.

—Oh, cualquiera diría que ahora tienes miedo. Serán nuestros propios pasos, el eco.

—No, no es eso.

—Pues, serán los pasos de algún guarda.

—No sé, ha sido una impresión extraña. —Sonrió—. Será el lugar, que forzosamente ha de estar cargado de magia.

—Por favor, mamá.

—No te rías de estas cosas, Madeleine, ya te lo he dicho, trae mala suerte.

—Mira, ¿qué es eso tan horrible?

—¡Qué asco!

—Aquí dice «gato momificado». Qué horror, ¿para qué le querrían?

—En el gato reencarnaban brujas y diablos.

—Bueno, si es eso… Mira, eso es un grimorio, ¿verdad?

La joven señaló unos amarillentos volúmenes de Las verdaderas clavículas del rey Salomón, traducidas del hebreo por Armadel en el año 1220.

Fueron fijando su atención en cuanto veían, especialmente en los objetos y pinturas más singulares.

—Eso es un sello de marfil, qué raro ¿verdad? Un sello de marfil que es una calavera y tres tibias.

—En la magia se pueden encontrar las cosas más extrañas. Fíjate en esa hermosa muchacha.

—¿La escultura de bronce?

—Sí, es una bruja.

Cartas de tarots, grabados, óleos, todo fue desfilando ante sus ojos hasta que algo destacó por encima de todo.

—Eso es un sillón especial, ¿verdad?

—Sí, parece el trono del diablo, negro y con esos cuernecillos en el cabezal. Recuerda fielmente la figura de un macho cabrío, fíjate en las patas.

—A mí me inquieta —confesó Madeleine, estremeciéndose pese a su supuesto escepticismo—. No me sentaría ahí por nada del mundo.

—¿Piensas que sentarse en ese sillón es como entregarse a Satanás?

—No lo sé, mamá, pero yo no me sentaría ahí.

—¿No decías que no creías en la magia?

—Bueno, yo, la verdad… Pensaba que aquí encontraríamos los resortes, los trucos para esos números tan fantásticos que los magos hacen en los escenarios.

—Esto es magia magia. Fíjate en esas manos, en las posiciones de los dedos; son para conjurar al diablo.

—Hablas como si estuvieras enterada de todo esto —se asombró la muchacha— como si hubieras asistido a misas negras.

—Oh, no, es que he leído algún libro que otro, por curiosidad, nada más.

A la salida, Gracielle compró una lámina para jugar al ouija.

—Pero, mamá, ¿de veras crees en eso?

Gracielle llevaba enrollada la lámina y le quitó importancia a la respuesta.

—Sólo se trata de un juego, no tiene trascendencia.

—¿Y si le preguntas si te vas a morir pronto y te responde que sí?

—Pues, me reiré.

—Mamá, será mejor que no juguemos a eso, a papá no le va a gustar.

—A tu padre no le gusta nada, es un hombre visceralmente práctico. Un buen policía, eso sí, aunque si hubiera tenido más imaginación habría llegado más lejos. Después de todo, algunas amigas mías tienen más dinero que nosotros y se les nota. En fin, a mí me tocó tu padre, no siempre se tiene suerte.

CAPÍTULO VI

—Bien, ésta es mi declaración.

El comisario Pierre Servant acababa de firmar la hoja que había escrito con una máquina del propio hotel Jacques I en el que se hospedaba con su familia.

El oficial de la conserjería del departamento del Tarn la tomó y la leyó, asintiendo con la cabeza.

—Muy bien, *monsieur* comisario, terminaremos por encontrar al fugitivo.

—¿Y del coche accidentado, qué saben?

—Estaba denunciado desde hace un mes como vehículo robado.

—Vaya, jamás hubiera supuesto que aquella pobre muchacha fuera una ladrona de coches.

—Pues, así parece ser, a menos que la engañaran a ella vendiéndoselo de segunda mano sin que ella supiera que era un coche robado.

—¿Y la documentación?

—Nada, todo quemado.

—¿Y el cuerpo de la joven?

—Irreconocible, carbonizado, va a ser muy difícil la identificación. Se están tomando radiografías de sus huesos, especialmente de las mandíbulas, para compararlas con radiografías de mujeres desaparecidas. Por el momento, su identificación es imposible. Si por lo menos hubieran quedado sus huellas necrodactilares, pero las crestas han resultado carbonizadas.

—Sí que es una pena —se lamentó el comisario Servant—. Claro que ése es el final de muchos ladrones de coches.

—Papá, mira qué he encontrado en la cama…

El chico de ocho años acababa de acercárseles con un paquete en la mano.

—Luego, André, luego.

—Pero, papá, mira…

—¡Luego!

El niño puso el paquete sobre la mesa, abriéndolo.

Todos quedaron mudos al ver aquel par de ojos húmedos y vidriosos. El comisario Servant se puso intensamente pálido y luego su pasmo se transformó en una reacción colérica. De un manotazo barrió la mesa, arrojando al suelo el paquete con su inquietante contenido.

—¡Estoy harto de esta clase de bromas! —chilló ante su hijo y los dos gendarmes.

El oficial de la gendarmería carraspeó y dijo:

—Si tenemos alguna nueva noticia ya nos pondremos en contacto con usted.

Sin desear inmiscuirse en lo que consideraban un problema familiar del comisario de la PJ, los gendarmes se alejaron.

—Papá, no es ninguna broma, estaban en tu cama.

—¿En mi cama?

—Sí, papá, he ido a buscar a mamá y no estaba —balbuceó André que comenzó a gimotear hasta acabar llorando.

—Está bien —bufó—, acepto que no has sido tú quien haya puesto eso tan repugnante. Pediré explicaciones al hotel, supongo que lo habrán sacado del matadero municipal.

—Yo sólo quería enseñártelo.

—Pues cuando vuelvas a ver algo semejante, no lo cojas. Si los llegas a poner delante de las narices de tu madre, la matas del susto.

El comisario Servant buscó unos papeles, recogió lo que había tirado y lo arrojó al interior de la papelera que quedaba a su alcance.

—Mamá está en el museo.

—¿Tú no has ido al museo? —inquirió el niño.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no y basta. André, ya me has fastidiado bastante. ¿Qué van a pensar los gendarmes de aquí? Van a decir que tengo una familia morbosa y menos mal que no saben lo del gato dentro de la muñeca.

—Pero, papá, ¿quién hace todo esto?

—No lo sé, André, salgamos de aquí. ¿Has desayunado?

—No, no tengo ganas.

—No me extraña, claro que las tripas que tiene un niño como tú no las tiene ningún adulto.

Salieron del despacho que el hotel había puesto a su disposición y en el *hall* del establecimiento se encontraron con Gracielle y Madeleine.

—¿Quién ha sido? —Gruñó Pierre Servant a guisa de saludo.

Las dos mujeres se lo quedaron mirando, desconcertadas.

—¿Quién ha sido qué?

—¡Ya estoy harto de bromas desagradables!

—No sé de qué hablas —dijo Gracielle, y miró a su hija, interrogante—. ¿Y tú?

—No sé nada, mamá.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Pierre?

El pequeño André miró a su padre esperando que éste hablara, pero el comisario no parecía dispuesto a decir nada y lo hizo él.

—Mamá, había dos ojos en la cama.

—¿Dos ojos?

—Sí —afirmó Pierre Servant—, posiblemente despojos del matadero. Esta clase de bromas no me gustan y alguien parece dispuesto a fastidiarme.

—Pues nosotras no sabemos nada.

—¿Dónde está Louis?

—Pues, vendrá por Castres, pero si estás pensando que él es el bromista, te equivocas.

—¿Por qué?

—Louis es incapaz de una cosa semejante. ¿Es que no le conoces?

—Pasa mucho tiempo fuera de casa y desfilan tantos tipos desagradables por mi despacho del comisariado que ya no creo en la integridad de nadie.

—¿Cómo puedes decir una cosa así? Estás hablando de tu propio hijo.

—Gracielle, la vida no es como tú la ves. Yo, en la comisaría, estoy más cerca de la verdad que tú. Veo a muchachos arrestados que para sus padres no eran más que inmaculados angelitos.

—Mamá, ¿qué ha dicho papá? —preguntó el pequeño André.

Nadie le hizo caso.

—Cuando venga, él mismo te dirá que no sabe nada de nada.
—Entonces, ¿quién se dedica a fastidiarme?
—No lo sé.
—Tiene que ser alguien de mi familia.
—Eso es absurdo —rechazó Gracielle.
—A lo peor eres tú, que te has empeñado en irritarme.
—¿Yo? Pierre, creo que tus vacaciones tendrías que pasarlas en un psiquiátrico.
—¡No voy a tolerar que me insultes!
—Por favor, no discutamos —pidió Madeleine, dándose cuenta de que la encargada de conserjería les observaba a distancia.
—Será mejor que salga a pasear, a tomar el aire. Necesito respirar, porque voy a estallar —gruñó Pierre Servant—. Y a ver si este mediodía ya está Louis aquí.
—No tardará.
—Bien, terminemos esta discusión. ¿Habéis visitado ya el museo?
—Sí —respondió Gracielle, molesta.
—¿Os ha parecido interesante?
—Mucho.
Madeleine añadió:
—Había cosas espeluznantes, como un gato momificado.
—Pues, muy divertido. Si tenía ganas de ir, se me han pasado de golpe —gruñó el comisario.
Decidió que era mejor no hacer una queja a la dirección del hotel porque el culpable podía ser algún miembro de su familia; era evidente que le estaban acosando.
—Papá, ¿puedo ir a ver la magia? —preguntó el niño.
—Sólo faltabas tú —masculló Servant—. Os advierto que como haya otra broma pesada y repugnante, cojo el coche y nos volvemos a París.
—Pierre, no amenaces, todos tenemos nuestros derechos. Si quieres regresar, hazlo, pero deja en paz a los demás.
—¡Soy todavía el padre de esta familia!
—Sí, y puedes añadir que eres quien nos mantiene.
—Ya está bien, cualquier día me voy y desaparezco.
—No creo que lo hagas, tendrías que renunciar a tu empleo de comisario y a ti te gusta, sí, te gusta mucho, y fastidiar a la gente

interrogándola, también.

—Estamos dando un espectáculo —se lamentó Madeleine, viendo que habían entrado nuevos clientes en el establecimiento.

—¡*Monsieur* Servant!

Ante la interpelación de la encargada de conserjería, el comisario se acercó al mostrador.

—¿Qué sucede?

—Una empleada de servicio ha encontrado este sobre. Parece que es suyo, porque pone su nombre.

Lo tomó y leyó lo que había escrito en él.

—Es cierto.

Lo rasgó y de su interior sacó una fotografía. Se quedó mirando fijamente aquel rostro femenino, un rostro que reconoció de inmediato y que jamás podría olvidar, un rostro que estaba grabado en su cerebro y que al mismo tiempo había creído reconocer en la mujer accidentada en la carretera.

—¿Sucede algo ahora? —le preguntó su esposa.

Nerviosamente guardó la foto en su bolsillo.

—No, no…

CAPÍTULO VII

Louis se sintió ligero al abandonar la alcoba en que había dormido. Su reloj le había hecho saber que había dormido larga y profundamente.

Bajó al salón y buscó sin hallar a nadie. Parecía haberse quedado solo en la Maison du Cavalier Noir, una casa tan grande como antigua y solitaria. Tenía un sabor extraño, sin duda.

Fue hasta la salita, pero la puerta permanecía cerrada con llave y no consiguió abrirla.

—¡Vanessa, *monsieur* Noiratre!

Nadie respondió.

Fue hacia la puerta de salida y la abrió sin dificultad. Se encontró frente a frente con el criado de los Noiratre, aquel hombre alto y fuerte al que de cuando en cuando se le extraviaba la mirada, como si perdiera la razón.

—Hola, Jules.

—Buenos días, señor.

—¿No hay nadie en la casa?

—El profesor ha salido.

—¿Y sus hijas?

—No hay nadie en la casa. Tengo una carta para usted, *monsieur*.

—¿Una carta?

—Acompáñeme, por favor.

Jules se acercó a un taquillón de madera oscura, posiblemente de gran valor si lo tasaba un anticuario para destinarlo a la venta.

—Aquí está su carta, *monsieur*.

El sobre no estaba cerrado.

«Querido Louis: Mi padre dice que vengas con toda tu familia, seréis muy bien recibidos como invitados. Aquí podéis pasar unos días de vacaciones que seguro serán gratos para todos».

—¡Jules!

Jules ya no estaba. Louis Servant se encogió de hombros, salió de la casa y fue en busca de su motocicleta.

La máquina estaba húmeda por el rocío de la amanecida. Sacó un pañuelo y secó el manillar y el asiento. Dio al pedal de la puesta en marcha y la Suzuki ronroneó con fuerza.

Se alejó de la casa acariciado por un sol tibio y agradable.

Traspasó el bosque de añosos robles y rodó por la tierra en la que sólo crecía la hierba. Llegó al otro bosque y después, a la pequeña aldea.

Al pasar comprobó que era observado con curiosidad por un hombre y una mujer que estaban junto a una puerta. No vio a nadie más. Saltó a la mala carretera por la que descendió de las montañas, había barrancos.

Era agradable circular. La Suzuki rodaba veloz y sólo se encontró con una furgoneta Citroën en contra. Al fin, llegó a la nacional 622 y por ella se dirigió hacia la histórica ciudad de Castres a la que no tardó en llegar gracias al poder y a la velocidad de la máquina que montaba.

Ya dentro de la población, disminuyó la velocidad y comenzó a recorrerla buscando un coche y una *roulotte*; conocía bien el vehículo de su padre.

Pasó por delante del museo Goya y dio la vuelta. Fue buscando hoteles y sus estacionamientos hasta que arribó al Jacques I, donde descubrió el coche y la *roulotte*. Detuvo la moto, penetrando en él.

—Buenos días, busco a *monsieur* Pierre Servant.

—Sí, se hospeda aquí con su familia.

—Yo soy su hijo.

—Ah, muy bien, *monsieur*. Están en los jardines de la piscina.

—¡Louis, Louis!

Su madre acababa de reconocerle.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—No puede ir peor, como que estoy pensando en regresar —gruñó Pierre Servant.

—¿Ha pasado algo?

—Tu madre se ha cargado un faro y un guardabarros.

—No le hagas caso, Louis, por poco nos matamos todos llevando el coche tu padre. Fue un accidente horrible; cerca de aquí, una mujer murió en su coche, carbonizada.

—Pues yo he encontrado dos ojos en la cama de mamá —dijo André.

—¿Queeé?

—Un momento —pidió el padre—. ¿Dónde estabas tú?

—En casa de Vanessa, de allí vengo.

Gracielle preguntó:

—¿Es la chica de que me hablaste?

—Sí, es ella, una chica maravillosa, pero lo que yo no sabía es que tiene una hermana gemela. Me quedé muy sorprendido al verlas juntas ayer por la noche, durante la cena.

—¿Y te acostaste con las dos?

—Madeleine, más respeto —exigió la madre.

—Así los educas… —rezongó el comisario.

—Ahora sólo falta que digas que se van a convertir en delincuentes.

—¿Cuándo has llegado a la ciudad? —preguntó Pierre Servant.

—Ahora mismo. He dado una vuelta buscándoos hasta que he descubierto el coche.

—Bueno, ahora que ya estamos todos juntos lo vamos a pasar muy bien.

—Estamos invitados.

—Invitados, ¿dónde? —preguntó Gracielle.

—En casa de Vanessa. Es un lugar muy bonito, casi arriba de la Montaña Negra.

El comisario gruñó:

—Yo no quiero ir a ninguna parte.

—Allí nos podemos estar bien un par de días y luego nos largamos hacia la costa —propuso Louis.

—¿Hay chicos? —quiso saber su hermana.

—No. En realidad vive el profesor con sus hijas, son muy atentos. La casa es muy antigua, parece un museo, creo que es interesante estar allí. Les atiende Jules, un criado que lo hace todo, un tipo muy alto.

Gracielle inquirió:

—Y el profesor, ¿qué tal es?

—Me parece que muy culto, interesante y sobre todo, enigmático y misterioso.

—Entonces, vamos.

—¿Tienen perro? —preguntó el pequeño André.

—La verdad, no he visto ninguno.

—Qué mala suerte.

—Creo que tienen gato, no lo he visto pero creo que lo tienen.

—Vamos a ver, Louis, ¿esa chica te interesa?

El muchacho quedó frente a la mirada inquisitiva de su padre.

—La verdad es que sí, ella no es como las otras.

—No quiero que mezcles a tu familia, es decir, a mi familia con tus líos.

—No es ningún lío. La verdad es que no me he acostado con esa chica.

—Lo dices como si fueras por ahí acostándote con todas…

—Papá, eso no es raro hoy en día —puntualizó Madeleine.

—No me digas que tú te has acostado ya con un hombre…

—Eres muy anticuado, papá.

—Pero, Madeleine, ¿quieres decir que…? —Casi tartamudeó Pierre Servant.

Gracielle suplicó:

—Tengamos paz.

El comisario aspiró hondo y ruidosamente para luego decir:

—Será mejor que no haga más preguntas. Siempre ocurre lo mismo; cuanto más ahondas en un interrogatorio, más sucio sale todo.

—Por favor, Pierre, no hagas ahora una tragedia de esto. Los tiempos cambian, no es como cuando tú y yo éramos novios, todo es distinto.

—Sí, ya sé, relaciones prematrimoniales.

—Yo no tengo novio —confesó Madeleine encogiéndose de hombros.

—Mamá, yo quiero un perro. ¿Por qué no me compras un perro?

—Sí, en seguida —gruñó el padre—. Anda, vente conmigo, daremos un paseo.

Louis insistió:

—Iremos luego a la casa de Vanessa, ¿verdad?

—¿De veras les has contado a esa gente cuántos somos de familia? —preguntó sardónico el comisario.

—Claro. Son gente rica, tienen bodega propia, cientos de botellas de coñac con el nombre de la familia.

—Louis —le dijo Gracielle, cogiéndole por el brazo—, esa chica te interesa. Has de hacer lo imposible porque te quiera. Será guapa, ¿verdad?

—Sí, mucho, un poco pálida pero muy hermosa.

—¿No toma el sol? —inquirió Madeleine.

Aquella misma tarde, la familia Servant proseguía su viaje de vacaciones, llevando ahora delante a un motorista que era Louis, el cual marcaba la ruta.

—No me gusta esta situación —se quejó Pierre Servant.

—Siempre estás gruñendo, no entiendo cómo te soportan en la comisaria.

—Pues, porque soy el comisario —dijo, satisfecho.

—Y crees que en casa continúas siéndolo —le reprochó su mujer.

André se quejó.

—Yo me aburro.

—Cuando llegues a esa casa te divertirás —aseguró Gracielle.

—Si no hay niños y tampoco tienen perro…

—Yo preferiría que fuéramos a Saint-Tropez —se lamentó Madeleine a su vez.

—Habrá tiempo para todo.

—Según la cara que ponga el sujeto ese, yo cojo el coche, le doy la vuelta y nos largamos, aunque a Louis le reviente.

—Es que no sabes estar en sociedad. Como siempre andas metido entre delincuentes…

A bordo de su motocicleta, Louis salió de la nacional 622 y se introdujo por la carretera estrecha que conducía al macizo montañoso en el que destacaba la Montaña Negra.

El viaje prosiguió sin dificultades, la carretera ascendía.

—El paisaje es bonito.

Llegaron a la pequeña aldea donde el comisario Pierre Servant tuvo que maniobrar con mucha cautela para introducir el vehículo con la *roulotte* entre dos casas. Continuó tras su hijo, pero el suelo ya no era asfaltado.

—Este camino es muy malo y con la caravana detrás… Esperemos que tu hijo sepa adónde nos lleva.

—Louis es un buen conductor.

—Ya veremos si dice lo mismo cuando hayamos volcado.

Trató de sortear los baches, mas no siempre lo consiguió.

—¡Mira, papá, el cementerio! —Casi gritó André.

—Sí, hijo, el cementerio… Es el mejor paisaje que hemos visto hasta ahora.

—Fijaos cuántos cuervos —señaló Madeleine.

La bandada de cuervos voló sobre ellos y luego describió un giro, alejándose por delante de ellos en dirección a la Maison du Cavalier Noir.

—No me extraña que haya poca gente por aquí —masculló Pierre Servant—. Se nos va a romper el coche y lo malo es que aquí no habrá forma de darle la vuelta a este trasto con la caravana detrás.

El Peugeot tenía la potencia suficiente para arrastrar la pesada *roulotte* por los difíciles caminos.

Con muchos vaivenes, semejando en varios de ellos que la caravana fuera a volcar y con inquietantes golpes en los bajos del vehículo, siguieron adelante.

—Estoy loco por haber hecho caso a Louis. No es lo mismo llevar una moto que todo esto, nos vamos a cargar el coche.

Sin embargo, Gracielle iba más atenta tratando de descubrir la casa en la que ya creía iba a formar parte y cuando la vio, casi gritó con júbilo:

—¡Ahí está, entre los árboles!

—Pues me parece muy siniestra —gruñó Pierre Servant.

—Es una casa antigua, importante. Tú sólo piensas en apartamentos modernos, sin estilo y sin historia.

—¿Para eso tenemos una República, para que nuestras mujeres sigan pensando en condes, marquesas y princesas?

—No digas tonterías y pórtate bien, por favor, aunque sólo sea por tu hijo.

El camino conducía a la puerta principal de la mansión y después se prolongaba entre los árboles con suave pendiente.

—Si por ahí se pudiera ir a otra carretera, nos ahorraríamos tener que pasar otra vez por el camino que hemos hecho.

—¿Todo bien? —preguntó Louis, acercándoseles.

—Este camino es una mierda —replicó el padre.

Se abrió la puerta de la mansión y apareció Jules con su extraña mirada.

—Fíjate, mamá, ese hombre es casi un gigante.
—Debe ser el criado.
La familia al completo se acercó al umbral. Jules les saludó.
—Bienvenidos. El profesor y sus hijas no están, pero tengo el encargo de atenderles y proporcionarles habitaciones.
—No es necesario, traemos el hotel con ruedas.
Gracielle bisbiseó:
—Por favor, Pierre, no hagas el ridículo.
—Síganme, por favor.
Louis dijo:
—No os preocupéis, la casa es grande.
—Aquí hace frío —se quejó Madeleine.
—Luego encienden las chimeneas.
—Es que estamos en verano…
—Hermanita, esto está a mil metros de altura. No es verano aún y la primavera está resultando muy fría.
Jules les acompañó al piso y les mostró tres habitaciones. Una de ellas, Louis ya la conocía.
—Qué casa tan señorial —opinó Gracielle.
—A mí me parece lúgubre y siniestra —rezongó Pierre Servant.
—Tú no encuentras nada bien. ¿Te has fijado qué habitación más grande?
—Sí, es grande, demasiado grande. —Se acercó a la ventana por la que penetraba escasa luz—. Tanto follaje no deja pasar el sol, sería mejor talar algunos árboles.
—Tú no entiendes de mansiones como ésta.
—Yo diría que esos árboles están para ocultar la casa.
—Aquí podemos estar bien, tengo un gran interés en conocer al profesor.
—¿Profesor qué y de qué?
—¿Cómo dices, Pierre?
—Que todavía no sabemos de qué es profesor ni cómo se llama.
—Si es profesor es que enseña, ¿no?
—Se supone, pero…
—Traeremos las cosas de la *roulotte* aquí.
—No lo traigas todo, tampoco creo que ahí afuera nos vayan a robar. Este lugar es muy recóndito y difícil de encontrar.
—A mí me gusta haber venido aquí, es toda una aventura. —

Pues a mí no.

—Me agrada conocer a gente distinta.

—Yo no me fío de nadie.

—Si vas a estar con esa actitud nos van a poner mala cara, y ya sabes que una de las hijas del profesor…

La puerta de la alcoba se abrió sin previo aviso y entró André preguntando:

—Mamá, ¿dónde dormiré yo?

—En la habitación de Louis.

—Allí sólo hay una cama.

—Si Louis se acuesta con esa chica no creo que desee la compañía de su hermano.

—Nunca os dais cuenta de que André lo escucha todo. El chico insistió:

—Mamá, ¿dónde duermo?

—Pues… —La mujer miró en derredor.

—No te preocupes, André, puedes dormir aquí.

—Eso, que duerma en la cama contigo.

—Con nosotros, querrás decir —puntualizó Gracielle.

—Yo me voy a dormir a la caravana.

—No serás capaz de hacer esa tontería, ¿verdad?

—Sí, claro que sí.

—No te atreverás, Pierre.

—Verás qué fácil, le diremos a nuestro anfitrión que ronco, eso, que ronco muy fuerte.

—Tú sólo haces que ponerlo todo difícil, ahora quieres quedar como un grosero.

—Mientras te desahogas voy abajo a ver cómo está el coche.

Pierre Servant abandonó la habitación. Cuando comenzó a descender descubrió al hombre que estaba al pie de la escalera, aquel hombre que usaba unas gafas tan negras que semejaban espejos.

—Bien venido a mi mansión, comisario Servant.

El comisario quedó un instante dubitativo en lo alto de la escalera; después, fue la sorpresa la que le afectó.

—Profesor Noiratre…

—El mismo. Veo que aún se acuerda de mí.

Preocupado, Pierre Servant acabó de bajar lentamente la

escalinata.

—Sí que es una casualidad que haya venido a parar a su casa.

—Lo es, comisario, lo es, la vida es muy extraña.

—¿Se ha retirado ya de los escenarios?

—Sí, hace algún tiempo. Los años pesan y hay que viajar mucho.

—Claro, claro. Además, un mago no puede hacerse viejo, los trucos comienzan a fallar y se descubren.

—Lo que usted llama trucos, ciertamente fallan cuando el mago se vuelve torpe por senilidad.

—Pierre…

Ambos se volvieron hacia lo alto de la escalera. Gracielle quedó sorprendida al ver a aquel extraño personaje vestido con una elegancia ciertamente anacrónica.

—Baja, te presentaré al dueño de esta mansión.

La mujer forzó una sonrisa, estaba preocupada. Notó que el dueño de la mansión imponía pese a la actitud de Pierre que parecía repuesto, como dominando ya la situación.

—*Madame*, es un placer conocerla y el que haya aceptado la hospitalidad de esta mansión que pongo a sus pies.

—Muy bonito, profesor Noiratre —ironizó Servant—. Gracielle, te presento a un mago, sí, a un mago de circo o de escenario. ¿Cómo prefiere que lo llame, profesor?

—Como usted guste, comisario Servant, como usted guste. *Madame*, su esposo parece que jamás ha sentido gran simpatía por los magos.

—¿De veras es usted mago?

—Gracielle, has de saber que se comentaba que Noiratre era uno de los mejores en todo el mundo. Debió ganar mucho dinero para poder comprarse una casa como ésta, claro que estando tan apartada de la civilización no habrá resultado muy cara.

—Esta casa no la compré, la he heredado de mis ancestros.

—¿Ah, sí, descendiendo por línea directa?

—Así es. Ésta es la Maison du Cavalier Noir; no he empleado ese título nobiliario que antiguamente tuvo mucha importancia.

—Comprendo, comprendo. Los tiempos cambian y aunque sus ancestros fueran ricos, usted tuvo que pasearse por los escenarios para ganarse la vida.

—Por favor, Pierre —pidió Gracielle, sintiéndose violenta por la

actitud poco educada de su marido.

—No tema, *madame*, conozco bien a *monsieur* Servant o ¿prefiere que le llame comisario Servant?

—Si usted se hace llamar profesor, pues llámeme comisario a mí. Ah, Gracielle, yo dormiré afuera en la *roulotte*.

—¿Ha encontrado mal la alcoba que les he dispuesto?

—No tema, profesor, es que mi mujer dormirá con mi hijo pequeño. Yo ronco mucho y eso resulta molesto para toda la familia.

—Como guste, comisario Servant.

—De todos modos, profesor, no lo tome como una grosería, me siento muy complacido. Será una experiencia para mí haber pasado por la mansión de un personaje como usted.

—No lo dudo, comisario. Será una experiencia que no podrá olvidar el resto que le queda de vida.

—Lo dice como si me quedara poco tiempo para vivir…

—Eso, comisario Servant, nunca se sabe.

—Bien, hasta ahora, voy a buscar algunas cosas. Ah, mi esposa si está interesada por la magia, ya sabe como son las mujeres, no en vano son sus principales clientes. Esta mañana mismo ha visitado el museo de la magia.

Pierre Servant les dejó solos. Gracielle se sintió algo incómoda.

—De modo, *madame*, que ha visitado el museo de Goya y ha podido ver la exposición antológica de la magia.

—Sí, he ido con mi hija. Mire, ahí está. ¡Madeleine!

La muchacha se acercó a ellos, descendiendo por la escalera.

—¿Me llamabas, mamá?

—Madeleine, éste es el profesor Noiratre, el padre de Vanessa y propietario de esta mansión.

—Celebro conocerle, profesor.

—Hermosa muchacha, digna hija de su madre.

—Gracias. Madeleine, el profesor es un mago.

—¿Un mago, un mago de verdad?

—Para algunos soy un mago de feria, un simple embaucador. Para otros soy… un mago o como dirían otros, especificando mejor, un brujo.

—¿Brujo? —Las dos mujeres sonrieron.

—Ustedes no creen en esas tonterías, claro.

Ambas rieron y fue Gracielle la que dijo:

—Sería emocionante actuar como mago en los escenarios y recibir aplausos al final de cada número.

—Ahora ya no actúa, ¿verdad? —preguntó Madeleine.

—No, no hago nada, es decir, preparo mi reencarnación.

—¿De veras cree en la reencarnación, profesor? —preguntó Gracielle.

—Por supuesto, *madame*. ¿Ustedes no?

—Le ruego que no se ofenda, profesor, pero…

—No faltaría más, *madame*, todos somos libres de creer en lo que más nos convenga. Por favor, sean tan amables de pasar a la salita conmigo, allí hablaremos mejor.

—Como quiera, habrá tiempo para llevar las maletas a las habitaciones.

—Oh, sí, *madame*, claro que habrá tiempo, precisamente aquí el tiempo pasa con mucha lentitud.

Las condujo a la salita donde los leños ya ardían en la chimenea para ahuyentar el frío que no correspondía a la época en que vivían, pero el lugar húmedo y umbrío donde se levantaba la Maison du Cavalier Noir hacía que el frío se notara más.

—En esta salita tengo algunos objetos y cuadros que son propios de la Magia, de la Magia con mayúscula, la auténtica Magia.

—¿Magia blanca o negra? —preguntó Madeleine.

—Negra, por supuesto. En otra sala tengo los aparatos y artilugios que he ido usando en los escenarios de ferias y teatros, me refiero a la magia de los trucos, a la que se refiera su esposo, *madame*.

—Oh, qué divertido. ¿Podremos verlos?

—Por supuesto, *madame*, pero en otro momento. La magia de feria tiene el interés de descubrir el truco y es más espectacular, pero la magia auténtica es distinta. No hay trampillas que se abren y cierran, cartas que se mueven, luces que se encienden o apagan. En ella, cada objeto tiene la fuerza de lo que no se ve. Un sonajero de brujo que es una calavera de mono, garras, manos.

—Se parece todo a lo del museo —comentó Madeleine.

Por su parte, Gracielle señaló el sillón y dijo:

—Hay uno exacto en el museo de Goya.

El inquietante profesor Noiratre, con sus gafas que sólo hacían

que reflejar como espejos la imagen de quien trataba de escudriñar a través de ellas, se acercó al sillón de ébano con patas de pezuña y cabezal con cuernecillos.

—En realidad, el sillón que está en el museo de Castres es una copia. Mi amigo *monsieur* Labisse no lo sabe, cree que aquél es el auténtico, pero el auténtico es éste, un sillón empleado en misas negras desde hace siglos.

—¿El sillón del diablo? —preguntó Madeleine.

—Eso es, el trono de Arioc, un príncipe de los infiernos.

—¿De veras cree en el diablo, profesor? —preguntó Gracielle.

—¿Usted no, *madame*?

—Bueno, creo como cosa abstracta, sin darle nombre.

—Una equivocación, *madame*. Diablos los hay como hay santos, reyes en la tierra o presidentes, como se les llama ahora. Para que una invocación surta efecto es mucho mejor y más seguro dirigirse a uno de los príncipes del infierno.

—¿Y ese escenario? Parece un teatrito de juguete.

—No abra las cortinas, *madame*.

—¿No se puede?

—No, *madame*. A las esposas de Barba Azul las perdió su curiosidad. La curiosidad es mala consejera frente a las puertas del misterio, en este caso los cortinajes. Si no se está preparado, es mejor pasar de lado y olvidar.

Gracielle se echó a reír. Era la suya una risa nerviosa, insegura. Se encaró con el profesor Noiratre y le preguntó:

—¿Trata de impresionarme?

—Sólo le digo la verdad, *madame*. Abocarse a un pozo de profundidad insondable para ver si hay algo en su fondo es muy peligroso porque el vértigo puede hacer que la siniestra negrura del pozo nos engulla.

—Supongo que parte de la fuerza que consiguen ustedes los magos es debida a que impresionan a su auditorio con su voz, con sus tonos, con sus palabras cargadas de misterio y también de velada amenaza.

—Es posible, *madame*, pero ocurre muchas veces que los oídos no quieren escuchar la verdad porque se suponen por encima de ella.

—¿Y si yo descorriera las cortinillas? —preguntó Gracielle

cogiendo un cordoncillo dorado y rojo que colgaba de uno de los extremos del teatrillo.

—Yo no se lo impediría, *madame*, pero usted lo lamentaría.

—Madeleine, si pareces asustada —se rió Gracielle, sintiéndose más fuerte al observar el temor de su hija—. No tema, profesor, no voy a desvelar su misterio.

—Hay muchos misterios, *madame*. Tengo la impresión de que no cree muchas cosas de las que le cuento. He viajado por todo el mundo, he visitado los monasterios perdidos del Tibet, he entrado en las tumbas premayas en Sudamérica, he paseado por el interior de las pirámides… He vagado por las catacumbas en Europa, algunas de las cuales son desconocidas para mucha gente. He pisado grandes monasterios dedicados al culto cristiano y que, sin embargo, están llenos de símbolos herméticos y han sido edificados sobre templos antiquísimos llenos de fuerzas telúricas o cósmicas que nada han tenido que ver con la religión cristiana, templos cuya historia se pierde en la noche de los tiempos.

—¿Usted cree haberse reencarnado?

—Naturalmente, *madame*, y como soy consciente de que la vida de este cuerpo que actualmente alberga mi espíritu se debilita, debo preparar mi reencarnación.

—Tenía entendido que la reencarnación para los que creen en ella, claro —observó Madeleine— es incontrolable.

—*Mademoiselle*, así es en la mayoría de los casos. Yo, por supuesto, escogeré mi propia reencarnación y lo haré porque poseo poderes para ello.

—¿De verdad tiene poderes? —preguntó Gracielle.

—Como le decía, he vivido en todos los lugares de la Tierra, podría decirse que a lo largo de mis vidas he pisado toda la superficie del planeta. —Suspiró—. En cierta ocasión me encontraba en París actuando en un teatro, les puntualizo que en los teatros siempre he trabajado con trucos de mago de feria. Como les decía, estaba trabajando allí cuando fui requerido por la policía, quisieron conocer mis poderes y entonces conocí a Pierre Servant que en aquel tiempo aún no era comisario sino inspector.

—Entonces, ¿usted y mi marido se conocen desde hace tiempo?

—Así es, *madame*. Nos vimos en una ocasión y ya jamás hemos podido olvidarnos el uno al otro. Había de llegar un día en que

teníamos que encontrarnos y ese día ha llegado, ese día ha sido hoy.

CAPÍTULO VIII

Miauuu…

André la descubrió con alegría. Era una gata negra, una gata que al niño se le antojó enorme. Sus ojos eran amarillo-verdosos y semejaban fulgurar al mirarle.

El felino dio una vuelta sobre sí mismo y echó a andar, alejándose.

—Gatito, ven, ven —pidió el niño, siguiéndole, sin saber qué hacer para atraerle.

El gato giró su cabeza hacia él y volvió a maullar; era un maullido bronco.

André le siguió; había encontrado algo con qué divertirse. Avanzó rápido para tratar de alcanzar a la gata, pero ésta aceleró la velocidad de sus cuatro patas y el niño no logró ponerle las manos encima.

Salió de la casa sin que nadie se fijara en él.

La gata avanzó por el camino descendente que semejaba hundirse entre árboles y arbustos, brezo y robles, y el hijo del comisario la siguió. En el fondo de él había la ilusión de que la gata le condujera a una madriguera donde podía haber gatitos.

De pronto, la perdió de vista y comenzó a llamarla.

—Gatita, gatita, *misss*, *misss*, *misss*… Gatita…

André descendió lo que le faltaba hasta ver que el camino concluía al borde de lo que algunos podían denominar como una charca, otros como un manantial y otros como un gran pozo natural. Al niño le pareció un lago de aguas intensamente negras.

El laguito tendría quince o veinte metros de diámetro y sin ser completamente circular, lo parecía. Las hierbas que crecían en el borde se hundían en parte en aquellas aguas tan negras que semejaban un espejo bruñido que reflejaba la imagen.

El niño quedó perplejo en aquel lugar tan solitario donde no se

oía el paso del viento entre el follaje ni el quebrarse de una pequeña rama. Era como si el silencio se hubiera magnificado hasta el punto de convertirse en obsesivo; sin embargo, el niño no tenía aún edad suficiente para captar la desasosegante sensación del silencio absoluto.

Vio reflejada en el agua la cara de la gata y se inclinó hacia ella.

—No puede ser —se dijo—. Los gatos no se meten en el agua.

Cualquier otro que no fuera el niño habría sentido un escalofrío en aquel momento.

Era como si la temperatura descendiera de súbito, como si el sol acabara de ocultarse; mas André, arrodillado a la orilla del lago negro, sólo estaba pendiente de los ojos de la gata que continuaban mirándole con fijeza.

Bruscamente, la superficie del agua se rompió y por ella asomó una manaza que lo apresó por el cuello.

El niño lanzó un chillido de espanto.

Cuando parecía que iba a vencerse hacia adelante, se afianzó sobre sus rodillas e instintivamente se echó hacia atrás, escapando a la manaza que había conseguido cogerle el cuello pero sin llegar a sujetarle, con evidente intención de atraerlo hacia el agua y sumergirlo en ella.

André, chillando, echó a correr camino arriba, espantado por lo que había sucedido.

Al llegar a lo alto se encontró con los brazos de su madre que lo protegieron.

—Hijo, ¿qué te ocurre?

—Mamá, mamá, en el lago una mano ha querido cogerme…

—¿Una mano?

—Sí, mamá, ha salido del agua.

—Vamos, André, vamos.

—Sí, una mano. Yo quería coger el gato que había en el agua…

—¿Un gato en el agua? Pero, André, si los gatos no se meten en el agua.

—No me crees, ¿verdad?

—Ven, vamos a verlo.

—No, mamá, saldrá la mano y nos cogerá.

—Anda, no seas tonto. ¿Quieres que vaya tu madre sola?

André se cogió de la mano de su madre y juntos descendieron

por el camino hasta descubrir el lago.

—Es aquí, mamá. No te acerques, la mano ha salido del agua y me ha cogido del cuello, aquí, aquí —señaló su propio cuello.

—Vamos, hijo…

Mas, en aquel instante descubrió unas marcas en el cuello del pequeño, unas marcas como de dedos poderosos. Miró hacia las aguas, su negritud y a la vez lo reflectante que eran la impresionaron.

Fue entonces cuando captó el silencio que había en el ambiente, un silencio opresivo que fue roto por una bandada de cuervos que pasaron aleteando por encima de ellos en dirección a la casa.

—Vamos, André, vámonos de aquí.

—La mano ha salido de ahí, te lo juro, mamá, te lo juro.

—Te creo, te creo, pero vámonos.

Regresaron por el camino hasta llegar al coche. Dentro de él, gruñendo, estaba el comisario Servant.

—¡Pierre!

—Ah, hola, ¿habéis salido a pasear? —preguntó, sin interés alguno por lo que pudieran responderle.

—Pierre, Pierre, será mejor que nos vayamos de aquí.

—¿Irnos? —Se encaró con ella, levantando la voz—. ¿Y me lo dices ahora, precisamente ahora?

—Tú conocías al profesor Noiratre, y no yo, y me parece un hombre inquietante.

—¿Inquietante? Ese tipo es un vulgar farsante. Yo lo puse en ridículo delante de todos en el comisariado. Es un embaucador que sólo sirve para mago de feria.

—André ha visto…

—¿El qué?

—Bueno, nada.

—Papá, he visto un gato en el agua.

—Bueno, ya está bien, sólo faltaba lo que ha ocurrido. Resulta que la batería se ha descargado, menos mal que Louis tiene su moto. Le diré que se lleve la batería y que la carguen, de lo contrario no vamos a salir de aquí.

—¿Descargada? Si iba bien.

—Sí, pero quizás algo de la *roulotte* ha tenido un cortocircuito, yo qué sé, el caso es que no hay batería y por aquí no veo a otro

coche. Louis, con la moto, puede solventar el pleito. Que vaya a la aldea cercana, alguien tendrá un cargador de batería.

—¿Y si no lo tienen?

—Pues, que vaya a Castres. Después de todo, si estamos en vacaciones, podemos perder unas horas, ¿no? Tanto querer venir aquí y ahora eres tú la que insiste en marcharse.

—¿Tú crees en los magos, en los brujos?

—¿Yo? —Se echó a reír—. Son tipos de feria, nada más. Eres tú la que crees, por eso te has ido corriendo a ese museo a ver gatos momificados y otras lindezas por el estilo. Os reís de esas cosas y luego os coge miedo. ¿Sabes lo que pienso? Pues que os divierte pasar miedo y si este caserón te impresiona tanto, no te marches todavía, así disfrutarás más.

—No te lo tomes a broma, Pierre, creo que hay algo en el ambiente que es maligno. Este lugar no es sano.

—Papá, ¿pasa algo? —preguntó Louis, acercándose.

—Mira, iba a llamarte.

—¿Qué ocurre?

—La batería. Aquí hay tanta humedad que se ha descargado, claro que a lo peor tu madre ha metido un hornillo eléctrico en la cocina de la *roulotte* y se ha chupado la energía.

—Yo no he puesto ningún hornillo.

—Está bien, lo que tú digas, no discutamos. Louis, cogerás la batería y te la llevarás a algún lugar para que la carguen.

—¿No sería mejor comprar una nueva?

—Me va a costar quinientos francos, pero bueno; después de todo, se puede hacer cargar ésta y así la tendremos de repuesto, aunque si te la cargan con facilidad no la compres.

—Yendo con la moto no habrá problema.

—Ándate con cuidado, no vayas a sufrir un accidente.

—Un momento, Louis.

—¿Qué, mamá?

—¿Cómo, cómo son esta gente?

—No te entiendo.

—Me refiero al profesor.

—Pues, lo conozco muy poco, parece un tipo excéntrico con mucha personalidad.

—¿No crees que está loco?

—Mamá, cualquier hombre a su edad está un poco loco y más si ha sido un hombre que ha estado toda su vida haciendo de mago.

—Déjala, Louis, tu madre se está poniendo un poco nerviosa. Seguro que no le gustan las gafas del profesor, esas gafas que parecen dos espejos.

—Sí, no me gustan.

Gracielle se alejó hacia la casa dejando a su marido y a sus hijos junto al coche.

Ya dentro de la mansión, al ver la puerta de la salita abierta, se detuvo y miró hacia ella. Permaneció unos instantes en suspenso; nadie estaba cerca, nadie la veía y la tentación aceleró su respiración.

Penetró en la salita despacio, evitando hacer ruido. Miró en todas direcciones y no descubrió a nadie. Se fijó en el maligno trono para las ceremonias de invocaciones satánicas, pero su atención la acaparó el pequeño teatrito.

Se acercó a él, alzó su mano despacio y tiró del cordón haciendo correr las cortinas.

El horror la dejó sin habla, sin poder gritar, estranguló su garganta y estuvo a punto de desvanecerse.

Dentro de aquel teatrito había un frasco grande de cristal, un frasco de boca muy ancha. Y sumergida en un líquido incoloro había la cabeza de un hombre.

La mueca del rostro era de profundo e intenso olor y tenía los párpados cerrados, hundidos, como si careciera de ojos.

Del intenso horror pasó al mareo. De pronto, oyó una risa sorda que comenzó muy lenta y en tono bajo pero que fue agrandándose hasta llenar su cráneo y obsesionarla, obligándola a correr.

CAPÍTULO IX

—Siento que su hijo no se halle aquí para la cena —les dijo el profesor Noiratre, apareciendo ante ellos vestido de frac y con sus inquietantes e inseparables gafas.

—Ha ido a que recarguen la batería del coche —explicó Pierre Servant—. Usted no tiene coche, ¿verdad, profesor?

—Pues no, no lo tengo, comisario Servant.

—Y cuando quiere salir de aquí, ¿qué hace, llama por teléfono?

—No tenemos teléfono.

—Eso me había parecido a mí —gruñó el comisario Servant.

—Suelo ir caminando hasta la aldea y allí hago que me lleven. Por favor, tomen asiento, la mesa está dispuesta. Veo que Jules no ha descuidado detalle.

Jules había impresionado a todos por su estatura y su especial mirada que, en ocasiones, demasiadas, se extraviaba.

—¿Y sus hijas? —quiso saber Madeleine.

—Ahora vendrán. —En aquel instante se produjo un apagón de luz—. Vaya, otra vez… Menos mal que tengo una buena provisión de cirios.

Todos dirigieron sus miradas hacia el candelabro de siete velas que se hallaba encendido sobre el centro de la larga mesa.

El comisario Servant se sentó en un extremo de la mesa. Su mujer y su hijo se colocaron a la derecha y Madeleine lo hizo a la izquierda mientras el profesor Noiratre lo hacía en el extremo opuesto, muy distanciado de ellos debido al largo de la mesa. Las llamas de las velas se reflejaban en los vidrios de sus gafas dándole un aire demoníaco.

Por la escalera descendieron las hijas del profesor Noiratre, todas las miradas convergieron en ellas. Las dos avanzaron hasta llegar junto a su padre y al mismo tiempo lo besaron en la mejilla, una a cada lado. Después, miraron a los demás.

—Vanessa, Diana, ésta es la familia Servant, la familia de Louis que ahora está ausente pero que no tardará en llegar, eso esperamos todos.

—Tiene usted unas hijas muy hermosas —dijo Gracielle, impresionada por la pálida belleza de las dos muchachas.

—Sólo tengo una hija, *madame*.

—Si son gemelas, son dos —corrigió Gracielle.

—Lo que ocurre, *madame*, es que una está viva y la otra, muerta.

—Profesor, aunque soy su invitado, me veo en la obligación de pedirle que no diga tonterías —gruñó Pierre Servant.

—No son tonterías, Vanessa está viva y Diana, muerta.

—¿Cómo va a estar muerta, si las dos están aquí? —replicó el comisario.

—Muy sencillo, porque Vanessa estimaba tanto a su hermana que no podía vivir sin su compañía. Todos ustedes saben cómo dos gemelos se complementan anímicamente. Yo conseguí que viniera a esta casa, fue muy difícil, pero mis poderosos amigos atendieron mis súplicas y Diana regresó. Su hermana Vanessa le ofreció la mitad de su cuerpo para que tuviera materia donde albergar su espíritu, claro que no siempre es así. Esa materia regresa al cuerpo de Vanessa y Diana vaga libre por el mundo de los espíritus hasta que vuelve y de esta forma la podemos tener entre nosotros, si no siempre, sí en muchas ocasiones.

—Profesor, ¿por qué se complace en contarnos esas fantasmadas?

—Porque son ciertas, comisario, porque son ciertas.

Gracielle, que ya había sufrido la desagradable experiencia del descubrimiento de la cabeza en el pequeño escenario, se puso en tensión mientras miraba a las dos pálidas y bellas gemelas; ya no era capaz de tomarse a broma las palabras del misterioso profesor.

—Ahora sólo faltaría que Diana… así ha dicho que se llama la muerta, ¿no?

—Así es.

—Pues, que se pusiera a volar.

—Siempre ha sido muy incrédulo, comisario Servant.

—A mí no me engaña como a una vieja tonta y fanática.

—Yo no trato de convencerle, sólo he puntualizado. Si usted no lo cree, es muy libre de no hacerlo. Ah, ahí viene Jules… Veamos

qué nos ha preparado.

Servant inclinó la cabeza hacia la mujer mientras Jules servía al padre y a las hijas y susurró:

—No hagas ningún casó, sólo trata de impresionarnos, de asustamos, no es más que un viejo loco.

—Mañana nos vamos.

—Por supuesto, en cuanto el coche pueda arrancar.

Cenaron sin apenas hablar, especialmente Vanessa y Diana que no pronunciaron una sola palabra. Gracielle rehuía mirarlas, le impresionaba su total igualdad y especialmente lo que había dicho el profesor Noiratre de ellas.

—¿Qué les parece este pescado? —preguntó el profesor.

Madeleine opinó:

—Muy apetitoso y muy bien preparado.

—Cualquiera al verle no diría que Jules pueda ser tan buen cocinero. En cuanto al pescado, está sacado de la laguna negra.

—¿Esa laguna que está cerca de la casa, al final del camino? —preguntó Gracielle, un tanto dubitativa.

—Sí, *madame,* ¿la conoce ya?

—Pues sí.

—Había un gato dentro y una mano que quería ahogarme —explicó André de pronto.

El profesor se rió levemente.

—Esa laguna negra nunca baja de nivel. Recoge las aguas de las lluvias y creo que también de alguna corriente subterránea, es agua siempre limpia.

—¿Por qué es tan negra? —preguntó Gracielle.

—Por la profundidad, *madame*. Es como un gran pozo natural que se llenó de agua hace siglos, quizá milenios. Su profundidad es tal que al fondo, es decir, hasta donde hemos llegado con las sondas, el agua es salina.

—¿Agua de mar? —se asombró Madeleine.

—Creemos que es una filtración del Mediterráneo, pero por la diferencia de densidad entre el agua salada y la dulce y siendo que nadie la remueve, no se llegan a mezclar. El pez que estamos comiendo sólo se da aquí, parece ser una variedad de carpa. La laguna negra no es muy grande, pero como la profundidad es considerable, ellas viven bien. Las aguas se conservan siempre

limpias por el poso natural y la decantación de vertidos que pudieran caer. Como no tiene fondo para remover, se ven limpias y negras al mismo tiempo. Siempre me he preguntado qué habrá en su fondo, ¿tesoros, restos humanos? Quién sabe, el fondo de la laguna negra es impenetrable y a la gente de la aldea no les gusta.

—Tiene usted un pedazo todavía virgen de tierra francesa.

—Así es, *mademoiselle*, aunque virgen sólo en cierto modo. Este lugar fue habitado de muy antiguo, esa laguna es la que dio nombre a mi familia.

Tomaron dulces de postre, unos dulces cargados de miel y licor que les hicieron sentirse más hartos y complacidos. Después, las dos gemelas se levantaron de la mesa y se pudo oír un quedo «buenas noches».

Gracielle tuvo de haber oído sólo una voz, mas no hizo comentarios. Las dos muchachas se alejaron hacia la escalera y el comisario Servant comentó:

—Para tener una hija fantasma, ha comido como la otra.

—Se equivoca, *monsieur* comisario.

—¿Está seguro?

—Claro que sí. Ustedes la han visto comer, pero sólo ha sido una ilusión óptica. Fíjense en los platos y en la copa que están a mi izquierda.

—Es cierto —musitó Gracielle—, está todo lleno.

—Naturalmente. A mi izquierda estaba Diana y a mi derecha, Vanessa. Diana sólo es un espíritu que mora en el ectoplasma que en forma de figura le proporciona generosamente su hermana Vanessa.

—Todo esto es un truco, ¿verdad? —preguntó Madeleine ingenuamente.

—Hablando de trucos, comisario Servant, deseo mostrarles algo, algo especial para ustedes. —Se levantó de la mesa y pidió—: Síganme, sean tan amables.

—¿No será mejor que nos vayamos a descansar? —preguntó Pierre Servant.

—Por favor, cuanto menos permítame ofrecerles un número, estoy seguro de que les agradará. Son los espectáculos que tuvieron más éxito en mi vida de mago de feria como usted dice, *monsieur* comisario.

Abría con una llave la puerta que correspondía a una sala de la planta de aquella inquietante mansión cuando se hizo la luz de nuevo. El profesor miró hacia las luces encendidas y dijo:

Magnífico. Quería mostrarles un número más sencillo, pero de esta forma haremos algo grande.

En la sala había biombos, sillas, extraños artilugios, cajas, canastos, pero el profesor Noiratre hizo destacar un aparato por encima de los demás.

—Fíjense, éste fue uno de mis números favoritos.

Pudieron ver una gran esfera metálica, muy brillante. Estaba sobre una caja cerrada en la que había varios mandos y un indicador con aguja.

Más arriba, suspendida del techo por una varilla, había otra esfera mucho más pequeña.

El profesor se acercó a la esfera grande y oprimiendo un resorte, la abrió por su mitad.

El interior estaba hueco y tenía un taburete sujeto por una barra. El profesor se volvió hacia el niño y le preguntó:

—André, ¿quieres ser mi colaborador?

La madre le cogió de los hombros como para impedirle que accediera, pero el niño se apartó de ella, subyugado por la brillante esfera.

—¿Qué tengo que hacer?

—Ven, siéntate dentro pero no toques nada, ¿me oyes? No toques con los pies, con las manos ni con la cabeza las paredes de la esfera. ¿Comprendes?

—Sí, profesor.

—Oiga, esto no me gusta. Es un niño, es mi hijo.

—Lo sé muy bien, *monsieur* comisario. Sólo se trata de un truco de feria como usted dice, todo lo que aquí ven tiene truco.

—Es que el niño… —objetó la madre— a lo mejor toca algo y…

—Mamá, no tocaré nada —aseguró el propio André, metiéndose en la esfera como si fuera un aparato de tiovivo.

—Tranquilícense, es un número espectacular, sí, pero… —Cerró la esfera y André desapareció de la vista de todos.

Gracielle, muy nerviosa, comenzó a entrecruzar y frotarse las manos.

—¿Y qué pasará? —inquirió Madeleine.

—Ya lo verán. Ahora pongo en marcha el generador.

Movió una palanca y una rueda y la aguja comenzó a moverse. Al mismo tiempo se puso oír un fuerte ronroneo de motor mientras la esfera comenzaba a girar lentamente.

—¡Se va a marear! —exclamó la madre.

—No tema, *madame*, los niños aguantan estas cosas mejor que los adultos.

—Pero ¿qué está pasando? —bramó el padre.

—He puesto en marcha un generador electroestático. Ahora, la esfera se cargará de corriente eléctrica.

—¡Pare ese trasto y que salga mi hijo de dentro! —ordenó Pierre Servant.

—Tiene truco, comisario Servant, ya lo verá. Ahora no le conviene tocar la esfera, recibirían un calambrazo que hasta podría ser mortal. Cuando actuaba en el escenario solía comentar que la potencia iba en aumento. Fíjense, fíjense en el indicador… Si alguien quiere acercar su mano puede hacerlo.

El comisario Servant iba a acercar su mano a la esfera que giraba sobre su eje que estaba en la base cuando la madre gritó:

—¡André! ¿Te encuentras bien?

El niño no respondió. De pronto, partió un rayo de la parte más alta de la esfera para entrar en la otra esfera más pequeña que colgaba del techo. Una radiación visible, fulgurante, las unió.

—Ésa es la carga eléctrica sobrante.

—¡Pare esa condenada máquina y saque a mi hijo! —rugió Pierre Servant.

El profesor Noiratre movió los párpados como con pesar. Cogió unas hojas de periódico que tenía cerca, las arrugó y las aproximó a la esfera. Al tocarla, el papel se inflamó como si fuera una antorcha.

Como mago en el escenario, el profesor agitó el periódico encendido en su mano y terminó metiéndolo dentro de un recipiente de metal.

Al ver aquello, Gracielle sufrió un vahído. Por su parte, Pierre Servant se había puesto lívido y Madeleine, muy nerviosa, comenzaba a morderse las uñas.

—Ahora lo pararemos.

Fue moviendo las manos y la esfera giró más lentamente hasta acabar deteniéndose. Los rayos que unían ambas esferas

desaparecieron y la aguja del indicador marcó cero.

El profesor tocó la esfera para asegurarse de que ya no quemaba mientras aún flotaba en el ambiente el humo producido por el periódico al quemarse.

Abrió la media esfera y al ver su interior musitó con desánimo:

—Lo siento, el experimento ha fallado.

—¡No! —Fue lo único que salió de la garganta de Pierre Servant.

Madeleine tuvo la impresión de que sus piernas se doblaban.

—Pobre niño, se ha carbonizado —comentó el profesor al ver la figura infantil totalmente negra, casi perdida la forma humana.

Gracielle soltó al fin un grito desgarrador, un grito agudo y acuchillante, un grito que se le cortó en la boca al brotar de su garganta.

—Lo mato —amenazó Servant con voz oscura.

—Un momento, por favor —pidió el profesor.

Acercó su mano a la cabeza del niño y agarró lo que parecía carbonizado y que no era otra cosa que cartón plastificado o algo que se le parecía.

Descubrió la cara de André que se puso a reír de forma incontenible, como si acabara de hacer una travesura muy graciosa.

—¡Qué divertido, qué divertido, qué divertido!

Gracielle no pudo más y se desmayó.

CAPÍTULO X

—¿Sólo hace un año que la tiene? —preguntó el mecánico electricista de coches.

—Más o menos.

—En ese caso, estará bien. Será mejor que revisen la electricidad en la *roulotte*, tendrán una fuga. Yo la cargaré y mientras les presto una que tengo aquí. Mañana o pasado vengan y les devolveré ésta bien cargada.

Louis Servant tomó la batería que le entregaban, de inferior calidad y mucho más vieja, y la puso en el portabolsas de su potente motocicleta.

Miró la hora, ya era tarde y optó por comer algo en Castres antes de regresar a la Maison du Cavalier Noir, estaba seguro de que llegaría tarde a la cena.

Entró en un restaurante, cenó frugalmente y volvió a montar en la Suzuki. Salió a la carretera barriendo las tinieblas con su faro.

No se percató realmente de lo espléndido que estaba el plenilunio hasta que entró en la pequeña y estrecha carretera que ascendía hacia la Montaña Negra.

El paisaje de barrancos le pareció espléndido a la luz de la luna y aminoró la velocidad para poderlo contemplar mejor. No circulaba nadie más que él por la solitaria carretera.

Se internó en la aldea que tenía dos o tres bombillas encendidas y todas las puertas bien cerradas, no se veía un alma en la calle. El ronroneo de la máquina resultaba atronador en medio del sepulcral silencio.

—¡Louis!

Se sintió interpelado cuando cruzaba delante del cementerio, lo mismo que le había ocurrido la primera ocasión que pasara por aquel lugar.

—No puede ser —se dijo.

—¡Louis!

No cabía duda, acababan de llamarle. Era una voz que no gritaba, una voz que parecía llegar mezclada con el aire, una voz que no necesariamente tenía que penetrar en su cerebro a través de los oídos. Era una voz que se filtraba en el interior del cuerpo a través de los poros de la piel y se metía en el tuétano de los huesos sin que uno se diera cuenta. Era una voz que no se podía desoír.

Detuvo la máquina frente a la puerta entreabierta del cementerio, se apeó y la dejó sostenida con el caballete.

Llevando el casco de motorista en la mano, se internó en el recinto. Louis Servant no era un hombre miedoso; sin embargo, tenía respeto a aquel lugar donde las lápidas y estatuas semejaban más blancas debido a la luz del espléndido plenilunio que brillaba sobre los muertos que allí yacían bajo las tumbas, y difícil sería asegurar si descansaban o no.

—Louis.

Estaba allí, frente a sus ojos. Acababa de rodear unos setos de brezo y pudo ver a la muchacha sentada sobre la larga y pesada losa de una tumba.

—Vanessa, ¿qué haces aquí?

—Ya sabes, vengo muchas veces por aquí.

—¿Por qué?

—Aquí están los míos, aquí vendré yo a parar.

—¿No crees que es un poco morboso venir tanto por aquí y además de noche?

—Vámonos.

Vanessa se levantó de la lápida y Louis no acertó a leer el nombre cincelado en la piedra.

DIANA NOIRATRE

—¿Y cómo estás tú también por aquí, Louis?

—Vengo de Castres, la batería del coche estaba descargada. Oye, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Después de cenar he venido paseando.

—Es un paseo largo.

—Eso no me importa.

—Eres una chica muy especial, Vanessa.

—Sí, ¿por qué?

—No tienes miedo de nada. Sales de noche por el campo, por los bosques y te metes en el cementerio, eso no es normal.

—Será que mi padre me ha educado de otra forma —dijo mientras avanzaban entre las tumbas que reverberaban la luz fría de la luna llena.

—¿Cómo sabías que yo estaba afuera?

—Tu motocicleta hace ruido.

—Sí, claro. ¿Y tu hermana gemela?

—Louis, parece que me estés interrogando. ¿Pretendes emular a tu padre en su profesión de comisario?

—Disculpa, no era ésa mi intención, sólo que me ha sorprendido descubrir que tienes una hermana gemela. Te juro que fui incapaz de diferenciaros, no sabía cuál de las dos eras tú.

—¿Y si yo fuera Diana y no Vanessa?

Louis se detuvo para mirar a los ojos de aquella hermosa pero pálida y enigmática muchacha.

—Sí, podrías ser Diana, pero…

—¿Qué?

—Eres Vanessa.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Tus ojos.

—¿Qué le pasa a mis ojos?

—Tus ojos me dicen que eres Vanessa, no me preguntes cómo.

Cuando ya estaban junto a la verja de entrada, él trató de abrazarla, de estrecharla contra sí, pero ella le contuvo.

—No, Louis, por favor.

—Vanessa, amarse un poco es normal hoy día.

—No te preocupes, Louis, seré tuya. Podrás amarme hasta la saciedad, hasta que todo tú te sientas saciado de mí.

—¿Cuándo?

—No te impacientes, déjame a mí escoger el momento.

—Pero ¿cuándo será? —insistió—. Ya ves que estamos solos y no trato de conseguirte.

—¿Serías capaz de violarme?

—Bueno, yo no soy un canalla.

Vanessa le rodeó el cuello con su mano, una mano que a Louis le pareció terriblemente fría y le besó en la boca.

Louis sintió una sensación extraña, era como si todo su cuerpo

quisiera vaciarse por la boca, como si las entrañas se le agolparan en la garganta y ella, con su boca, le succionara la vida. Era una sensación angustiosa, inquietante, desagradable incluso pero que no rechazaba.

Antes de besarla había tenido la impresión de que ella era débil, que podía dominarla besándola y ahora que el beso les unía boca contra boca, se daba cuenta de que ella le dominaba.

Vanessa tenía un poder de absorción que le ahogaba, que le quitaba la vida por segundos. Jamás le había sucedido nada igual.

Louis no era ningún ingenuo, pese a su juventud había estado con mujeres en muchas ocasiones, las había conocido en la cama de edad madura y casi niñas.

Cuando la caricia labial terminó, Louis respiró con fuerza, le faltaba aire para poder seguir viviendo.

—¿Besas siempre así? —preguntó, jadeante.

—Nunca he besado a otro hombre.

—Pues eso de besar será algo visceral para ti.

—¿Tiemblas, Louis?

—¿Yo?

Iba a replicar pero se dio cuenta de que sí temblaba, temblaban sus manos, sus mandíbulas y no sabía bien por qué. Había algo más que captaba, algo que sus sentidos normales no conseguían identificar.

—No sé qué me pasa, quizás, quizás me ha sentado mal la cena.

—No, Louis, es…

—¿Miedo?

—Sí, Louis, me deseas pero me tienes miedo.

—¿Por qué habría de temerte?

—Tú lo captas, Louis, sabes que no soy como las demás mujeres.

En aquellos instantes tuvo conciencia de hallarse en el cementerio, aún no habían salido del recinto. La verja oxidada quedaba al alcance de su mano y frente a sus ojos estaban las tumbas bañadas por la fría luz de un plenilunio que estremecía.

Era una luz que irradiaba una frialdad que helaba, sí, helaba, pero su helor estaba más lejos de la gelidez que se podía encontrar al otro lado del muro desconchado del cementerio.

Se había introducido en el cementerio pero ahora sentía que aquella tierra era distinta, lo sentía también a través de sus pies. Era

como si algo se agitara bajo ellos, como si la tierra tuviera vida propia. Sí, paradójicamente vida donde se rendía culto a la muerte.

—¿Qué tratas de decirme, Vanessa?

—Me buscarás para amarme y será algo más fuerte que tu propia razón. Ansiarás quemarte en mí pese al miedo que me tienes.

Iba a responder con rapidez pero no lo hizo. Sus ojos se mantuvieron clavados en los de Vanessa y sintió miedo, era un miedo irracional, un miedo que no sentía su cerebro sino cada una de las células de su cuerpo.

—Debe ser este lugar. Es la primera vez que beso a una mujer en un cementerio, de noche y en luna llena.

Vanessa no le quitaba los ojos de encima y a Louis le dio la impresión de que sus iris se agrandaban, que cambiaban de color y se hacían felinos.

La noche se hizo ojos, todo ojos, los ojos de una gran gata que le hipnotizaba. Notó entonces sobre su cuello un aliento distinto, un aliento que no parecía humano.

Se había llenado las retinas de ojos, de tal forma que era como si unos poderosos focos le hubieran cegado y sólo viera luz aun estando los focos apagados.

Sacudió la cabeza. Se frotó los ojos y cuando los volvió a abrir, ella ya no estaba delante de él.

—¡Vanessa!

Miró en derredor, en el cementerio no se veía ni sombra de ella.

Salió del recinto y comenzó a buscarla, pero había desaparecido. Para Louis era como si se hubiera disuelto en el aire. Aún tenía marcada en sus retinas la imagen de los ojos felinos de Vanessa cuando ella había desaparecido.

—Vanessa…

Anduvo de un lado a otro buscándola.

Regresó al interior del cementerio y el miedo se hizo completo. Jamás había llegado a imaginar lo que era el miedo hasta aquel momento.

Las tumbas no le parecían lo mismo, era como si aquellas lápidas pudieran comenzar a temblar, tuvo la impresión de que las losas iban a levantarse.

Instintivamente, dio un paso hacia atrás y tocó la verja con sus manos. No era un frío natural el que había allí, era un frío distinto.

Dentro del impresionante silencio semejaba haber algo bronco, algo que no era natural, como si la tierra gruñera, como si unas voces cavernosas trataran de emerger desde lo más profundo de las sepulturas.

Louis Servant se sentía en aquellos momentos como si estuviera en otro lugar, en otro tiempo, en otra dimensión.

Estar allí, en aquella soledad, después de haber besado a Vanessa, nada tenía que ver con estar en París, era otro mundo, un mundo donde el miedo hundía sus garras en las carnes humanas convirtiéndolas en sus presas.

Caminó despacio, como queriendo demostrarse a sí mismo que no era cierto que tuviera miedo, que él no había temblado. Fue hasta su máquina, subió el caballete, se ahorcajó en ella y le dio al pedal de puesta en marcha.

Una, dos… Hasta diez veces le dio al pedal sin que la máquina arrancara.

Se detuvo. Sacó una pequeña linterna y comprobó que el borne de las dos bujías que tenía su motocicleta estaba bien, pero la electricidad no pasaba.

Miauuuuu…

Desvió la mirada y descubrió a la gata negra que pasó cerca de él, alejándose por el camino. Era una gata negra, excepcionalmente grande. Avanzaba con la felinidad propia de su especie, sin prisas, hacia la Maison du Cavalier Noir.

Louis pensó que empujando la máquina y más habiendo pendiente lograría ponerla en marcha, sólo tenía que mantener la manecilla del embrague prieta, colocar la marcha y soltarle en el momento adecuado mientras le daba gas.

La máquina era pesada pero consiguió hacerla rodar un buen trecho; sin embargo, no se puso en marcha, era como si todo el sistema eléctrico estuviera averiado.

Lamentó no tener un cable para conectar la motocicleta a la batería que le habían dado. Suspiró; mirando hacia atrás aún podía ver el muro del cementerio.

Siguió empujando la moto, dispuesto a llegar a la casa aunque fuera arrastrando la Suzuki mientras todo se tornaba más oscuro en su entorno.

La maldita niebla lechosa comenzaba a envolverle haciendo

poco a poco invisibles los árboles, las rocas, el camino, y él tenía que seguir empujando su máquina que se negaba a funcionar.

El maullido que escuchó entonces acuchilló la noche, no era un maullido normal.

Era el maullido de una misteriosa gata en celo y en aquella noche de niebla, estremecía.

CAPÍTULO XI

El comisario Servant no había conseguido desprenderse de su malhumor. Lamentaba haber llegado a aquella maldita casa propiedad del profesor Noiratre al que despreciaba, pero con el que hubiera preferido no volver a encontrarse jamás.

—Bueno, mañana, con batería nueva, nos largamos —se dijo.

Buscó un aparato de radio en la *roulotte*, lo encontró y lo puso en marcha. No funcionó. Sabía que había una cassette, la conectó y tampoco sonó.

—¿Qué diablos pasa aquí? —Gruñó para sí.

No tenía más luz que la de una linterna cuyas pilas, milagrosamente, no se habían descargado.

Recordó haber oído contar que existían determinados lugares donde ocurrían fenómenos extraños, especialmente con la electricidad y los aparatos magnéticos.

Como no podía oír nada, ni leer, optó por meterse en la cama doble que había dentro de la *roulotte*, aquella cama que con la puerta interior cerrada se convertía en una minialcoba matrimonial. Buscó el sueño para encontrar un nuevo día, un sol que todo lo iluminara.

Consiguió dormirse y tuvo la sensación de sumergirse en una pesadilla donde todo era movimiento. Botaba en la cama y ello ocurría cuando se hallaba inmerso en un sueño tan profundo que le era casi imposible levantar un brazo.

Se sintió sacudido con fuerza; después, todo quedó más tranquilo.

Pierre Servant abrió los ojos.

La oscuridad más intensa le envolvía, pero si podía oír un gorgoteo. Trató de localizarlo, de identificarlo, y no le consiguió.

La *roulotte* se inclinó bruscamente y él fue a dar contra la ventana. Apartó las cortinillas, miró por ellas y no vio nada sin

embargo, algo pasaba, el gorgoteo proseguía.

Se puso en pie en la oscuridad, agarrándose a donde podía. Se dio cuenta de que la *roulotte* estaba totalmente inclinada hacia adelante, como descendiendo por una pendiente casi vertical y al mismo tiempo se balanceaba.

Abrió la primera puerta que quedaba por encima de su cabeza y entonces fue cuando notó el agua. Sí, entraba agua por alguna parte aunque, en principio, Servant se negó a creerlo. Pensó que algún recipiente con líquido podía haberse volcado, pero no, el agua entraba lentamente por algunas junturas, por el piso de la *roulotte* que al parecer no era hermético.

Pasó al otro lado de la puerta y empezó a trepar por los muebles en busca de una puerta lateral. Cuando consiguió abrirla, el agua entró con mayor fuerza.

—¡Socorro, auxilio!

Pese al agua, logró filtrarse por el hueco de la puerta y salir al exterior. La más densa niebla le rodeaba.

No era un nadador experto y el frío del agua se metió en sus carnes, casi paralizándolas. Mas, su instinto de supervivencia le obligó a manotear furiosamente en el agua para alcanzar la orilla mientras la *roulotte* se hundía, gorgoteando hasta desaparecer.

Pierre Servant no comprendía nada, sólo sabía que tenía que salvar su vida.

De este modo, logró llegar a la orilla cuando una mano fuerte y poderosa le cogió por los escasos y débiles cabellos que tenía, sacándolo del agua.

La niebla era tan espesa que no consiguió ver a quien estaba detrás de aquella mano, su cuerpo estaba helado y los ojos le lagrimeaban a causa del daño recibido al ser sacado su cuerpo de las aguas tirando de los cabellos.

Notó entonces una presión en el tobillo.

Chorreando, exhausto, temblando aún por la proximidad de la muerte, se inclinó sobre sí mismo y descubrió lo que le apresaba su tobillo: era un recio grillete y tras él, unos pocos y gruesos eslabones que le unían a una enorme piedra, una piedra que pesaría por encima de los ciento cincuenta kilos.

—¿Qué, qué es esto? —balbuceó.

Trató de quitarse el grillete sin conseguirlo, estaba bien cerrado

con un grueso candado. Gateó para estirar la piedra, pero ésta pesaba demasiado y no consiguió más que hacerla balancear, no podía con ella.

—¿Quién es usted?

Como respuesta sólo obtuvo el canto de un autillo que debía permanecer alerta para la caza de pequeños roedores.

—¡Socorro, auxilio! —gritó empapado de agua y encadenado a la piedra.

No entendía qué le pasaba, sólo sabía que había estado a punto de ahogarse mientras dormía, que la *roulotte* se había hundido en las aguas y que una mano extraña y poderosa le había rescatado de ellas para encadenarle a la piedra de la que no podía escapar.

Comenzó a temblar, no sabía si de miedo y del frío que se había metido en su cuerpo mientras la niebla le impedía ver en derredor.

A riesgo de desollarse el tobillo, estiró de la piedra y comenzó a moverla unos milímetros. Siguió tirando, sólo que no sabía en qué dirección.

Era como si, de pronto, se hubiera quedado ciego y no tuviera conciencia de ello. Avanzaba creyendo que así se iba a liberar de algo cuando podía estar caminando hacia el abismo.

* * *

Gracielle tenía la impresión de que caía y caía dentro de una sima sin fin mientras unas voces gritaban lejanas pidiendo auxilio, unas voces que para llegar a ella tenían que traspasar nieblas y paredes, unas voces que llegaban deformadas y sonaban como lamentos de animales en pena.

La angustia era tal que despertó sobresaltada.

Por la ventana entraba una claridad lechosa, pero además había una vela encendida, sólo una vela de alta y afilada llama que en su cúspide despedía un hilo de humo que se deshilachaba al ascender.

Lo descubrió a los pies de la cama, muy cerca de ella. La sensación fue de horror al descubrir a aquel hombre de torso desnudo y muy velludo, con la cabeza cubierta por una capucha apenas podía verle los ojos. Era un verdugo o, por lo menos, de tal guisa los había visto siempre en grabados y pinturas.

Aquel ser surgido de la noche sostenía entre sus manos el cuerpo inerte y dormido del pequeño André. Con voz profunda, poco clara a causa de la capucha, le dijo:

—Si quieres que lo mate, grita o salta de la cama.

Como si acabaran de descargar una gran losa sobre su pecho, Gracielle tuvo dificultades para hacer salir su voz por entre los labios, se ahogaba.

—No, por favor, no.

El siniestro encapuchado que había depositado con anterioridad la vela sobre la mesita de noche, llevó el cuerpo del niño profundamente dormido hasta la butaca y allí lo depositó sin que se despertara.

—¿Qué, qué va a hacer?

El encapuchado regresó junto a la cama, lo hacía despacio, sin ningún tipo de prisa. Asió el embozo y apartó colcha, mantas y sábana.

Pese a que aún cubría su cuerpo el camisón de mujer, se sintió desnuda sobre la cama. Sin embargo, su cuerpo no sentía frío alguno; un calor intenso subía desde los muslos al cuello pasando por entre sus pechos.

Su razón le decía que debía saltar de la cama y escapar, pero su cuerpo que ardía se negaba a moverse. Gracielle no era ninguna niña, había dormido con Pierre durante más de veinte años de su vida, veinte años en los que no había gozado lo que deseaba, veinte años en los que había llegado a pensar que el placer en la cama era sólo una farsa en la que a la mujer siempre le tocaba el peor papel.

Se había preguntado muchas veces cómo reaccionaría ante una violación. Pierre le había contado muchas historias sobre aquella clase de víctimas.

El encapuchado alargó su mano hasta colocarla entre los pechos femeninos. Agarró en este punto la camisa de dormir y tiró tan fuerte que arrancó un gemido de sorpresa, miedo y dolor de la garganta de la mujer que ya creía haberlo conocido todo en su vida.

—No, por favor, no me haga nada, no me haga nada —suplicó mientras, a lo lejos, alguien trataba de desgarrar la niebla con sus gritos de súplica.

La llama de la vela iluminaba su cuerpo ya desnudo en parte, un cuerpo que había sabido conservar. Sus redondeces seguían siendo atractivas y muy deseables.

Los ojos le ardían, sentía que sus labios se humedecían y secaban alternativamente, mientras las pupilas del encapuchado que

asomaban por entre los agujeros de la tela la contemplaban ansiosamente.

Algo dentro de ella le decía que tenía que gritar, defenderse, pero su cuerpo, débil ante el deseo, se negaba a moverse.

De pronto, el encapuchado la abofeteó por dos veces con una dureza que la dejó atónita. Su cabeza quedó sacudida de un lado a otro de la almohada.

Jamás nadie le había pegado de semejante forma y de su boca escapó un gemido de dolor pero no gritó. Notó que su cuerpo ardía más que antes y la mano brutal, sádica, descendió de nuevo sobre su cuerpo.

Aquellos dedos semejaron hechos de acero al cerrarse sobre sus carnes, buscando su dolor, su humillación.

Entre aquellas manos sádicas, Gracielle se convirtió en una muñeca que en vez de huir se movía de tal forma que ofrecía cada vez menos y menos resistencia.

Sus gemidos eran ya una mezcla de dolor y de desatado deseo, se estremecía entrecortadamente.

El encapuchado jadeaba también bajo la capucha hasta que terminó volcando su cuerpo sobre el de la mujer a la que le pareció que no sería capaz de resistir aquella situación.

Sus ojos enfebrecidos se agrandaron hasta casi saltársele de las órbitas y luego se cerraron mientras su cuerpo se movía buscando una mejor adaptación. Ya no tenía saliva en la garganta, una garganta que gemía quedamente sin llamar a nadie, una garganta que suplicaba, pero a los oídos del ser que estaba allí, violándola, mientras unas voces lejanas entre la niebla seguían pidiendo ayuda en medio de un terror atenazante.

CAPÍTULO XII

Madeleine abrió los ojos de súbito, fue como si despertara tras haber dormido profundamente a causa de una droga inyectada. Antes de llegar a ver nada, tuvo la sensación de que no estaba sola y así era en realidad.

Había un candelabro encendido en la alcoba. Las llamas se reflejaban en los cristales negros de las gafas del profesor Leonard Noiratre, eran como diabólicos espejuelos en los que danzaban las llamas de los cirios, unas llamas que parecían dos pupilas de aquel ser diabólico.

Intentó gritar cuando vio la hoja ligeramente curva de la brillante daga que estaba cerca de su rostro.

—*Mademoiselle*, es usted demasiado joven y hermosa para teñir de rojo las sábanas con su sangre.

—No, no me mate —suplicó con voz apagada.

—Si grita, si se rebela, no me dejará otra opción que degollarla. Quedará como una muñeca rota.

El profesor acercó la hoja al cuello de la muchacha y ésta sintió en su piel la frialdad del acero. Un pánico cerval la dominó pero consiguió evitar que su cuerpo tratara de escapar a aquella situación.

Moverse era ser degollada y el aspecto del profesor resultaba estremecedor.

A Madeleine no le cabía ninguna duda de que aquel hombre la degollaría si no le obedecía. Era un ser siniestro surgido de la noche dentro de una mansión perdida en las montañas.

—¿Qué pretende? —inquirió, sintiéndose como hipnotizada por las llamas de las velas que bailaban en los espejos que eran las gafas.

El profesor Noiratre apartó el embozo de la cama y sin separar la afilada hoja de la daga semicurva de la garganta de Madeleine,

estiró de la camisa de la joven hasta desnudar sus turgentes senos.

—Hermosa… Eres un don preciado que puede ofrecerse sin desdoro.

—No le entiendo.

El profesor, siempre sin apartar el amenazador acero del cuello de Madeleine, alargó la mano libre para tomar un tarro abierto que depositó sobre el vientre de la mujer.

—Acerca tus manos al tarro y hunde tus dedos en él —le ordenó tuteándola ya como si fuera una sierva sometida, sin apartar su mirada del rostro femenino.

Despacio, como temiendo hacer algún movimiento que irritara a aquel maligno ser que amenazaba con dar un corte en su cuello por el que escapara la vida en forma de sangre, Madeleine estiró sus brazos hasta meter los dedos en el tarro. Notó el ungüento cremoso cuando ya el olor penetrante y repulsivo se había filtrado por su nariz.

—No temas, muchacha, este ungüento ya lo empleaban las mujeres de esta casa hace siglos.

—¿Qué es? —preguntó con un gemido dubitativo.

—Llena tus dedos de él.

El aumento de la presión del filo de la daga sobre su cuello la impulsó a obedecer y llenó sus dedos de la extraña y repulsiva crema.

—Unta tus pechos con ella.

—¿Mis pechos? —inquirió, sorprendida.

—Sí. A partir de ahora serán más hermosos, más sensitivos, sentirás en ellos lo que jamás habrás podido sospechar.

Tragó saliva. Tenía la impresión de que el filo de la daga ya estaba cortando su piel. Acercó el ungüento a sus pechos y sin vérselos, los llenó tal como le exigían.

—Es un ungüento maravilloso. Espárcelo bien para que penetre en tu piel. Hazlo tú misma, con tus propias manos, hasta que no quede ni rastro.

Aterrada, obedeció. Sus manos se movieron sobre sus propios pechos. La crema de olor repulsivo se fue repartiendo por toda la masa de sus senos turgentes, blancos con aréolas de intenso color que aumentó al penetrar la crema en ella.

Lo que en principio era una simple aplicación del ungüento para

conseguir filtrarlo a través de los poros de la piel, se fue transformando en un grato automasaje.

Los senos parecían haberle crecido de tamaño, casi doblado su volumen. Sus pezones se habían agrandado y estirado hasta lo inverosímil, los extremos de los mismos tenían casi tres centímetros de largo y se habían hecho extremadamente duros y sensibles.

Madeleine sentía en aquellos momentos el todavía no conocido pero deseado placer de unos labios que los succionaran con fuerza hasta arrancarle una leche materna que no poseía.

Las pupilas se le habían dilatado y todo lo veía borroso mientras el profesor Noiratre se reía sordamente. Era una carcajada lenta, de triunfo.

—Suspira y gime, Madeleine, si lo deseas…

Madeleine, sumisa, obedeció. Ya no era necesario el filo de la daga sobre su piel para someterla. Gimió, ansiosa de placer, mientras su mente se perdía en los remolinos de mundos desconocidos.

—Levántate y sígueme.

La muchacha no opuso resistencia alguna. Se levantó de la cama y siguió al profesor Noiratre. Éste no se dirigió a la puerta de la alcoba que se hallaba cerrada por dentro con llave, si no hacía una falsa puerta abierta tras un cortinaje.

Sumisa, Madeleine le siguió por un pasadizo estrecho e inquietante que les condujo a una angosta escalera de caracol por la que descendieron.

Las llamas de las velas del candelabro que portaba el viejo profesor arrancaban sombras fantasmagóricas de las paredes, pero la joven ya no se fijaba en ellas. Parecía tener alas en los pies y brasas dentro del cuerpo, unas brasas que la torturaban y a la vez la complacían.

Por aquel pasadizo secreto con escalera de caracol que discurría entre paredes llegaron a la salita en la cual el profesor parecía sentirse mejor. Era la salita de la magia negra.

La chimenea estaba apagada, el silencio era completo. La estancia sólo quedaba iluminada por el candelabro de velas rojas.

Madeleine obedecía con los pies descalzos, el cabello suelto y los senos desnudos por encima del escote del camisón. Sus labios entreabiertos buscaban aire al tiempo que gemían.

El profesor Noiratre sacó un tapiz enrollado que tendió en el suelo. Era de color rojo sangre, con un círculo blanco y dentro de éste, un triángulo.

Tomó a la joven de la mano y la colocó en el centro del círculo.

—Todo irá bien, muchacha, todo irá bien.

De una vitrina sacó una cabeza de gato negro disecado que colgaba de un cordón. En aquella cabeza había insertos cuatro clavos; la joven no podía saber que aquellos cuatro clavos habían pertenecido al féretro de un desconocido ajusticiado.

La horripilante cabeza del gato quedó colgando entre los senos de la muchacha que dejaba hacer, esperando algo y no sabía qué.

Sus pupilas continuaban terriblemente dilatadas. El profesor Noiratre puso en la zurda de Madeleine la horquilla mágica.

—Podría prepararlo todo para un pacto, pero en tu caso no será necesario. No te muevas de aquí y haz lo que te diga. ¿Obedecerás?

—Sí, obedeceré.

Madeleine estaba lejos de ser la muchacha de siempre, había sido transformada por aquel ungüento que había penetrado por la piel de sus senos hasta pasar a la sangre.

Encendió dos altos candelabros de pie con grandes cirios, en este caso negros, que quedaron a derecha e izquierda de la mujer. Después, tomó el largo atizador de la chimenea y se dirigió al trono del diablo.

Una vez allí se descalzó y se puso encima un sayo oscuro sin mangas ni cosidos. Se cubrió la cabeza con una capucha y se aposentó en el inquietante trono de patas de cabra y respaldo con una cabeza con cornamenta.

En aquel instante apareció una enorme gata negra que maulló lastimera.

Avanzó con sus movimientos sensuales hacia el círculo, rodeándolo por completo.

—Miauuuuu…

Se dirigió luego al trono y, ronroneando, se tendió frente a los pies desnudos del profesor Noiratre.

Con el reflejo de las velas en sus ojos, delante de Madeleine que seguía en pie, el profesor comenzó sus invocaciones.

—¡Arioc, Arioc, siervo de Satán nuestro rey y señor, Arioc, príncipe de las tinieblas, rey de la venganza! ¡Arioc, yo, tu siervo

Leonard Noiratre te suplico!

La voz del siniestro profesor tronaba dentro de la sala. Era una voz fuerte, cargada, una voz que retumbaba de pared en pared y se introducía por todas partes mientras a sus pies la gran gata negra seguía ronroneando.

—Arioc, escúchame… *Dies Mies Jeschet Boenedoesef Douvema Enitemauss*…

Repitió tres veces la indescifrable invocación demoníaca y después volvió a alzar la voz para gritar desgarradoramente:

—¡*Arioc, Arioc, Hemen Etan! ¡Hemen Etan! ¡Hemen Etan! El Ati Titeip Azia Hin Teu Minosel vay Achadon vay vaa Eye Aaa Eie Exe a EL EL EL A ¡Hau! ¡Hau!* Muchacha, repite conmigo, grita conmigo: ¡*Arioc, Arioc, Hemen Etan, Hemen Etan*!

—¡*Arioc, Arioc, Hemen Etan, Hemen Etan, Hemen Etan*! —gritó la mujer, también desgarradoramente, fuera de sí, mientras su cuerpo se empapaba de un sudor que le producía frío y calor al mismo tiempo.

Toda la casa semejó temblar, el suelo crujió bajo sus pies y semejaba que de un instante a otro fuera a abrirse para engullirlos.

Un viento arremolinado agitó sus ropas, sus cabellos. El viento ululaba con auténtica ferocidad.

Madeleine vio entonces dos enormes ojos felinos frente a ella, dos ojos grandes como cabezas humanas que giraban alrededor del círculo. Eran dos ojos diabólicos que semejaban devorarla.

—¡Arioc, te ofrezco esta doncella que ansia ser tu sierva! ¡Madeleine, grita, grita conmigo! ¡Quiero ser tu sierva, Arioc! ¡Hemen Etan, Hemen Etan, Hemen Etan!

—¡Quiero ser tu sierva, Arioc, Hemen Etan, Hemen Etan, Hemen Etan! —suplicó la joven, enloquecida, mientras el viento semejaba arrancarla del suelo con el cuerpo encendido por unas brasa que parecían anidar dentro de sus entrañas, con un sudor que empapaba toda su piel, con unos ojos enfebrecidos y pupilas dilatadas con ansia de placer mientras los grandes ojos del príncipe de los diablos giraban en torno a ella.

Madeleine se rasgó el camisón, quitándoselo de encima mientras se agachaba hasta quedar a gatas en medio del triángulo que se hallaba dentro del círculo.

Madeleine miró sus manos y sólo vio unas patas con pelo oscuro,

patas almohadilladas, patas de gata. Quiso gritar y…

—Miauuuu, miauuuu…

En aquel instante irrumpieron en la estancia un montón de gatos provenientes del hueco de la chimenea. Eran gatos grandes que semejaban enfurecidos.

Madeleine sintió el salto de una de las bestias sobre su espalda. Unas uñas hirientes se le clavaron en la piel mientras unos dientes le sujetaban el nacimiento del cuello como impidiéndole moverse.

El maullido que lanzó Madeleine fue bestial, hiriente, acuchillante. Luego, desencajó sus mandíbulas y sintió que la lengua le pendía, babeante.

Uno de aquellos grandes gatos se acercó a la gata que yacía indolente pero siempre atenta a los pies del profesor Noiratre y éste rugió:

—¡Fuera, fuera de aquí, maldito!

Hundió la horquilla de atizar los leños de la chimenea en el cuerpo del felino; las dos puntas de hierro se hundieron en su lomo y brotó la sangre mientras el animal se revolvía con las uñas fuera de sus cápsulas y bufando con fiereza.

Noiratre estiró de la horquilla con un golpe seco y el animal quedó libre. Se alejó, dejando tras de sí un rastro de sangre mientras no menos de dos docenas de gatos seguían dentro del círculo satánico, rugiendo, ronroneando, bufando.

CAPÍTULO XIII

Los aleteos y graznidos de la bandada de cuervos despertaron a Louis Servant que se hallaba tendido al pie de un árbol, cubierto con un plástico que había sacado de las bolsas de la motocicleta.

Amanecía. La Suzuki estaba cerca de él, sostenida por el caballete.

Se levantó desperezándose, no le parecía posible que no hubiera niebla.

Guardó el plástico y miró su motocicleta. Se sentía cansado; había estado avanzando durante gran parte de la noche, en medio de la niebla.

El camino se le había hecho eterno y convencido de que había acabado perdiéndose, optó por echarse a dormir. Ahora, al despertar, comprobaba que no se había perdido, estaba en el camino correcto.

Quitó el caballete a la máquina y montó en ella. Quedó unos instantes pensativo mientras se preguntaba:

—¿Funcionará?

Le dio al pedal y la máquina ronroneó a la primera, lo que le produjo un gran alivio. Fue soltando embrague al tiempo que aceleraba y la Suzuki comenzó a rodar.

Sintió el viento en el rostro puesto que no llevaba el casco y le pareció imposible que no hubiera funcionado durante la noche.

Pronto avistó la Maison du Cavalier Noir y el coche con la *roulotte*. Detuvo su máquina a la altura del Peugeot cuando camino abajo, tendido en el suelo, descubrió el cuerpo de un hombre. Corrió hacia él, reconociéndolo de inmediato.

—¡Papá!

El hombre estaba empapado y aterido. Louis comprendió lo difícil de la situación de su padre.

—¡Papá, levántate, levántate!

Pierre Servant abrió los ojos y miró al joven.

—Louis, hijo…

—Vamos, papá, camina un poco, tienes que quitarte la ropa y meterte en la cama. Yo te prepararé algo.

—Hay que escapar de aquí, hijo, hay que escapar de aquí.

—Sí, papá, sí, pero vamos.

Consiguió meterlo en la *roulotte*. Le ayudó a desvestirse y lo metió en la cama. Con el hornillo de gas preparó café y leche caliente. Escanció un buen chorro de coñac y con el tazón lleno se acercó a su padre.

—Anda, papá, tómate esto.

El comisario miró en derredor y como si bruscamente se diera cuenta de algo, preguntó:

—¿De dónde ha salido?

—¿El qué?

—¡La *roulotte*!

—No te entiendo, ésta es nuestra *roulotte*.

—Ha caído al agua, yo estaba dentro.

—¿A qué agua, papá?

—Hay una laguna, la laguna negra. Yo dormía dentro de la *roulotte* cuando ha caído al agua y me he hundido. He podido escapar y luego, luego una mano me ha sacado por los cabellos. Me ha puesto un grillete en los pies y una piedra tan pesada que no podía avanzar…

—Papá, estás delirando. La *roulotte* está perfectamente, has debido sufrir una pesadilla.

Comenzó a tiritar, el frío había calado en su cuerpo.

—Yo he caído al agua…

—Posiblemente, había mucha niebla y has salido como has podido. Lo demás han sido delirios, pero no te preocupes, te llevaremos a un médico muy pronto, aunque un par de aspirinas junto con la leche y el café caliente no te van a ir nada mal.

Pierre Servant no sabía qué responder. Era como si hubiera pasado unas horas inmerso en un pavoroso estupor, pero estaba vivo, vivo. Iba a ser difícil que comprendiera algo en aquellos momentos.

—Voy a buscar a mamá y a los demás.

—¿Has traído la batería?

—Sí.

—¿Por qué, por qué has tardado tanto?

—La moto tampoco iba bien. Ahora pondré la batería en el coche, probaré a arrancar y le daré la vuelta. Tú no te vas a mover de la cama y será mamá quien lleve el coche hasta Castres, allí veremos a un médico. No te preocupes, te pondrás bien y evitaremos que pilles una pulmonía.

Louis levantó la tapa del motor y puso la batería en el lugar correspondiente. Entró en el coche, le dio a la llave de contacto y el motor arrancó. Lo hizo rodar.

Le dio la vuelta no sin dificultades y muchas maniobras debido a la *roulotte*. Paró el motor y anduvo hacia la casa. Cogió la cabeza de gato que era el picaporte pero no llegó a llamar, Jules apareció en el umbral.

—¿Están todos arriba?

—El profesor y su hija no están, han tenido que salir.

—¿Cuándo volverán?

—No lo sé, *monsieur*, no lo sé.

—Pues, nos vamos de aquí, mi padre está indispuesto.

—¡Louis!

Gracielle bajaba por la escalera y tras ella iba el pequeño André con los ojos somnolientos.

—Mamá, no he podido llegar hasta ahora. He encontrado a papá tirado en el suelo y empapado.

—¿Se encuentra mal?

—Lo he puesto en la cama con café, leche, coñac y dos aspirinas, pero hay que llevarlo corriendo al médico de Castres para evitar que lo que pueda tener ahora se transforme en una pulmonía o algo peor.

—Sí, hijo, nos iremos en seguida —dijo la madre que tenía unas pronunciadas ojeras, exponente de una noche cansada, terriblemente cansada. El maquillaje disimula algunas rojeces de la cara.

—Nos iremos ahora mismo de la casa. Sólo está Jules, ya me explicaré con los dueños.

Recogieron las cosas rápidamente para no perder tiempo. Gracielle entró en el dormitorio de Madeleine tras llamar varias veces a la puerta.

—Hija, ¿qué te pasa? Tienes una cara muy rara.

—Nada, mamá, sólo que he dormido muy mal. Tú también tienes mal aspecto.

—Sí, parece ser que en esta casa no se descansa bien. Ahora hay que darse prisa. Papá se ha mojado en la laguna negra y luego se ha quedado dormido. Hay que llevarle al médico de Castres antes de que coja una pulmonía irremediable.

—¡Jules! —interpeló Louis.

—¿Sí, *monsieur*?

—El profesor y Vanessa, ¿por dónde se han ido?

—Vino un *jeep* a buscarles, *monsieur*.

—¿Un *jeep*?

—Por el otro camino, *monsieur*, el que rodea la Montaña Negra. Es un camino muy malo, pero el *jeep* puede rodar.

—Está bien, está bien. Nos vamos, dígaselo al profesor. Yo ya volveré por aquí, ahora tenemos prisa, mi padre se encuentra mal.

Gracielle se había puesto al volante, había preferido no ver a su marido. Su rostro estaba cambiado, no podía decirse que fuera el mismo del día anterior.

André subió a la *roulotte* y Madeleine ocupó el asiento posterior del coche.

—¿Podrás, mamá? —preguntó Louis, ya montado sobre la Suzuki.

—Sí, creo que sí.

—Yo iré delante y te iré enseñando los obstáculos que debes sortear. Sería peligroso que alguna roca saliente pudiera romper alguna pieza del coche.

—Procuraré esquivarlas.

Louis se puso delante y avanzando despacio, inició la marcha.

Por el espejo retrovisor, Gracielle dio un último vistazo a la mansión. No podía explicar a nadie lo que le había sucedido durante la noche, entre otras cosas porque no estaba segura de si íntimamente lo rechazaba.

Por el espejo retrovisor interior miró a Madeleine.

—¿Vas bien, hija? —le preguntó.

—Sí, mamá.

Gracielle observó los ojos de su hija y le dio la impresión de que habían cambiado, de que no eran los mismos. Volvió a mirarlos con

mayor atención y le parecieron de distinta forma y color.

Un bocinazo salido de la motocicleta la sacó de sus abstracciones.

Trató de esquivar una roca saliente del suelo, pero oyeron un golpe en los bajos del coche que, no obstante, siguió adelante.

Dentro de la cama, en la *roulotte*, el comisario Servant sentía en su cuerpo el efecto de las aspirinas, del coñac, del frío y la humedad que se le habían metido hasta la médula.

Los vaivenes del camino le hacían moverse a derecha e izquierda mientras André, sentado en el pequeño sofá convertible, se entretenía leyendo un cómic de tenor.

Pasaron por delante del cementerio sobre cuyo muro docena y media de cuervos permanecían quietos, observándoles a distancia.

Cruzaron entre las casas de la pequeña aldea y puertas y ventanas se cerraron a su paso, como si formaran parte de una procesión de apestados.

Consiguieron llegar a la estrecha carretera y por ella descendieron junto a los barrancos. Gracielle se sentía como fascinada por la visión del abismo, tenía que dominarse a sí misma para no hacer un fatal giro de volante.

Louis avanzaba con su motocicleta delante de ellos como abriendo paso, aunque no venía ningún vehículo en contra.

—Mamá, ¿qué nos ha pasado?

—No sé qué quieres decir, hija.

—Parece ser que papá dice que la caravana cayó al agua.

—Eso no es posible, debió caer él solo…

—André, André vio algo en la laguna negra…

—Una ilusión.

—El profesor dijo que tenía una sola hija y nosotros vimos dos.

—Quiso gastarnos una broma, eso es propio de los magos. Juegan, juegan a confundirnos.

—Y a ti, mamá, ¿no te ha ocurrido nada?

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—No sé. He tenido pesadillas horribles, debió ser algo que tomé en la cena.

—Yo también he tenido pesadillas horribles, mamá.

—¿De qué clase?

—¡Cuidado, mamá, nos caemos!

Hizo un giro brusco de volante para evitar caer al barranco mientras las ruedas chirriaban y la *roulotte* estaba a punto de volcar.

Louis, con el casco cubriéndole la cabeza, no se percató de lo ocurrido.

Gracielle centró mejor el coche en la angosta carretera y sin más problemas llegaron a la nacional 622 por la que rodaron hasta la histórica ciudad de Castres.

Gracielle tenía que esforzarse para mantener su atención en la conducción. En su mente veía al encapuchado. No podía llegar a creer que ella hubiese vivido semejante experiencia, tenía que ser una pesadilla, pero estaba segura de que no era un producto de un sueño. Había huellas en su cuerpo, dolores que gritaban lo ocurrido.

Tragó saliva, volvió a notar sus ojos enfebrecidos.

Se estacionaron en un lugar céntrico donde estaba prohibido hacerlo. Casi inmediatamente se les acercó un guardia y Louis fue a por él.

—Por favor, necesitamos un médico. Mi padre es el comisario Servant de la policía judicial de París y está enfermo ahí dentro.

—¿Es muy grave?

—No lo sé, un médico lo dirá.

—¿Accidente de carretera?

—No, no, se ha caído en una balsa.

—En esta escalera vive un médico, yo subiré con usted.

Una enfermera les franqueó la entrada y al ver al agente uniformado les hizo pasar.

—¿Qué ocurre?

—Por favor, el doctor, es urgente. Mi padre, el comisario Servant, está abajo, dentro de una *roulotte*.

—Un momento. —Entró en un despacho y luego les dijo—: Ahora sale el doctor.

El médico salió, preguntando:

—¿Qué ha ocurrido?

—Mi padre ha caído dentro de una balsa de agua fría. Por lo visto consiguió salir, pero se ha pasado la noche empapado y tendido al relente.

—¿Cuántos años tiene su padre?

—Cincuenta. Le he dado dos aspirinas, café, leche y coñac.

—Bien, bien.

Pidió un maletín y unos fármacos a la enfermera y bajó tras ellos.

Madeleine trató de salir del coche cuando un perro se fijó en ella y comenzó a ladrarle con fuerza, casi violentamente.

El guardia se fijó en el perro y lo ahuyentó.

—¡Fuera de aquí!

Dentro de la caravana, el médico atendió al comisario Servant. La fiebre se había apoderado de él.

—¿Cómo está, doctor? —preguntó Gracielle.

—Creo que hemos llegado a tiempo. Será mejor que no salga de esta cama. Estacionen la *roulotte* en un sitio adecuado, que no pase más frió y humedad. Mañana por la mañana volveré a verlo; si no ha mejorado, lo ingresaremos en el hospital. De todos modos, creo que lograremos atajar la fiebre y abortar esa pulmonía incipiente. Por el momento, será más sensato no moverlo de donde está. Los dos inyectables le aliviarán. De todos modos, díganme en qué lugar se estacionan y la enfermera vendrá cada seis horas para seguir inyectándole. Le haremos un tratamiento intensivo.

—Deme su número de teléfono, doctor, y ya le llamaremos.

El policía les indicó un buen lugar para estacionarse, muy cerca de la gendarmería. El comandante de puesto, al enterarse, fue a interesarse por el enfermo. Le recibió Gracielle.

—El doctor dice que se pondrá bien. Está al borde de una pulmonía.

—*Madame*, si necesita algo no dude en pedírnoslo. Si precisan una ambulancia para efectuar un traslado…

—Por ahora no creo. Si mañana mejora proseguiremos viaje hacia la Costa Azul, allí la temperatura es más benigna y con unos días de descanso se repondrá totalmente.

Gracielle, lejos de la Maison du Cavalier Noir, se sentía más segura, más protegida; sin embargo, no podía dejar de pensar en la noche del encapuchado.

—Mamá, papá no se va a morir, ¿verdad?

—Pero ¿qué cosas dices, André?

Gracielle se preguntó de pronto si le importaría la muerte de Pierre, si realmente la afectaría. Se imaginó a sí misma vestida de negro asistiendo al funeral de su marido, del comisario Servant.

Muchos policías acudirían a él.

Se preguntó si de verdad le dolería la desaparición de Pierre. Le quedaría una buena pensión, dinero no le faltaría y a partir de aquel momento, su libertad como mujer sería total, no tendría que dar explicaciones a nadie. Ahora sí estaba segura de que Pierre jamás la había complacido sexualmente.

Recordó a Pierre sobre ella, lo recordó con el rostro congestionado, jadeante.

—Mamá, ¿qué piensas?

Como sorprendida en su intimidad, sacudió la cabeza, ahuyentando sus pensamientos para regresar a la realidad.

—Madeleine…

—No temas, se repondrá.

Con la mirada clavada en los transformados ojos de Madeleine, Gracielle se dio cuenta con horror de que había estado deseando una muerte. Tuvo conciencia de que no sólo era que le hubiera parecido indiferente la muerte de Pierre, sino que la estaba deseando. Se puso a sollozar.

—Mamá, mamá, no te importaría quedarte viuda, ¿verdad?

Con los ojos húmedos de lágrimas, contempló a su hija que con la singular mirada que ahora tenía le pareció una extraña.

—Madeleine…

—Mamá, no puedes engañarme…

—Madeleine, Madeleine, ¿qué nos ha pasado a todos?

—Nos creíamos invulnerables a los poderes del profesor Noiratre y yo somos invulnerables, mamá, no lo somos.

—Nos ha hipnotizado o narcotizado. Sí, sí, en la cena nos narcotizó y todos hemos tenido pesadillas. Se ha burlado de nosotros. Tu padre debió caminar en sueños hasta caer en la laguna negra y suerte que pudo salir.

—¿De veras piensas que todo lo que nos ha sucedido han sido pesadillas, alucinaciones?

—Quizá haya parte de alucinación y parte de realidad.

Se dividieron en dos grupos para mantener una vigilancia sobre el enfermo. Escogieron un restaurante para almorzar, Gracielle no tenía mucha hambre.

—Pescado —pidió Madeleine.

—¿Qué más desea, *mademoiselle*? —preguntó la camarera.

—Pescado.

—Ya lo he oído, *mademoiselle*.

—Sólo quiero pescado, dos platos de pescado —puntualizó la muchacha.

—Como usted quiera, *mademoiselle* —aceptó la camarera.

De regreso del restaurante, cuando caminaban sin prisas, la caniche que llevaba una mujer de paseo dio un fuerte tirón a la correa y consiguió escaparse para ir en busca de Madeleine y ladrarle furiosamente.

—¡Fuera, fuera! —gritó Gracielle.

—¡Mimí, ven, ven! Quieta, quieta, Mimí, ven… —gritaba la propietaria de la caniche.

Consiguió recuperar la correa del animal y jalando de él, se lo llevó a rastras.

—Te has portado muy mal, muy mal, hoy no te daré galletas. Mala, mala…

CAPÍTULO XIV

—Bueno, papá, no ha sido nada.

El comisario Servant miró a su hijo.

—No entiendo cómo pude meterme en el agua dormido.

—Debió ser una pesadilla.

—Sí, una alucinación, pero estoy seguro de que el profesor Noiratre tiene la culpa.

—¿Qué ocurrió, en realidad?

—Después de cenar me sentí pesado y me fui a dormir. Cuando desperté, tuve la impresión de que me hundía en el agua pero estando yo dentro de la caravana. Por lo visto sólo fue una alucinación, porque la *roulotte* no tocó el agua.

—¿Crees que pudo haber algún alucinógeno dentro de los alimentos de la cena?

—Es posible.

—¿Por qué no tomas medidas?

—¿No te importaría que las tomase, hijo?

—Aunque el padre de Vanessa sea el culpable, no. Cuando la noche anterior cené allí, también tuve la impresión de haber tomado un alucinógeno.

—Ese embaucador trató de hacernos creer que sólo tiene una hija y nosotros vimos dos, que son gemelas, pero él asegura que una está muerta.

—Quizás no sea un malvado sino simplemente un loco.

—Si es un loco, que lo encierren.

—¿Piensas actuar contra él?

—No, por ahora. Cuando regrese a París, cuando regrese a mi despacho, ya lo pensaré.

—El doctor ha conseguido cortar lo que podía ser muy grave y ahora proseguiremos nuestro viaje de vacaciones.

—Claro que sí, Louis, pero nos vamos a la costa, nada de

metemos en las montañas.

—De acuerdo. El sol de la playa nos hará ver las cosas de forma distinta.

El padre alargó la mano y cogió a su hijo por el brazo.

—Espera…

—¿Sí?

—A esa chica, a Vanessa, ¿la amas?

—Creo que es diferente a todas.

—Pues será mejor que la olvides. Esa chica tiene un aire tan fantasmal como su hermana, no es una joven sana como te conviene a ti.

Louis no quiso negar ni asentir a las palabras de su padre.

—Lo importante es que te encuentres bien.

Por la tarde reemprendieron viaje.

No había alegría en ninguno de los rostros, todo era ya diferente. Continuaban viaje en dirección a la Costa Azul, pero nadie confiaba en poder olvidar lo sucedido, cada uno de ellos tenía sus propios problemas.

Gracielle conducía el coche y Louis iba delante con su máquina abriendo paso. Todos deseaban olvidar la Maison du Cavalier Noir y los misteriosos personajes que en ella vivían.

Anochecía cuando llegaron a Saint-Tropez. Estacionaron el coche en un *camping* oficial junto a la población. Se instalaron en él, enchufaron la electricidad y pudieron conectar la televisión.

—¿Cómo ha ido el viaje, Pierre? —quiso saber su esposa.

—Ha ido bien, aunque me siento fatigado. Cuando terminemos estas vacaciones no se te ocurra pedirme que compre una *roulotte*.

—La *roulotte* no tiene la culpa de lo que pasó en aquella casa.

—Os debo parecer a todos un estúpido, pero estoy seguro de que ese maldito mago de feria ha querido asesinarme.

—¿Por qué habría de desear matarte?

—Porque me odia.

—¿Y por qué te odia?

—Ya te lo conté. Lo puse en ridículo hace años, pero no lo ha olvidado.

—¿Y cómo lo pusiste en ridículo?

Pierre Servant hizo un gesto ambiguo con la mano, como restando importancia al asunto.

—Bah, se las daba de iluminado. Yo no le conocía, pero el caso es que quedó en ridículo delante de todos y tuvo que abandonar la comisaría abochornado. Yo creía que la cuestión quedaba zanjada en aquellos momentos, magos de feria y videntes hay muchos, todos embaucadores. Al volver a encontrarlo me di cuenta de que me odiaba y de que trataría de vengarse, aunque no supuse que llegara a tanto.

—¿Crees que él te arrojó al agua?

—Lo que creo, Gracielle, es que nos metió drogas en la cena. Lo que realmente sucedió después sólo lo sabe ese maldito mago de feria.

Tosió como ya había tosido mucho durante el día. Se había alejado la pulmonía pero estaba algo afectado. El doctor de Castres le había dicho que si no tomaba el relente y se cuidaba, se curaría con facilidad.

—¿Y los muchachos?

—Han ido a cenar al restaurante. Luego iré yo y te traeré algo.

Pierre la cogió de la mano, atrayéndola hacia la cama.

—Ahora podríamos…

—Quieto, no estás repuesto.

—Para esto siempre he estado bien y tú lo sabes.

—Déjame.

Gracielle consiguió librarse de él un tanto desabridamente. Ya lejos del alcance de las manos del hombre le dijo:

—Luego te traeré la cena. —Y salió al exterior cerrando la puerta.

El *camping* no estaba al completo pero ya tenía un buen número de campistas de distintas nacionalidades.

El cielo estaba plagado de estrellas, un cielo en el que brillaba una luna espléndida.

La noche les acercaba ya al solsticio de verano, una noche mediterránea que nada tenía que ver con las noches de París.

Si nada hubiera sucedido, si no hubieran pasado por la Maison du Cavalier Noir, Gracielle estaría sorbiendo con fruición en aquellos momentos el aire marino, la agradable temperatura, aquel sol que esperaban que apareciera al amanecer, un sol que llenaría de luz sus retinas y avivaría los colores. Mas, ya no podía olvidar lo ocurrido, era una mujer distinta.

Al desviar su mirada hacia un lugar más oscuro del *camping* donde no había aún *roulottes* ni tiendas de campaña, le pareció descubrir dos fulgores muy juntos, dos reflejos que le recordaron las gafas negras del profesor Noiratre, aquellos cristales que, según se colocaban, se convertían en pedazos de espejo que lo mismo podían reverberar la luz que la imagen que contemplaban.

Se sintió impulsada a avanzar hacia aquellos pinos que en horas de sol brindaban magníficas y frescas sombras. Avanzó por los caminos.

Las parcelitas para acampar aparecían marcadas a derecha e izquierda. Buscaba aquellas malditas gafas que la perturbaban, que irradiaban un magnetismo al que no podía sustraerse. Su deseo de encontrarlas era más fuerte que el miedo que podía sentir al alejarse de las luces de los acampados.

—*Madame*…

—¿Profesor? —preguntó, mirando en derredor.

Se escuchó una risa parsimoniosa, burlona, hiriente incluso. La carcajada se expandía entre el follaje de los pinos que en la noche semejaban pintados de negro.

—No estoy aquí, *madame*.

—¿Cómo puede hablarme, si no está? —preguntó, girando sobre sus pies como si éstos fueran un eje. Buscaba en derredor para descubrir de nuevo las gafas espejeantes.

Volvió a escuchar aquella risa.

—No estoy aquí, *madame*, estoy sólo en su mente. Su marido el comisario Servant le habrá insistido en que soy un embaucador, que carezco de los poderes que se me atribuyen, pero él sabe que sí los tengo, *madame*, tiene motivos sobrados para saber que poseo esos poderes, pero a él no le interesa que la verdad salga como el sol por el oriente. El comisario Servant es un maldito que quiere que todos los días sean nublados para que el sol no brille y no se haga la luz.

—¿Por qué, por qué? —inquirió ansiosa, mirando en derredor.

—Yo no soy un justiciero, *madame*. Mis poderes provienen de las fuerzas infernales.

—No puede ser un diablo…

—Así es, *madame*, no lo soy, pero gozo de su protección. Invocando a Arioc, al final de mis vidas me reencarno en la criatura que yo escojo, en la que más deseo para seguir viviendo siendo el

que soy, para no olvidarme de mis vidas anteriores como le ocurre a usted, a su marido, a la inmensa mayoría de la humanidad. *Madame*, ahora sólo estoy en su mente, pero regresaré, sí, regresaré a buscarla porque usted ya no quiere vivir junto a ese miserable llamado Pierre Servant.

Gracielle quiso replicar pero no llegó a hacerlo. Se levantó un súbito viento muy localizado, como un pequeño tornado que arremolinó las copas de los pinos y agitó los cabellos de la mujer. Aquel viento hizo estremecer a Gracielle y no quiso preguntarse si era de frío o de miedo.

CAPÍTULO XV

—No, no podrás vengarte de mí, hijo de perra, no lo conseguirás…

El pequeño André, con la pelota entre sus manos, acababa de oír aquellas palabras que sin duda alguna habían brotado de la boca de su padre.

Quedó tenso. Había visto en muchas ocasiones a su padre enfadado, incluso colérico. Pierre Servant no era un hombre jovial ni siquiera cordial, pero aquellas palabras habían sido pronunciadas con tal intensidad que le impresionaron vivamente.

Salió de la *roulotte* casi de puntillas como para no delatar su presencia y casi se tropezó con Madeleine.

—¿Qué te pasa, André?

—Papá está hablando solo, parece muy enfadado.

—No hagas caso. Puede tener un poco de fiebre y cuando se tiene fiebre se dicen cosas, es como soñar hablando.

—¿Papá se metió en el lago negro soñando?

—¿Quién sabe, André? Anda, ve a jugar, pero ya sabes que mamá no quiere que te alejes demasiado.

—¿Dónde está mamá?

—No lo sé, habrá ido al restaurante.

—Ahora puedo jugar a la pelota, ¿no?

—Mientras no molestes a los demás ni te alejes mucho… El chico deambuló por el *camping* buscando un lugar donde pudiera jugar a la pelota sin molestar. Se encontró con un niño, un niño desconocido para él como podía suceder a la inversa.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—A jugar a la pelota.

—¿Puedo jugar contigo?

—Claro.

André, botó la pelota sin recelo; aquel niño no parecía querer arrebatársela.

—El mejor sitio para jugar a la pelota aquí es la calavera.

—¿La calavera?

—Sí.

—Yo creí que era la playa.

—No, hay rocas y no puedes correr bien. En cambio, en la calavera se puede jugar mejor.

André se encogió ligeramente de hombros.

—¿Hay luz allí?

—Había una bombilla, pero la rompimos ayer.

—¿La rompiste tú?

—No te lo digo.

—¿Por qué?

El niño desconocido se encogió de hombros.

—Si quisiera saberlo, lo averiguaría —alardeó André.

—Ah, sí, ¿cómo?

—Mi padre es comisario.

—¿Comisario?

—Sí.

—¿De policía?

—¿De qué va a ser?

—Oye, no le dirás nada de la bombilla, ¿eh?

Con una actitud de suficiencia, André respondió:

—Está bien, no diré nada, ya se encargarán los gendarmes de aquí.

—¿Crees que me encontrarán?

—No lo sé, todos los policías no son tan buenos como mi padre. ¿Por qué rompiste la bombilla?

—Yo no he dicho que la rompiera.

—No querrás engañarme a mí, al hijo del comisario, ¿verdad?

—¿Y si tu padre coge a uno que ha roto una bombilla, lo mete en la cárcel?

—Hombre, pues claro, para eso es policía —aseguró tajante.

—Pero a los niños no los encierran en la cárcel, lo he visto en la tele.

—En el reformatorio, que es lo mismo. Mi padre lo cuenta en casa.

—Una vez vi una película en que encerraban al chico en un reformatorio pero al final se escapaba por una playa.

—Bah, eso era película. En la realidad no se puede escapar ninguno, los gendarmes tienen ametralladoras.

El otro niño silbó admirativo. Después, miró hacia adelante y se detuvo.

—Ahí está muy oscuro.

—¿Tienes miedo?

—No, pero como no hay luz… ¿Quieres que vayamos a la playa?

—¿No has dicho que allí no se puede jugar a la pelota?

—No, no va bien jugar a la pelota, pero podemos mirar.

—¿El qué?

—Un barco o algún tiburón.

—Anda ya, aquí no hay tiburones.

—Eso es lo que crees tú y pulpos, ¿qué? Cogieron uno tan grande como un coche.

—¿Tan grande?

—Sí, eso cuentan.

—¿Y pueden salir del agua?

—Sí, pero nosotros corremos más.

—Está bien, vamos. Oye, ¿cómo te llamas?

* * *

Madeleine también había salido a pasear; lo había hecho sola, atraída por una hoguera en la playa. Un muchacho rasgueaba una guitarra mientras dos chicas cantaban. Los observó a distancia y siguió paseando cuando le salieron dos sombras interceptándole el paso. Eran dos hombres jóvenes.

—Oye, guapa, ¿a dónde vas tan sola?

Madeleine miró a uno y a otro y retrocedió. Lo que no pudieron ver aquel par de individuos fue la transformación que se operaba en los ojos de la mujer.

—Es guapa, ¿eh, tú?

—Sí, muy guapa y si no grita no le haremos daño.

Uno estiró la mano para cogerla pero Madeleine se evadió, echando a correr. Ellos también lo hicieron, una mano la cogió por los cabellos y la hizo caer.

—¡Ya es nuestra!

La mujer se revolvió poniéndose cara arriba y entonces bufó de una forma muy especial.

El tipo que se le había puesto encima aulló de dolor llevándose

las manos a la cara.

—¡Dale fuerte, así se estará quieta! —Gruñó el otro.

Las manos de la joven eran verdaderas zarpas que ensangrentaron los rostros de los dos asaltantes. Habían querido sorprender a la muchacha indefensa y eran ellos los sorprendidos…

Con los rostros ferozmente arañados, con las manos ensangrentadas, ni siquiera llegaron a ver cómo Madeleine se perdía en la oscuridad, alejándose a la carrera.

—Es una fiera —gruñó uno quejándose de dolor y buscando su pañuelo.

—Llévame, llévame a un médico… —suplicó el otro.

—¿Qué te pasa?

—No veo, no veo… La muy puta me ha dado en los ojos, me ha dado en los ojos…

CAPÍTULO XVI

Madeleine Servant se había puesto un bikini amarillo y una camisa roja para pasear por la playa en lo que era ya una mañana espléndida.

El oleaje casi plano invitaba a bañarse. Había un buen número de personas tendidas en la arena, buscando la caricia de los rayos solares, pero dentro del agua apenas se podían ver algunos niños, la frialdad del mar todavía era acusada.

Todo parecía muy pacífico. De pronto, una figura llegó a la carrera y Madeleine se sintió cogida por unos brazos al tiempo que una voz gritaba:

—¡Al agua, patos!

—¡Louis!

—¡Al agua! —seguía gritando el muchacho con deseos de jugar, de gastar una broma.

—¡Al agua noooo! —gritó Madeleine.

La risa de Louis se borró de su rostro al sentir el dolor del zarpazo. La joven lo miró un instante y dijo:

—Al agua, no, Louis, lo siento, pero al agua no… —Y echó a correr.

Sofocada, entró en la *roulotte*, y se quitó la camisa roja sin darse cuenta de la presencia de su madre.

—Madeleine…

—Ah, estás ahí…

—¿Qué son esas marcas?

—¿Qué marcas?

La madre se le acercó.

—Son arañazos, hija, tienes la espalda llena. ¿Qué te ha pasado?

—Ah, sí, mosquitos, mosquitos.

—¿Mosquitos?

—Sí, me picaban y me he estado rascando.

—Madeleine, eso son arañazos y arriba, cerca del cuello, tienes señales. ¿Qué te ha pasado?

—Está bien, mamá, ahora te lo cuento, pero no digas nada.

—Te escucho, hija.

—Ayer por la noche paseaba por la playa y dos tipos me atacaron. Caí en un lugar donde había ramas rotas, allí debí hacerme esos arañazos.

—¿Te duelen?

—Escuecen un poco.

—Te pondré algo.

—No hace falta, ya me he puesto crema yo misma.

—¿Te…, te violaron?

—¿Esos dos tipos?

—Sí, claro.

—No, mamá, me defendí, les arañé fuerte, no pudieron conmigo.

—No debes andar sola por ahí, los hombres siempre están al acecho como si fueran cazadores y nosotras, trofeos de caza.

—Mamá —interpeló Louis, entrando en la caravana.

—Hijo…

—Anda, saca el botiquín.

—¿Qué te ha pasado?

—Madeleine, que tiene unas uñas muy afiladas.

La madre se asustó, pero el joven explicó:

—Hace un momento quería que se diera un baño y por poco me saca los ojos.

—Madeleine, no puedes arañar así a la gente —la reprendió Gracielle al ver el rostro de su hijo.

—Al agua no, mamá, al agua no…

—¿La oyes? Habla como un gato.

—Me defenderé siempre que me ataquen.

Gracielle limpió los arañazos de la cara de Louis. Éste, resuelto, dijo:

—Me voy.

—¿Ahora?

—Sí, me voy.

—Pero, tu padre está en la cama…

—Ahora ya ha pasado todo el peligro. Vosotros os podéis quedar aquí, ya no os hago falta.

Gracielle miró a su hijo, a sus ojos castaños. Era un muchacho bien parecido y atractivo para las mujeres, de carácter ordinariamente jovial.

—¿Y adónde piensas ir?

—No sé, ya veremos. A lo mejor me voy a Italia o a España, las dos fronteras están relativamente cerca y con la moto se comen rápidamente los kilómetros.

—Louis, ¿no será que quieres ir a buscar a Vanessa?

—¿A Vanessa? Si no está en su casa.

—Quizás haya vuelto.

—Quizás, pero aquella casa no me gusta, no quiero volver. Mientras aquí hace un sol espléndido, allá siempre hay niebla, te pierdes por los caminos y la motocicleta siempre se para y aún no sé por qué. La he estado revisando y todo parece estar bien.

—¿Te duele?

—No, sólo escuece.

—Louis, ¿y si esperaras un par de días más por si papá…?

—No, mamá, él está bien.

—Déjalo ir —intervino Madeleine—. Aquí, con la familia, se siente coaccionado. Ahora, cuando las chicas le vean, le preguntarán quién le ha arañado la cara; él responderá que ha sido su hermana y no lo creerán, así tendrá más éxito.

—Tendré que llevar una fotografía de tus uñas para que me crean.

Louis se alejó a bordo de su potente máquina japonesa sin despedirse de su padre que dormía a causa de los medicamentos que lo relajaban para que no tuviera ansia por abandonar el lecho en el que debía reposar hasta que la congestión de sus pulmones desapareciera por completo.

—Voy a Saint-Tropez a comprar algunas cosas, Madeleine. Quédate aquí por si tu padre despierta y pide alguna cosa.

—De acuerdo, no saldré de la *roulotte*.

Gracielle, con unos ajustados pantalones, un nicky blanco y un sombrero de paja amarilla que la rejuvenecía, subió al Peugeot y a bordo del mismo abandonó el *camping* para llegar al centro de la villa.

Sola en el coche, se sintió como liberada, lejos de su familia.

En aquellos momentos era un ser sin ataduras, pero sabía que

aquella sensación iba a durar poco y, por otra parte, no se sentía capaz de enfrentarse sola a la vida.

Bajo el radiante sol de la Costa Azul, abriéndose paso entre los turistas primerizos, llegó al centro de la villa y buscó un lugar para estacionar el vehículo.

Comenzó a andar con ligereza hasta los escaparates de los comercios que fueron atrayendo su atención. Objetos de plata, abalorios de bisutería, frascos de perfume… Se detuvo para comprar cigarrillos y tuvo la satisfacción de comprobar que a sus cuarenta y pico de años varios hombres se fijaban en ella, en su cuerpo proporcionado y sin grasa, en sus pechos grandes.

Una sonrisa afloró a sus labios hasta que al mirar a un escaparate vio reflejadas en el cristal unas gafas que parecían dos pedazos de espejo mientras una risa lenta y sarcástica sonaba en sus oídos.

—Profesor…

CAPÍTULO XVII

André botó la pelota delante de Michel, su nuevo amigo.

—¿No hay otros chicos? —preguntó.

Michel denegó:

—No.

—Es que tú y yo solos…

—Podemos jugar a penaltis.

—¿Tú haces de portero?

—Oh, no.

—Pues yo tampoco quiero.

—Podemos tirar y cada cinco goles, cambiamos.

—Bueno. ¿No vas a la playa?

—El agua está muy fría.

—¿Con quién has venido al *camping*?

—Con mis abuelos.

—¿No tienes padres?

—Están en Nancy. Oye, no le habrás contado nada a tu padre de la bombilla, ¿eh?

—No, mi padre está durmiendo.

—Pero cuando despierte tampoco se lo dirás, ¿verdad? —Yo no me chivo.

—Como eres de la poli…

—Bah, el comisario es mi padre y no yo. ¿Dónde está la calavera?

—Es por este camino, no está lejos. Es un buen sitio para jugar a la pelota, no te molesta nadie.

—Y la calavera, ¿cómo es?

—Grande, y tiene dos tibias como las de las banderas de los piratas. Cogí la máquina de mi abuelo y le hice una foto, ya veremos qué pasa cuando la revele.

—Pues mi padre tiene una filmadora, la cogeré y vendré a filmar

la calavera.

Michel echó a correr. Tras rebasar un pequeño montículo señaló:

—¡Mira, ahí está!

André pudo ver una torre de alta tensión. La parte baja era una caseta de ladrillo con una puerta de hierro que en su parte alta tenía una rejilla de respiración.

—Pues yo no veo la calavera.

—Anda, ven, corre.

André siguió corriendo detrás de Michel hasta llegar frente a la puerta de hierro en la que había pintada una calavera con dos tibias y unas palabras, todo en negro.

—«PELIGRO, ALTO VOLTAJE» —leyó André—. Oye, ¿esto es la calavera?

—¿Y qué te creías que era, tonto? ¿Es la calavera sí o no?

—Sí, pero…

—Mira qué llano, aquí delante podemos jugar.

—Estamos un poco lejos del *camping*.

—Bah, se llega en una carrera. Si te subes a aquella piedra puedes ver las *roulottes*.

—Está bien, juguemos. —Miró hacia el portalámparas y dijo en tono acusativo—: Ésa, ésa es la bombilla que rompiste.

—Juguemos, juguemos.

—Pero tú, de portero —ordenó André, valiéndose de que él era el dueño de la pelota.

—Está bien, pondré la portería aquí.

Michel buscó dos piedras grandes para marcar lo que había de ser la portería.

André se preparó, jugueteó con la pelota y luego disparó. El tiro a puerta resultó flojo, infantil, propio de él y Michel impidió que pasara la pelota sin ninguna dificultad.

—¡Qué tío soy, la he parado, la he parado!

—Bah —replicó André desdeñoso—. Es que la he tirado floja por si no podías pararla.

Michel, orgulloso de sí mismo, le devolvió la pelota y André se dispuso a hacer un nuevo disparo. Preparó carrerilla, le dio un puntapié a la pelota y ésta fue muy lejos de la portería.

Michel, burlón, se sentó en el suelo y se rió sujetándose las rodillas con las manos.

—¡Qué fallón eres, qué fallón!

—Dame la pelota.

—Cógela tú.

—No, tú, que eres el portero —exigió huraño. Comenzaba a sentirse humillado ante las burlas de su amigo de vacaciones.

—Está bien, pero ya has fallado dos.

El chico le devolvió la pelota. André, para no fallar, la acercó más a la portería. Michel, a su vez, se acercó más a él y quedaron frente a frente. André protestó.

—Tú tienes que ir más atrás.

—Y tú también.

—De acuerdo, pero así ya puedes pararlas.

André tiró y Michel volvió a parar aquel chut facilón.

—Sólo faltan dos.

André arrugó aún más el ceño, pero de los cinco disparos no consiguió meter ninguno entre las piedras.

—¡Es que has hecho una portería muy pequeña! —se quejó—. Tenía que ser más grande.

—Ahora ponte tú y verás cómo sí te marco goles.

—No, todavía no, sigue tú de portero.

—Ahora te toca a ti —protestó Michel.

—Ésos eran de prueba, ahora voy a disparar los de verdad.

—Pues no juego —dijo Michel, dejando caer los brazos a lo largo de su cuerpo.

André hinchó sus carrillos como para explotar y silabeó despacio:

—Si no juegas, le digo a mi padre que tú te has cargado la bombilla y como es comisario, te llevará al reformatorio.

Michel lo miró desafiante.

—No serás capaz.

Muy seguro de sí mismo, con la pelota entre las manos, André replicó:

—Ya lo creo que sí y tus abuelos tendrán que telefonear a tus padres para que puedan ir a visitarte al reformatorio los domingos.

—Está bien, jugaré —asintió Michel resignándose.

—Ahora verás qué gol te marco.

André preparó el balón. Tomó carrerilla, hinchó sus pulmones y arrebatado por la furia, corrió hacia el esférico dispuesto a

demostrar que él era el mejor.

La pelota salió de la puntera del niño alta y fuerte, demasiado alta para que Michel lograra alcanzarla. Botó luego en el suelo y se filtró por la puerta de la torreta de alta tensión que, inexplicablemente, se había abierto mientras ellos jugaban.

—¡Gol, gol, goooool!

—No ha sido gol, ha ido muy alta, por encima de la portería.

—¡Eso lo dices porque no has podido cogerla!

—Si tuviéramos el palo de encima habría pasado alta.

—Bah, tráela y verás cómo te meto otro gol.

—Yo no la cojo, ve a buscarla tú si quieres.

André, espoleado por lo que creía una victoria, echó a correr.

Llegó ante la puerta de hierro y miró hacia el interior.

Allí había muchos cables, un transformador eléctrico y una advertencia de que había once mil voltios.

El chico se detuvo un instante, vaciló pero al fin se decidió a entrar cuando ya llegaba Michel que cerró la puerta de hierro.

—¡Si no juras que no le dirás nada a tu padre, no te dejo salir!

Se produjo un fragor de corta duración, ni siquiera hubo un grito.

Michel vio cómo salía humo por la rejilla alta y olía a quemado, un extraño y desagradable olor a quemado.

Inquieto, abrió la puerta muy despacio y miró hacia el interior.

Descubrió la pelota blanca con hexágonos rojos y también a André, pegado a unas palancas grandes, enormes. Era ya una horripilante figura de carbón.

El pánico se apoderó de Michel que echó a correr, alejándose del lugar.

Una figura femenina, muy pálida y de cabellos rubios, casi blancos, se alejaba entre los matorrales en dirección al ocaso.

CAPÍTULO XVIII

Gracielle pensó que lo que había visto era sólo una alucinación. Tenía miedo al profesor Noiratre y sabía por qué le temía. Toda su seguridad en sí misma, una seguridad acumulada durante años y años, se había esfumado en una sola noche en la Maison du Cavalier Noir.

Llegó a la plaza de Georges Grammont. Había leído en alguna parte que allí estaba el museo de pintura moderna francesa de L'Annonciade

y no tardó en encontrarlo en lo que había sido una antigua capilla.

Se dijo que no tenía prisa por regresar, el *camping* estaba muy cerca yendo en coche y después de todo, aquel pequeño museo estaba a años luz de las tres docenas de kilómetros que tenía el Louvre.

El museo le pareció solitario, extremadamente solitario, máxime teniendo en cuenta que en la calle había mucha gente sin nada que hacer, sin otra motivación que pasear e ir de tienda en tienda.

Allí podían admirarse lienzos de Georges Seurat, de Bonnard, de Vlaminck. Cuando contemplaba un Matisse, advirtió que había alguien tras ella.

Volvió la cabeza súbitamente y se encontró con un rostro, unas gafas que conocía muy bien.

—Buenos días, *madame*.

—¡Profesor!

—Hermoso cuadro, ¿verdad?

—Sí, sí, muy bonito —respondió torpemente, sin apartar sus ojos de aquellos espejos en los que veía reflejada su propia imagen.

—Me siento incómodo aquí dentro —confesó el profesor Noiratre—. No es éste un buen lugar para mí.

—¿Qué quiere de mí?

—*Madame*, ya le dije que soy muy poderoso pese a que su

marido se empeña en no creerme. Lo que ocurre es que no le conviene creerme, me tiene miedo.

—No, no, Pierre no tiene miedo a nadie.

—A mí, sí.

—¿Por qué?

—Porque soy su espejo de la verdad.

—No le entiendo.

—Se lo iré contando mientras paseamos delante de estos cuadros.

Gracielle, sometida bajo la influencia de aquel personaje maligno, echó a andar junto a él cuando el viejo profesor de edad incalculable señaló:

—¿Ve la ventana que está ahí arriba?

—Sí, claro, entra la luz por ella.

—Tiene seis cristales, ¿no es cierto?

—Sí, claro, son muy fáciles de contar.

—¿Usted cree?

El profesor Noiratre se volvió despacio hacia ella; ambos quedaron frente a frente, con apenas un palmo de distancia. Con movimiento parsimonioso se quitó las siniestras gafas.

La sorpresa fue brutal. La mujer ahogó un grito y dio un paso hacia atrás, apartándose.

—No esperaba descubrir que yo fuera ciego, ¿verdad? —se rió lentamente como solía hacer él, fue una carcajada grave, sarcástica.

Asustada, totalmente sorprendida y confundida, Gracielle no podía apartar su mirada de las cuencas vacías del profesor Noiratre. Los párpados se hundían hacia adentro y carecía de pestañas.

—No es posible… —balbuceó.

—Sí lo es, *madame*. —Volvió a calarse aquellas gafas tan especiales que ocultaban su carencia de ojos—. *Madame*, yo veo con el tercer ojo y veo hasta sus más ocultos pensamientos. Usted no me ha visto vacilar en nada. No tenía por qué contarle todo esto, pero lo hago para que se dé verdadera cuenta de que soy poderoso.

—No sabía nada de esto…

—Lo imagino, *madame*, lo imagino, y le diré más: Usted abrió el teatrito que hay en la salita de la magia negra. ¿Recuerda?

—Usted, usted estaba allí, ¿verdad?

—Sí, acomodado en mi butaca de alto respaldo, de espaldas a

usted. No pudo verme, es una butaca muy confortable y muy grande también. Me agrada pasar allí muchos ratos muertos ante las llamas de la chimenea, con algún grimorio al alcance de mis manos.

—¿Qué es lo que pretende de mí?

—Cálmese, *madame*. Estamos solos aquí, la sonoridad es buena, no es preciso que grite porque voy a contarle cosas tan terribles que si alguien las oyera, podría llegar a enloquecer.

—Me asusta, profesor.

—Estoy acostumbrado a que me teman y los que no me han creído lo han pagado muy caro. ¿Recuerda lo que vio dentro del teatrito?

—Por favor, no me haga recordar —suplicó, estremeciéndose.

—*Madame*, aquello era una cabeza humana, no es ninguna imitación. Es la cabeza de un militar sudamericano, del hombre que me arrancó los ojos. Dijo que si era un vidente, podría ver sin ojos. De eso hace tiempo, mucho tiempo, pero pagó.

—¿Por qué, por qué lo hizo?

—La mujer de ese hombre se había enamorado de mí. Su belleza era grande, pero aún quería más belleza, más fascinación, y me suplicó que invocara al príncipe de los infiernos. A su marido no le gustó cuando lo descubrió y abusando de su autoridad me arrancó los ojos. El muy estúpido… Él, al igual que el comisario Servant, no creyó que yo tuviera poderes, pensaba que era un embaucador, un mago de feria. Se negaba a aceptar que yo podía invocar a mis protectores infernales.

—Todo lo que me cuenta es horroroso —musitó. Le costaba hablar y por otra parte era incapaz de echar a correr.

—*Madame*, cuando usted salió de París ignoraba que iba a hacer un viaje al horror y ya no puede volverse atrás. Cada segundo, cada minuto que pasa, ya no puede recuperarse y nos hace diferentes. Ya soy muy viejo y galopo ferozmente hacia mi muerte, estoy preparando mi reencarnación, mi nueva vida. Tenía que dejar saldadas las cuentas de esta vida que estoy viviendo y había un cabo por atar, un cabo que se llama Pierre Servant.

—No es posible…

—*Madame,* lo que le voy a contar es tan cierto como que veo sin ojos.

De boca de aquel misterioso y satánico personaje, Gracielle

escuchó una declaración que no esperaba, una declaración que le causó estupor y la desmoronó por completo. Aquello era lo que jamás hubiera llegado a creer…

—No es posible lo que dice, Pierre no, no…

—*Madame*, he querido que lo supiera antes de que su vida cambie.

—¿Mi vida?

—Sí, *madame*, su vida. Contárselo todo a usted es parte de mi venganza.

—¡Es usted diabólico!

El profesor Noiratre volvió a reírse de ella; dominaba totalmente la situación y era consciente de ello.

—*Madame*, usted no puede mover ahora sus piernas, son pesadas, muy pesadas. No puede alejarse, no puede correr para escapar de mí. Inténtelo si puede…

Gracielle quiso mover sus pies y no lo consiguió, parecían clavados sobre las losas del suelo.

—¡Por favor, se lo suplico, déjeme ir!

—*Madame*, usted no quiere huir, por eso sus pies no se mueven. Yo sólo tengo que guiarla.

—No, no, déjeme marchar, quiero volver a París —sollozó.

—No, *madame*, la venganza no sería completa.

—¿La venganza? —repitió con un hilo de voz.

—*Madame*, usted no es la mujer virtuosa que cree su marido. Usted es sólo una perra, una perra ansiosa de perro. ¿Acaso no recuerda que la visitaron durante la noche que estuvo en mi casa?

—Fue una alucinación, una pesadilla…

—No, *madame*, usted sabe muy bien que no, fue una realidad y usted gozó salvajemente aquella noche. Hubiera sido muy divertido que su marido la viera entre los brazos de Jules.

—¿Jules?

—Sí, *madame*, era Jules y usted sabía que era él, pero tenía más emoción que fuera encapuchado. Los juegos sexuales con un poco de teatralidad son más emocionantes. Usted disfrutó porque había sadismo en Jules y masoquismo en usted. Usted gozó como nunca aquella noche y está ansiando que se repita.

—¡No!

—No puede engañarme, *madame*, no puede hacerlo. Usted ya no

desea la vida anodina que ha llevado hasta ahora, quiere la emoción, la fuerza, el placer, el sadomasoquismo de que hizo gala al yacer con Jules que es fuerte, que no hace preguntas, que la complace. ¿Acaso cree que en su vida va a encontrar algo parecido? No, *madame*, usted va a venir conmigo y no porque yo la obligue, sino porque está deseando volver a yacer en esa misma cama en que Jules la sometió. A usted ya no le interesa ser *madame* Servant, ya sabe quién es su marido. Usted ya no es la madre atenta, quiere ser usted misma y gozar, gozar sin que le importe el resto del mundo. Y porque ansia ferozmente volver a encontrarse con Jules, me va a seguir. Usted vendrá conmigo a la Maison du Cavalier Noir sin que yo la obligue, será su voluntad. Sus pies ahora ya pueden moverse, huya si quiere, puede hacerlo sin que nadie se lo impida.

Gracielle movió sus pies y se fue apartando del profesor Noiratre que una vez más se rió de ella.

El profesor avanzó hacia la salida como si poseyera los mejores ojos del mundo cuando sólo tenía unas gafas cubriendo las cuencas vacías.

Cuando llegó a la salida, descubrió a *Madame* Servant. Estaba allí, quieta. Su rostro se había transfigurado, sus ojos ardían, sus labios parecían más hinchados y húmedos.

El profesor Noiratre echó a andar y Gracielle le siguió hasta llegar a ponerse a su altura sin decir nada.

Había decidido su vida y también su perdición; no quería pensar que la venganza del mago seguía adelante.

CAPÍTULO XIX

—¡Gracielle, Gracielle!

Madeleine, que era la única que estaba en la *roulotte*, alzó la cabeza apartando sus ojos de la revista que leía.

—¡Gracielle, Gracielle!

Se levantó y abrió la puerta que aislaba la cama de matrimonio dentro de la caravana.

—¿Estás bien, papá?

—He dormido muchas horas. Ya no sé si estoy borracho o qué me pasa.

—Todavía no estás recuperado. Además, los medicamentos…

El comisario gruñó:

—No voy a tomar ningún medicamento más.

—Cómo tú quieras.

Se alejó de nuevo, sentándose en el sofá y volviendo a fijar sus ojos en la revista mundana.

—¿Dónde está tu madre?

—Se ha marchado a Saint-Tropez.

—¿Y qué ha ido a hacer allí?

La muchacha se encogió de hombros.

—De compras.

—¿Por qué diablos se ha tenido que marchar?

—Cuando vuelva se lo preguntas.

—Dile a Louis que vaya a buscarla con la moto.

—Louis no está.

—¿Que no está, dices?

—No, se ha ido.

—¿A dónde?

—A Italia o a España, no estaba seguro.

—¿Queeé?

—Sí, se aburría aquí y como ha visto que tú ya te encontrabas

bien, se ha ido. Dice que ya se pondrá en contacto con nosotros.

—Muy bien, muy bien. Súbete a esta caravana como un gitano por complacer a tu familia y luego, la familia te abandona.

—Mamá volverá pronto.

—Hoy me levanto de la cama y tomo un poco el sol.

—Ten cuidado no se vayan a inflamar tus pulmones. Si se congestionan de nuevo lo vas a pasar mal, lo ha dicho el doctor.

—¿Y André?

—Por ahí, jugando a la pelota.

Pasaron las horas. Llegó el mediodía y el comisario Pierre Servant seguía tosiendo y gruñendo por igual.

—Voy a comer —dijo Madeleine—. Me llevaré unos platos y te traeré comida.

—A ver si localizas a tu madre y vigila a André, en toda la mañana no ha aparecido por aquí.

La joven abandonó la *roulotte* llevando un «complet» de platos que cerraban herméticamente unos con otros para transportar una comida completa sin posibilidad de verterse ni que le diera el aire.

Observó que uno de los automóviles del *camping,* con una pequeña *roulotte* enganchada detrás, se dirigía hacia la salida. El rostro de un niño la miraba con miedo desde detrás de los cristales mientras un matrimonio anciano, sentado en los asientos delanteros charlaba animadamente.

—Unos que ya han terminado las vacaciones —se dijo Madeleine.

El pequeño Michel la siguió con la mirada hasta que el coche llegó a la salida del recinto.

Unos ladridos furiosos sobresaltaron a Madeleine. Se trataba de un gran y hermoso pastor alemán que no pudo abalanzarse sobre ella debido a la cadena que lo mantenía sujeto al tronco de uno de los árboles que daban sombra a los campistas.

Madeleine observó con mucho recelo a aquel perro que le mostraba sus colmillos amenazadores. Llegó al restaurante y comió dos platos de pescado. Preguntó por André a varias personas y nadie supo darle razón del niño.

—Toma, papá, aquí tienes la comida, espero que te guste.

—¿No has visto a tu madre?

—No, y el coche tampoco. Se habrá quedado a almorzar en

Saint-Tropez.

—Vaya, vaya… Creí que por lo menos en vacaciones estaríamos juntos.

Pierre Servant comió de mala gana y entre bocado y bocado preguntó:

—¿Y André?

—No está.

—¿Cómo que no está?

—Eso es, no está. Lo he buscado y no lo he encontrado.

—Pero ¿no almuerza?

—Se habrá ido con mamá —le respondió, siempre con tonos de indiferencia, sin apartar sus ojos de la revista que tenía entre las manos.

Madeleine y su padre muy pocas cosas tenían que decirse. Pierre Servant había jugado con su hija hasta los cuatro años. Después, a medida que ella crecía, se fue creando un distanciamiento entre ambos y ahora resultaba difícil un diálogo entre los dos.

Pierre Servant sabía que su hija iba a la Sorbona a estudiar medicina, pero tenía que hacer un esfuerzo mental para poder decir en qué curso se hallaba la muchacha e incluso si tenía buenas o malas notas, si asistía a las clases o prefería irse con los amigos a vivir el gran París. Eran dos extraños que vivían en la misma casa.

Pasaron las horas. Madeleine fumaba mientras la tarde moría; sin embargo, la noche tardaba en llegar, el día era largo, muy largo.

—¡Bueno, ya está bien! —bramó Pierre Servant.

Su hija levantó la cabeza para mirarle con ojos interrogantes.

—Madeleine, vas a ir a buscarla.

—¿A quién, a mamá?

—¿A quién va a ser?

—Si se ha llevado el coche…

—Por no caminar un trecho. De aquí al centro de la villa no hay tanto, no estamos en las montañas.

—¿Tengo que ir a la villa?

—Sí.

—¿Y si ella viene mientras tanto?

—Vas por donde pueda regresar tu madre con el coche. Ya en Saint-Tropez, te das una vuelta, encontrarás el coche en alguna parte y si no lo ves, vuelves.

—De acuerdo, me estaba aburriendo aquí.

Con una camisola, pantalón corto y un bolso de piel rústica colgado del hombro, Madeleine abandonó el *camping* dejando a su padre solo en la *roulotte*.

Ningún automóvil abandonaba en aquellos momentos el *camping* de forma que pudiera transportarla sin esfuerzo al centro de la villa, por lo que se alejó caminando del área vacacional internándose por una bonita urbanización de chalets.

Todo estaba tranquilo y muy solitario. Las casas semejaban vacías, no había llegado aún el gran momento del turismo, aunque sí se notaba que había gente en algunas de ellas.

Un gruñido agresivo la hizo volverse preocupada y descubrió a un perro vagabundo que le mostraba los dientes. Con su nueva presencia, Madeleine enfurecía a los perros.

Bufó como una gata y se volvió para acelerar el paso.

Tras ella siguió el perro de raza indefinida, gruñendo pero cauteloso.

Guauu, guauu, guauu…

Se volvió y comprobó que ya no era un perro quien la seguía sino tres, de distintas razas y tamaños.

La preocupación se acentuó en su rostro y aceleró tanto el paso que comenzó a correr.

Un gran perro pastor alsaciano de color negro y fuego saltó el muro de una finca escapando de ella para unirse al grupo de perseguidores.

Cuando la mujer se volvió de nuevo, había ya siete perros tras ella, varios de los cuales ladraban furiosamente.

Una pareja de dobermans escapó por una cancela entreabierta y un pointer saltó del interior de un coche estacionado en una de las calles de la urbanización que había dejado de ser silenciosa a causa de los ladridos de los perros que perseguían a Madeleine.

El grupo de perros se había transformado en una furiosa jauría que iba tras ella acortando distancias, habían perdido el miedo.

Madeleine corría ahora jadeante; notó unos colmillos rozando su pierna, unos colmillos que habían tratado de hundirse en sus carnes sin conseguirlo.

La fatalidad le cortó el paso. La calle que había escogido no tenía salida, vallas y muros de distintos chalets la cerraban.

Corrió hacia un ángulo y trató de saltar al otro lado de una valla cuando salió un mastín del interior del chalet. Furioso, contagiado de la rabia de los demás, la mordió en un hombro cuando había tratado de alcanzarle el cuello.

Madeleine se echó atrás e hizo caer al perro con ella mientras los demás se le echaban encima con una ferocidad demoníaca. Madeleine no era un ser humano para ellos, era otra, cosa…

—¡Miaaauuuu!

En pocos segundos, dos perros cayeron con las yugulares arrancadas por feroces zarpazos. Se mezclaron toda clase de sonidos, ladridos, gruñidos y bufidos mientras la sangre teñía la acera y salpicaba las paredes. Las dentelladas se sucedían.

Una mujer que iba en busca de su coche al ver a distancia lo que ocurría quedó tan impresionada que se desmayó. Alguien comenzó a tocar un claxon con insistencia para ahuyentar a la feroz jauría que se amontonaba sobre su víctima despedazada. Ya no había bufidos, ya no había rebeldía, sólo eran despojos sacudidos de un lado a otro por los colmillos de los canes enfurecidos.

Un hombre se acercó con su automóvil al lugar de la tragedia haciendo todo el ruido que podía, poniendo las luces y tocando el claxon hasta conseguir que los perros se alejaran en todas direcciones con las fauces ensangrentadas.

Lo que había quedado en el suelo manchado de sangre dejó al hombre lívido, sin habla. Sintió mareo, náuseas. Volcó la cabeza sobre el volante y comenzó a musitar:

—Dios, qué horrible, qué horrible…

CAPÍTULO XX

Había oscurecido ya y las bombillas despedían una luz que en el *camping* se veía como amarillenta. El rumor de las olas al batir la arena era lejano, se escuchaba alguna risa, un televisor que tenía el volumen demasiado alto.

Pierre Servant había agotado ya su paciencia y se había levantado de la cama, vistiéndose. Tosía, se movía con torpeza de viejo y se sentía débil como si le hubieran arrebatado algo más de un litro de sangre de las venas.

—¿*Monsieur* Servant?

La puerta de la *roulotte* estaba abierta. Encuadrado en ella había un gendarme que le miraba interrogante.

—Sí, soy el comisario Servant.

—¿Comisario?

—Sí, claro. Ah, bueno, no me conoce. —Suspiró—. Un momento, un momento.

Tosió, sacó su cartera y mostró su documentación al gendarme que la leyó con sorpresa y luego le saludó.

—A sus órdenes, *monsieur* comisario.

—¿Qué ocurre?

El gendarme carraspeó, más preocupado que antes.

—¿Sería tan amable de acompañarme, comisario Servant?

—¿Acompañarle, adónde, qué pasa?

—Ha ocurrido un accidente, *monsieur* comisario.

—¿Un accidente? ¿Mi mujer, el coche? ¿Dónde?

—Será mejor que me acompañe.

—Oiga, estoy esperando a mi mujer, a mi hijo, a mi hija y nadie aparece por aquí. ¿Qué diablos ocurre?

—Creo que son malas noticias, comisario Servant, pero será mejor que usted mismo vea lo sucedido.

—Está bien, pero no tengo aquí mi coche. Mi mujer se lo ha

llevado a Saint-Tropez.

—En la puerta del *camping* tenemos un coche oficial, le llevaremos con nosotros.

—Sí, y luego buscaremos el coche de mi mujer.

El gendarme prefirió no decir nada. Pierre Servant cerró la *roulotte* y le acompañó hasta el coche donde aguardaba otro gendarme al volante.

Antes de que el chófer pudiera cometer alguna indiscreción, el otro gendarme le advirtió:

—El comisario Servant, de la policía judicial de París, viene con nosotros.

El chófer le miró, estiró su cuerpo y puso en marcha el vehículo.

—¿Ha venido a pasar las vacaciones a Saint-Tropez, *monsieur* comisario?

—Sí, pero son unas vacaciones que ya comenzaron mal y me temo que van a terminar peor. Las cosas no salen bien, pero mi mujer se empeñó en venir con la *roulotte*, no estoy hecho para estas cosas, prefiero un hotel. Además, no me gusta eso de salir de vacaciones, yo soy una rata de París. Y ahora, me dirán qué ha pasado.

—Usted lo comprenderá, *monsieur*. Será el comandante de puesto quien le informe.

El comandante de puesto también estiró su uniforme al saber que Pierre Servant era un comisario de la policía judicial en París.

—Usted disculpe las molestias, *monsieur* comisario.

—Al grano.

—Oh, sí. —Abrió un cajón y sacó un bolso de piel rústica.

—Ese bolso, ¿qué quiere decir?

—¿Lo reconoce, *monsieur* comisario?

—Sí, creo que es de mi hija.

—Dentro había documentación.

Al tomarlo observó que estaba manchado de sangre.

—¿Qué le ha ocurrido a Madeleine?

—Algo muy desagradable, comisario Servant. Tendrá que reconocer el cadáver.

—¿Muerta?

—Desgraciadamente, sí.

Pierre Servant se tambaleó. Había dado muchas veces noticias

como aquélla a otros seres humanos a lo largo de su vida profesional y ahora le tocaba a él recibirlas. Se consideraba preparado para afrontar cualquier cosa pero no fue así, le afectó hondamente, algo semejó romperse dentro de él.

—¿Quiere tomar una copa de coñac, *monsieur* comisario?

Agitó la cabeza negativamente. Casi sin voz y después de toser preguntó:

—¿Dónde está el cadáver?

—En la morgue, tendrán que hacerle la autopsia.

—Comprendo. ¿Ha sido un accidente?

—Más o menas.

—¿Sí o no? —inquirió, tajante. Luego, tuvo un fuerte acceso de tos.

—Tenemos café, *monsieur* comisario.

Tuvo que sentarse para seguir tosiendo y no tardaron en darle café escanciado de un termo. Al fin, semejó reponerse un tanto.

—Ya estoy mejor. Vamos, quiero ver a mi hija. Ah, y busco también mi coche, lo llevaba mi mujer por Saint-Tropez y no ha aparecido.

—Si nos da la marca, el modelo y la matrícula daremos una batida por los alrededores y estacionamientos hasta localizarlo.

—Gracias, será lo mejor.

Les anotó los datos en una hoja y el comandante de puesto dio orden a sus subordinados para que lo buscaran. No preguntó a Pierre Servant si había tenido problemas con su mujer como hubiera hecho en cualquier otra ocasión.

Cuando Servant llegó al depósito de cadáveres parecía algo más recuperado.

—*Monsieur* comisario, comprendo que ésta es una situación muy desagradable para usted. Si lo desea, esperaremos a mañana y…

—Por favor.

El propio Servant tomó la sábana y la levantó para identificar el cadáver y ver si era o no su hija Madeleine.

Lo que vio le dejó atónito, no podía dar crédito a lo que se reflejaba en sus retinas. Podía reconocer parte de los cabellos que no estaban manchados de sangre, también el anillo, aunque la mano estaba destrozada, y otro arito de oro que sabía que su hija llevaba en el anular de su pie izquierdo.

—¿Cómo, cómo ha sido posible esto? Dios, Dios, ¿cómo ha sido posible?

—Perros.

Pierre Servant cubrió el cadáver de la muchacha, incapaz de seguir mirando aquel cuerpo joven despedazado a dentelladas.

—¿Cómo ha dicho?

—Perros, *monsieur* comisario.

—Sí, sí, ya lo he oído, pero…

—Por orden del juez tenemos a un agente vigilando la zona en que ha ocurrido la tragedia. Está tomando nota de todos los perros que hay en ese lugar mientras llega un furgón de Niza especializado en la captura de perros.

—¿Quiere decir que los perros la han atacado hasta dejarla como está?

—Así es, *monsieur* comisario, hay testigos. No sabemos por qué razón, una jauría ha puesto sus ojos en su hija y la han atacado con tanta ferocidad. Jamás había ocurrido un suceso semejante, aquí por lo menos.

—¿Cimarrones?

—El caso es que creemos que no. Los testigos dicen que algunos de los perros regresaron a los chalets de donde procedían. Se exigirán explicaciones a sus propietarios, los encontraremos a todos. No se puede tener en libertad a perros sanguinarios capaces de matar con tanta ferocidad como lo han hecho.

—¿Y no ha habido nada que los estimulara, que los hostigara, que los empujara en contra de mi hija?

—No lo sabemos, pero creemos que no. Por lo que parece, se ha creado una mortal animosidad entre el grupo de perros y la muchacha. Los perros suelen agruparse para sus andanzas, pero eso, en estas zonas turísticas, suele ocurrir en setiembre, cuando algunos abandonan a sus perros que se convierten en cimarrones. Pero, aún no es ni siquiera verano y no se había formado una jauría así. Los capturaremos.

Abandonó el depósito exhausto, casi sin fuerzas. Sufrió un violento acceso de tos al llegar a la puerta de salida.

—¿Quiere que llamemos a un médico, *monsieur* comisario?

Negó con la cabeza cuando en el interior de la edificación sonaba un teléfono. Al poco, un empleado con bata blanca llamó al

comandante de puesto que pidió:

—Ahora mismo estoy con usted, *monsieur* comisario, me llaman por teléfono.

Al poco, regresaba junto a Pierre Servant.

—*Monsieur* comisario, hemos encontrado su coche. ¿Quiere que le llevemos a él?

—Sí, sí —dijo, apenas sin voz.

A bordo del coche policial le llevaron junto a su automóvil. El comandante preguntó:

—¿Es éste?

—Sí, es éste.

—¿Lleva las llaves?

—Mi mujer tiene un juego, yo tengo otro en la *roulotte*.

—Le acompañaremos a buscarlas. ¿Dónde cree que puede estar su esposa?

—No lo sé, es una mujer metódica, una perfecta ama de casa.

—¿Tiene amistades aquí en Saint-Tropez?

Se encogió de hombros, se sentía desinflado.

El comandante de puesto de gendarmería pensó que estaba haciendo demasiadas preguntas, Pierre Servant estaba deshecho. Sin embargo, quiso confirmar:

—¿Iba con su hijo pequeño?

—Sí, con André, él también ha desaparecido.

—Si iba con el niño será más fácil encontrarla.

Llevó a Servant al *camping*. Al entrar en el recinto, el cuidador del mismo, visiblemente nervioso por ver tanto a la policía, les detuvo.

—Comandante, le llaman por teléfono.

—¿A mí?

—Sí, sí, a usted.

—Chófer, lleve al comisario Servant hasta su *roulotte*, yo iré ahora mismo.

Vio alejarse el coche y se acercó al teléfono. Al poco, se enteraba de la noticia. Colgó y avanzó aprisa hacia la *roulotte* de Servant; allí estaba el vehículo policial.

—*Monsieur* comisario…

—¿Sí?

—Creo que han encontrado a su hijo.

—¿De veras?

—Sí, venga con nosotros, está cerca de aquí. Vamos en seguida.

A bordo del coche policial, dando tumbos por un pésimo sendero, barriendo la oscuridad con los faros, llegaron hasta la torreta de alta tensión.

Allí aguardaba un gendarme que había llegado en bicicleta y dos hombres vestidos de azul.

—¿Dónde está? —preguntó el comandante.

—Ahí dentro —señaló uno de los empleados del servicio eléctrico—. Habíamos recibido aviso de que había una avería en este lugar, la puerta estaba entreabierta y…

Cuando el comandante vio el espectáculo que allí había, cerró los ojos y tragó saliva.

No tuvo que llamar a Pierre Servant, éste ya estaba detrás de él, caminando desmayadamente. Una lámpara iluminaba la escena interior; afuera, la bombilla estaba rota de una pedrada.

Al ver el cuerpo infantil totalmente carbonizado, con la pelota en el suelo, cerca de él, Pierre Servant reaccionó como si acabaran de asestarle un mazazo en la frente. Se tambaleó y dio un traspiés. El comandante de puesto impidió que cayera.

—Valor, *monsieur* comisario, ha sido un accidente. Ahí está la pelota. El chico ha ido a buscarla y…

—La puerta tenía que estar cerrada —dijo uno de los empleados del servicio de electricidad—. Alguien ha debido abrirla con una llave falsa o con un hierro. Es muy peligroso meterse dentro, son once mil voltios, pero con un servicio de resistencia de muchos kilovatios.

—No toquen nada, ha de venir el juez. Ustedes no se vayan —ordenó el comandante.

Pierre Servant recordaba haber visto a su hijo en una situación análoga, en la Maison du Cavalier Noir; pero en aquella ocasión, lo sucedido sólo había sido un truco de feria. No obstante, había sido premonitorio, como si el mago Noiratre hubiera querido mostrarle anticipadamente cuál iba a ser el final del pequeño André.

Pierre Servant se desmoronó, tuvieron que avisar a un médico, por el *camping* ya había corrido la noticia. Un inyectable le hizo dormir profundamente, ni siquiera su propia y convulsiva tos logró despertarle.

Cuando despertó, ya era de día y un hombre de aspecto afable, entrado en años, le miró, dejando un libro a un lado.

—¿Se encuentra mejor, comisario Servant?

—¿Quién es usted?

—El juez Dimanche. El doctor dice que debería pasarse usted tres o cuatro días en el hospital, tiene los bronquios muy cargados y está muy débil.

—¿Qué han averiguado?

—Verá, lo del pequeño parece un accidente, alguien abrió la puerta. Se pedirán responsabilidades a la compañía eléctrica, un técnico determinará si la cerradura fue olvidada, abierta o forzada. El caso es que el niño debió estar jugando a pelota en ese lugar, había unas piedras, ya sabe, los chicos marcan sus porterías. La pelota se metió en la caseta, fue tras ella y ocurrió la desgracia.

—¿No hubo nadie más allí?

—Huellas de niños. En cuanto a los perros, me han notificado que ya han capturado a quince. Algunos propietarios aseguran que su perro no pudo ser, pero se han encontrado manchas de sangre en sus pelajes. Por supuesto, usted ha de exigirles responsabilidades. La noticia de la trágica muerte de su hija ya ha dado la vuelta al mundo, los medios de comunicación son muy rápidos hoy en día y el terrible suceso no va a favorecer en nada a Saint-Tropez de cara a las vacaciones. Creo que el alcalde de la villa desea entrevistarse con usted.

—¿Y Gracielle, mi mujer?

—La vieron.

—¿Sí? ¿Dónde, cuándo?

—Ayer, por la mañana en Saint-Tropez, en la plaza de Georges Grammont. Iba junto a un hombre viejo que usaba unas gafas cuyos cristales parecían dos pequeños espejos.

Al oír aquellas palabras, los ojos de Pierre Servant quedaron como fijos, muy abiertos y clavados en el techo de la *roulotte*.

—Lo mataré…

—¿Decía usted, comisario Servant?

CAPÍTULO XXI

—¿Cuánta quiere?

Con las manos dentro de los bolsillos, sin mirar al empleado de la gasolinera, Louis respondió:

—Diez litros.

—Es un buen caballo esta máquina, se pueden hacer muchos kilómetros con ella.

—Sí, muchos. Lleva diez horas en marcha, sólo parando para repostar.

Pagó, montó en la Suzuki y prosiguió viaje. Se hizo de noche y la motocicleta de gran cilindrada prosiguió su incansable marcha. Mientras hubiera gasolina en el depósito y Louis le diera paso con el acelerador, la moto correría y correría sin detenerse.

El faro se abría paso entre las tinieblas de la carretera.

Había tenido el propósito de alejarse cuanto más mejor de su familia y de la Maison du Cavalier Noir, sin embargo, no había podido alejarse de una idea obsesiva: Volver a buscar a Vanessa, la misteriosa, la pálida, la sensual Vanessa.

Dejó la nacional seiscientos veintidós y subió por la estrecha y mala carretera de montaña.

Se había prometido a sí mismo convencer a Vanessa para que se fuera con él a París. Él ya encontraría la forma de que pudieran sobrevivir económicamente.

Planes, docenas de planes bullían en la mente agitada del joven, una mente encerrada dentro del cráneo que protegía el casco de motorista.

Se estaba acostumbrando a aquella pésima carretera que se adentraba en las montañas donde reinaba la cúspide Noire. Se había familiarizado con aquel lugar, era como si hubiera estado allí toda la vida cuando realmente hacía poco que lo conocía.

Llegó a la aldea donde lucían dos o tres faroles encendidos,

aquella aldea que temía a la noche y que cuando las tinieblas se extendían sobre ella cerraba sus puertas y ventanas.

Se metió por el camino que pasaba junto al viejo cementerio, aquel cementerio del que nadie parecía desear ocuparse.

Al ver el cementerio, detuvo la moto. Contempló las paredes desconchadas a distancia gracias a la luna y entonces sintió el frío en su cuerpo, era un frío húmedo que desasosegaba.

Tuvo la impresión de que no estaba solo, una impresión que ya había sentido con anterioridad.

Dejó la máquina junto a un árbol y avanzó a pie hasta la puerta del cementerio, con cuidado, como si quisiera sorprender a alguien.

La puerta, como en anteriores ocasiones, estaba entreabierta, nadie parecía tener interés en ponerle una cadena que permaneciera cerrada todo el tiempo.

Los escasos habitantes de la aldea no gustaban de acercarse por aquel lugar; el pequeño cementerio no era como los demás y ellos lo sabían.

La ausencia de niebla y la presencia de una luna magnífica permitían ver sin mayores problemas. Escuchó voces, voces femeninas.

Louis se adentró en el cementerio con mucho cuidado. Estaba seguro de que allí encontraría a Vanessa como había ocurrido las anteriores ocasiones que había pasado de noche por aquel lugar.

No se había equivocado, allí estaba Vanessa, frente a la tumba sobre la que solía sentarse.

Louis tuvo intención de llamarla, de acercarse a ella, pero algo le contuvo.

Frente a la losa, Vanessa pronunciaba palabras que el joven no alcanzaba a comprender. Estaba transfigurada, como en éxtasis. Louis podía verla con claridad porque la luna la iluminaba de lleno, lo mismo que la losa frente a la que se hallaba, una losa que más parecía un altar.

La pálida mujer se inclinó hacia la losa y de su boca comenzó a salir algo que era como algodón. Louis Servant ignoraba lo que era el ectoplasma.

Vanessa vomitaba materia viva, ectoplasma que tomaba forma nada más salir de su boca, de entre sus labios amoratados, de entre sus mandíbulas que aparecían desencajadas como las de una pitón

engullendo su presa, sólo que en su caso era al revés, no engullía sino que vomitaba, o regurgitaba como un ave rapaz nocturna.

Incrédulo más que extrañado, Louis permaneció inmóvil, hierático, como una figura más del cementerio.

Lo que estaba ocurriendo era como un parto. Vanessa paria por la boca a un ser que cada vez se parecía más a ella misma. Era como dar a luz a otra Vanessa sobre la losa de la sepultura.

Louis ni siquiera había llegado a preguntarse jamás si creía en fantasmas. Sabía que Vanessa era un ser real, de carne y hueso, pálida y misteriosa, pero un ser de carne y hueso. Mas, aquello, aquello que ahora vomitaba por entre sus labios desmesuradamente abiertos, ¿qué era?

La figura humana fue perfilándose más y mejor. El proceso era lento, casi como crear. El ectoplasma, la energía viva, la materia que se desprendía del cuerpo de Vanessa, se convertía en una figura idéntica a ella.

Estaba llegando al súmmum de la sorpresa y el asombro. Louis no había podido imaginar nada semejante, él que ni siquiera se había planteado nunca la pregunta de si existían o no los fantasmas.

Aquella extraña regurgitación terminó cuando la nueva figura quedó sobre la losa totalmente desprendida de la boca de Vanessa.

Louis se frotó los ojos, incrédulo. Había estado pilotando la Suzuki horas y horas, huyendo, para al final dar la vuelta e ir en busca de Vanessa y ahora se encontraba con aquello…

Escuchó las risas de las dos muchachas. La que estaba en la losa se puso en pie, evolucionó como si danzara y luego se abrazó a Vanessa.

Eran iguales, exactamente iguales.

Gemelas.

Ellas avanzaron entre las tumbas. En vez de dirigirse hacia la puerta se acercaron al mismísimo Louis como si todo el tiempo hubieran sabido que estaba allí.

—Louis, ya conoces a mi hermana Diana.

El hombre no sabía qué decir. Eran idénticas y comenzaba a darse cuenta de que ya no podía distinguir cuál era Vanessa y cuál Diana. Ambas sonreían igual, le miraban con los mismos ojos…

—No es posible —tartamudeó.

—Sí lo es, Louis.

—Diana murió hace tiempo —explicó una de las dos, por eso pudo distinguir que aquélla era Vanessa.

—No es posible que esté muerta…

—Sí lo está. Ella yace siempre en su sepultura debajo de esa losa que tú has visto. Yo vengo a visitarla, hablo con su espíritu y de vez en cuando le doy materia de mi ser vivo para que su espíritu se materialice como ahora. Pasan unas horas, ella regresa aquí y yo recobro mi energía material viva, lo que algunos llaman ectoplasma.

—Estáis jugando conmigo, os burláis de mí.

—No es magia de feria, Louis, no lo es. Tócame, por favor —pidió Vanessa.

Con cuidado, con evidente temor, alargó sus manos y tocó los brazos femeninos. Ella le cogió las manos y las posó sobre sus propios senos. Después las subió al rostro, riéndose.

—¿Lo ves, lo ves?

Notó que estaba fría, muy fría, terriblemente fría.

—¿Te encuentras bien, Vanessa? —preguntó, dubitativo.

—Sí, Louis, sí.

El joven alargó sus manos hacia la hermana gemela y al oprimir su cuerpo comprobó que éste cedía, no era igual, sus manos cedían en él.

—Diana es un espíritu con la materia que yo le doy, nada más. ¿Verdad que no le tienes miedo? Es buena como yo.

—No es posibleˆ no es posible —repetía Louis, anonadado.

—Sí lo es. Diana está muerta pero no quiere estar sola en su tumba y yo vengo a buscaría para que vuelva conmigo a casa aunque sólo sea durante unas horas. Ahora nos vamos a casa y tú vendrás también, ¿verdad?

—Sí, sí —asintió, como hipnotizado.

Las dos muchachas se dirigieron hacia la salida y a Louis le pareció que ni siquiera tocaban el suelo con los pies. Sintió frío al verlas alejarse como dos figuras blancas perdiéndose entre la arboleda por el camino que llevaba a la Maison du Cavalier Noir.

De pronto, Louis se percató de que tenía erizados los cabellos y todo el vello del cuerpo mientras en la cabeza sentía un ligero picor.

Habían desaparecido ya las gemelas cuando se preguntó si todo aquello era cierto o una diabólica alucinación.

—Sólo hay una forma de comprobarlo…

Quiso convencerse y fue en busca de su motocicleta. Intentó ponerla en marcha y volvió a quedarse sin energía. Estuvo manipulando en la batería y no hubo forma de que la Suzuki funcionara. La empujó pero tampoco se produjo la explosión necesaria dentro del motor.

—¿Qué demonios pasará?

Con la ayuda de una linterna, volvió a revisar el sistema eléctrico, todo fue inútil. La máquina estaba aparentemente bien pero carecía de energía.

—Esta vez no la arrastro —se dijo.

La dejó medio escondida entre unos matorrales para que nadie la tocara, le puso el seguro y se alejó caminando bajo un cielo estrellado y una luna espléndida.

No podía apartar de su mente la imagen de Vanessa y de su hermana gemela, aún no podía admitir que estuviera realmente muerta.

Poco a poco, sin que se diese cuenta, la maldita niebla se tomó más y más espesa.

—Esta vez llegaré.

Echó a correr para avanzar el máximo por aquel tortuoso camino que la niebla iba borrando, pero la Maison du Cavalier Noir, a pie, aún quedaba lejos.

CAPÍTULO XXII

El salón estaba iluminado por las velas que se erguían en los candelabros. El profesor Noiratre prefería la luz de las velas y el fuego del hogar a la luz eléctrica que, por otra parte, solía fallar bastante en aquella alejada mansión.

El profesor, que escondía la carencia de ojos con sus gafas que parecían espejos, gafas que inquietaban a quien las miraba, a quien se veía reflejado en ellas, volvió su cabeza hacia la escalinata.

Veía sin ojos, sus poderes malignos le daban visión por un tercer ojo.

Gracielle descendía los peldaños vestida con una túnica negra que la hacía más bella. Sus cabellos caían sueltos sobre la espalda. Se la veía una mujer hecha, madura, pero también atractiva y deseable.

Bajaba despacio, parsimoniosamente, escalón a escalón, sintiéndose observada y gozando con ello.

Su sensualidad había estado reprimida a lo largo de su vida, no había experimentado el verdadero placer del sexo ni con su marido. Había roto amarras, ya no era la misma. Había sufrido una profunda transformación.

No quería volver a ser la mujer burguesa, sin más futuro que consumir objetos y cosméticos en una casa donde el aburrimiento y el tedio la aplastaban.

Llegó a la mesa y se sentó cerca del mago.

—Está usted muy hermosa esta noche, *madame*.

—No comprendo cómo puede usted ver sin ojos.

El mago se rió lentamente como era habitual en él.

—Cuando se tienen poderes como yo los poseo, dejamos de ser uno más entre los mortales, somos distintos.

—¿Qué más le ha dado el diablo?

—Arioc, el príncipe de los infiernos, mi protector, me ha dado

poderes, pero el más apreciado para mí es el de escoger mi propia reencarnación. Aunque muera, vuelvo a nacer y sigo siendo el mago Noiratre, el propietario de la Maison du Cavalier Noir. Esta casa es mi templo y en él invoco a mi protector.

—¿Y qué le da a cambio al diablo? —preguntó sin titubear. Ya nada la extrañaba, en cambio la atraía aquella misteriosa e infernal proximidad.

—Maldad, le doy maldad en mi entorno.

—¿Y sacrificios humanos? —preguntó Gracielle, fallándole ahora la voz.

—El diablo es el Mal mismo y los que le invocamos, los que demandamos su protección, no sólo aceptamos la maldad sino que la practicamos. Ni Arioc ni Astarot, ni Asael ni el mismísimo Satán con sus legiones de demonios, tienen poder físico para atacar a un mortal como nosotros. No pueden verter nuestra sangre, no pueden sacrificamos ni matarnos para que nos hundamos en el averno, en las tinieblas donde ellos moran. Para eso se sirven de seres como yo, hombres y mujeres. Nosotros somos sus verdugos, sus manos ejecutoras, quienes ofrecemos víctimas a nuestros protectores. —Volvió a reírse. Se reía de forma parsimoniosa mientras Gracielle se veía reflejada en sus gafas—. Quien no ofrece nada, no recibe protección.

—¿Usted, usted ha matado? —preguntó, a punto de rompérsele la voz.

—*Madame*, mi espíritu está en este mundo desde hace muchos siglos, desde antes de que esta vieja casona tuviera cimientos. Mi cuerpo muere y vuelvo a tomar otro cuerpo. Arioc me protege porque yo doy satisfacción a sus ansias de venganza.

—¿Su preocupación más grande es la venganza?

—Después de mi reencarnación, sí. Todo aquel que me daña o se burla de mí, lo paga y muy caro.

—Ahora dejará en paz a Pierre porque yo he venido aquí, ¿verdad?

—No, *madame*.

—¿Qué hará entonces?

—El comisario Servant, el hombre que se burló de mí cuando yo le decía la verdad que él no quería admitir, la verdad que trata de ocultar frente al mundo, la verdad que le habría costado el cuello,

vendrá aquí.

—¿Aquí?

—Sí, él mismo vendrá.

—¿A buscarme?

—Varios son los motivos que le impulsarán a venir aquí, enloquecido, y entonces culminaré mi venganza.

—Si hace tiempo que lo odia, ¿por qué no ha tratado de vengarse antes?

—Dicen que la venganza es el placer de los dioses, *madame*. Yo no soy ningún dios, pero he practicado la venganza durante siglos y sé cómo debe hacerse. Podía haber esperado al comisario Servant en un lugar oscuro y matarlo, nada más fácil, pero esa venganza habría sido zafia, impulsiva y por impulsiva, escasamente conseguida. No podía hacer una venganza semejante, no sería digno de un hombre refinado como yo.

—¿Y cómo quiere vengarse de Pierre?

—Mi venganza ya ha comenzado, *madame*; si no puedes ver el horror en el rostro de tu víctima, si no ves el sudor frío en su piel si no puedes oír el grito de rabia e impotencia que escapa por su garganta, no lo has hecho bien. Por supuesto que su vida será cortada por mi voluntad y en forma cuanto más dolorosa mejor, pero hay otras formas de dañar, especialmente cuando tenemos raíces, cuando tenemos lazos, cuando hay otros seres en nuestro entorno.

—Eso es tanto como decir que otros seres también han de ser víctimas de la venganza dirigida contra alguien concreto.

—Así es, *madame*.

—¿Por qué? Si son inocentes, ¿por qué han de pagar ellos también? No es justo.

—*Madame*, la maldad no tiene justicia, es sólo maldad y ahora que usted se ha arrancado la careta, que ya no le importa arrastrarse a los pies de un desconocido, de un ser extraviado, de un ser que me obedece pero que está loco, que es incapaz de discernir, de tomar decisiones, ahora usted puede comprender lo que es la maldad porque usted ya se parece más a mí.

—No, no es eso lo que busco. En cuanto a Jules, ¿insinúa que usted, usted le ordenó que subiera a mi habitación?

—Así es, *madame*. Yo lo tenía todo pensado. Jules me obedeció y

como suele hacer, me obedeció bien. Yo mismo arranqué del cerebro de Jules su capacidad de decisión, sin mí no es nada, sólo una masa de carne y huesos, muy fuerte, eso sí, pero nada más.

Gracielle no había supuesto que el diálogo sería tan cínico, tan despiadado, y se asustó. Por primera vez desde que tomara la decisión de abandonar a Pierre y olvidarse de su familia, tuvo miedo, un miedo visceral.

—¿Y qué papel me toca a mí en la venganza?

—¿Ya lo ha comprendido, *madame*?

—Es usted horrible, horrible.

—*Madame*, si usted fuera inteligente me suplicaría que invocase al príncipe de las tinieblas para ofrecérsele como sierva, para entregarse a él y ofrendarle cuanta maldad pudiera.

—No, eso jamás, jamás.

Se había puesto en pie y retrocedía.

—*Madame*, le ofrezco esa oportunidad. Usted misma podría ser la mano ejecutora del comisario Servant, sí, sería magnífico. Usted arrancándole la vida al hombre que ha tenido a su lado durante años y junto al cual no se ha sentido feliz.

—No, no, eso nunca. Yo no he venido aquí para eso, jamás me entregaré al diablo.

—*Madame*, su decisión es torpe. Le aseguro que podría hacerle cambiar de opinión, someterla y obligarla a hacer lo que yo exija, pero no sería hermoso, no, *madame*, quiero su decisión voluntaria.

—¡No! —gritó Gracielle. Arrepentida fuerzas infernales echó a correr hacia la puerta de salida. La abrió para escapar, pero en el umbral estaba Jules y al chocar casi contra su cuerpo, chilló de terror.

—Jules, tráela a mis pies.

Gracielle intentó escapar corriendo, mas no lo consiguió. Jules había alargado la mano cogiéndola por los cabellos y el tirón fue tan violento que a la mujer se le doblaron las rodillas y las lágrimas saltaron de sus ojos.

El alto y fornido Jules era un autómata, un ser vivo sin voluntad propia que obedecía al Mal, y el Mal era el mago Noiratre, el hombre que se reía porque estaba seguro de sí, de sus poderes, de su venganza.

Jules arrastró a Gracielle por los cabellos hasta dejarla a los pies

del profesor.

—*Madame*, aún tiene su oportunidad. Reniegue de todo lo que sea bueno, puede pedirme que la convierta en sierva del príncipe de los infiernos y salvará su vida. Tendrá poderes, poderes que irán aumentando a medida que sirva fielmente a Arioc. Tardará mucho en alcanzar los poderes que yo poseo, pero todo puede llegar.

—¡Noooo! —gritó Gracielle, rebelándose pese a su desesperada situación.

—*Madame*, no puedo decir que lo siento. Usted ha escogido su propio destino. Jules, llévatela.

Gritando de dolor, arrastrada por los cabellos, Gracielle fue sacada del salón para ser introducida en la sala de los trucos de feria.

Por la puerta que daba al exterior, donde la niebla había hecho acto de presencia, aparecieron las gemelas.

—Papá, ya estamos aquí —le dijeron. Se acercaron a él, cada una por un lado de la mesa y le besaron en las mejillas, a derecha e izquierda respectivamente.

—Esta noche será grande para mí, hijas, muy grande.

Las gemelas hablaban al mismo tiempo, era como una voz grabada dos veces en el mismo magnetófono y unida para su audición.

—Papá, Louis Servant viene hacia la casa.

—Muy bien, es importante que venga.

—Hemos absorbido la energía de su máquina para que viniera a pie.

—Bien hecho. Vanessa, ésta también será tu noche, tu gran noche. De ti depende mi reencarnación.

—Padre, acataré tu voluntad como siempre.

—Vas a pasar un tiempo sin mí, sin mi protección, pero cuando regrese, te lo haré saber, te hablaré y me entenderás. Esta noche, Diana, deberás alejarte de Vanessa y regresar a tu tumba, reposar por un tiempo largo. Tu hermana va a necesitar toda la energía en su cuerpo.

Se escuchó un grito horrible que provenía de la sala de los trucos de mago de feria. Las dos hermanas miraron hacia la puerta sin hacer ningún gesto por avanzar hacia ella.

Se produjo entonces un remolino de viento, las llamas de las

velas oscilaron.

Diana se transformó en una nube algodonada de ectoplasma que se acercó a Vanessa para envolverla por completo. Poco a poco, la nube fue desapareciendo, como penetrando en el cuerpo de la muchacha hasta que ésta volvió a verse con nitidez.

El remolino de viento se dirigió después hacia la puerta y se perdió en la noche, perforando la niebla.

CAPÍTULO XXIII

El comisario Pierre Servant mantenía apoyado el pie sobre el pedal del acelerador, hundiéndolo.

El potente automóvil se introdujo en la pequeña y estrecha carretera. Sus faros, con la luz intensiva, eran como los ojos de un monstruo que recorría la noche a velocidad de vértigo.

Servant conducía enloquecido de rabia, temblándole las manos, tosiendo convulsivamente.

No iba a inmiscuir al resto de la policía en aquello porque no le interesaba, su batalla contra el mago Noiratre era una cuestión personal. No le tenía miedo, una vez se había burlado de él y volvería a hacerlo.

Los neumáticos del automóvil chirriaron de forma escalofriante. Se salió de la carretera para introducirse en la aldea y atravesar aquellas pocas casas que cuando llegaba la noche cerraban sus puertas y ventanas.

A la excesiva velocidad a que viajaba no pudo evitar que el costado del coche rozara una de las paredes produciendo un ruido estremecedor. La pintura de la plancha quedó en la pared de piedra.

Con el costado rascado y abollado, continuó adelante, saltando en los baches, golpeándose contra las piedras que sobresalían de la tierra en aquel maldito camino.

Por un instante, los faros iluminaron las paredes del cementerio, luego se sumergió en la niebla.

Encendió los faros amarillos antiniebla y disminuyó ligeramente la velocidad, apenas veía el camino y la niebla espesaba más y más.

El coche parecía que fuera a romperse en cualquier momento por el tortuoso camino por el que saltaba, gruñía, crujía. Una fuerza invisible semejaba guiar el volante sin que Servant se percatara de ello.

Abrirse paso a través de aquella niebla era un auténtico suicidio

cuando se mantenía el pie apoyado en el acelerador. La niebla reflejaba la luz de los faros y creaba un resplandor fantasmal que envolvía al vehículo y lo acompañaba en su viaje.

Pierre Servant veía sombras a derecha e izquierda, eran los árboles, fantasmas vegetales, pero una de las sombras era distinta.

Un hombre quedó iluminado por los faros y a punto estuvo de arrollarlo; lo vio saltar pero no le pudo ver la cara. Dio un claxonazo que sonó como un rugido gutural de la noche.

Continuó, olvidándose de aquel desconocido que había tenido que lanzarse fuera del camino para no quedar bajo las ruedas del Peugeot.

Lo que Pierre Servant ignoraba en aquellos momentos era que había estado a punto de atropellar a su propio hijo que, tanteando casi en las tinieblas y por entre la densa niebla, trataba de llegar al mismo sitio que él: A la Maison du Cavalier Noir.

Las potentes luces iluminaron al fin la fachada de la lúgubre casa.

Pisó el freno y se detuvo justo delante de la puerta.

Abrió la guantera y sacó una Smith Wesson de 9mm. *Parabellum*, modelo 59, con cargador de catorce balas, lo que la convertía en una pistola ametralladora.

Comprobó que estaba cargada y se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Se apeó del coche y, decidido, fue hacia la puerta.

Ante él estaba el aldabón con la cabeza de gato. Lo asió y golpeó varias veces con contundencia.

—Puede usted entrar, comisario Servant.

Empujó la puerta de vieja madera de ciprés que cedió sin dificultad.

Dentro había luz. Los candelabros llameaban sobre la larga mesa de gruesa tabla. En la chimenea ardían los leños ahuyentando el frío con sus llamas anaranjadas.

El profesor Noiratre estaba al extremo de la mesa, frente a los manjares que le había servido Jules. Estaba allí, tranquilo, como invulnerable, parapetado tras sus gafas.

—Adelante, comisario Servant.

—¡Bastardo, hijo de perra, usted es el culpable! —rugió grave y agresivo.

—Hace años, muchos años, no he olvidado cuántos porque los he ido contando pero ya no importa el número porque hemos llegado al fin, se requirió mi presencia en una comisaría de París.

—¿Qué importa ahora el pasado? ¡Usted es el culpable de lo que les ha ocurrido a mis hijos!

—Muéstrese civilizado, comisario Servant. Recuerde… Habían detenido a varios sospechosos del asesinato de una mujer, pero no había pruebas en contra de nadie y alguien dijo que un vidente, un mago con poderes auténticos, podría señalar al culpable y de esta forma todo sería más fácil. Una vez señalado, se le acorralaría hasta que confesara.

—No quiero oír estupideces. ¿Dónde está mi mujer?

El profesor Noiratre no parecía dispuesto a dejarse intimidar por la amenazadora agresividad del comisario que, de cuando en cuando, doblaba su cuerpo a causa de un violento acceso de tos.

—Me pusieron delante a otros sospechosos y a otros individuos que no lo eran, mezclados entre ellos, para espigar mejor y hallar la verdad. Yo me concentré y sin titubear señalé al culpable, al asesino y ése era el agente Servant, el actual comisario Servant.

—No se ponga a llorar. Usted no es el único que se ha confundido al señalar a un culpable, hasta los testigos oculares se equivocan.

—Yo señalé al verdadero culpable, al asesino de una muchacha violada y torturada por un demente y ése era usted, comisario Servant. Logré revivir en mi mente el instante del crimen y le vi a usted con las manos ensangrentadas ante el cadáver de la chica, pero ¿quién iba a creer que el agente de policía fuera el asesino? Nadie, y usted fue el primero en echarse a reír. Sabía el peligro que corría si sus superiores hacían caso de mis palabras. No podían sospechar de usted, lo hizo muy bien, Servant. Se burló de mí, me escarneció delante de todos y por último me cogió de la chaqueta, me sacó a empellones de la comisaría y me lanzó a la calle llamándome embaucador y farsante. Nadie salió en mi defensa, le dejaron hacer entre hirientes carcajadas. Nadie podía creer que su compañero fuera el asesino, todos prefirieron reírse de mí. No sé si recuerda que le prometí vengarme.

—No me acuerdo de nada.

—Entonces, ¿por qué lleva la fotografía en el bolsillo?

—¿Qué fotografía?

—Meta la mano en el bolsillo de su chaqueta y saque la foto de la muchacha que asesinó. Y recuerde a la chica que murió carbonizada en la carretera.

—¿La chica de la carretera?

—Usted también fue en parte culpable de la muerte de esa chica en la carretera cuando viajaban hacia Castres.

—Yo, no, fue el camión. ¿Acaso usted era el del camión?

—Usted vio la cara de la mujer, comisario Servant, ¿no la recordó? Era la misma cara que usted dejó sin vida hace ya años, un montón de años.

—Nos hipnotizó y nos narcotizó a todos la otra noche. ¿Qué pretende conseguir ahora?

—Esa mujer era la misma, sí, la misma que usted mató, así pudo matarla dos veces.

—¡Está loco! ¿Cree que me voy a tragar semejante sarta de estupideces?

—Yo invoqué a Arioc, al príncipe de los infiernos para que el espíritu de su víctima se reencarnara en alguien a quien pudiera vigilar y usted la volvió a matar. A mí no me importa la justicia, sólo ansío venganza y he esperado años, lo he preparado todo y el momento ha llegado. Usted está siendo castigado y aún lo será más antes de que mi espíritu abandone este cuerpo caduco en el que me refugio hasta buscar otro nuevo.

—Escucharle me pone enfermo, mago de feria. Le voy a llevar a la guillotina.

—Confiese que usted fue el asesino hace veinte años. No la conocía de nada, era una muchacha de dieciséis años. Usted había bebido de más, la encontró sola y se convirtió en una fiera. La chica se defendió y usted la mató con saña para que se pensara que el asesino era un demente que ya había causado otras víctimas. Todos llevamos el mal dentro de nosotros, comisario Servant, yo lo abandero, pero usted miente, miente a todos. Engaña a sus compañeros, a la Ley, a la justicia, a su familia, a todos, porque es un asesino como puedo serlo yo.

—¡Usted no podía saberlo!

—¿No? —Volvió a reírse—. ¿Sigue pensando que soy un mago de feria pese a que le señalé como culpable? ¿Sigue pensando que

soy un embaucador después de lo que acabo de decirle?

—¡Sí!

—Además de un asesino, es usted estúpido.

—¿Yo estúpido? Usted sí que lo es y le mataré por lo que ha hecho.

—¿Por lo que he hecho o para impedirme gritar que es usted un asesino?

—Sólo tú lo sabes, viejo embaucador…

El comisario Servant hundió la mano dentro de la chaqueta y la sacó armada con la pistola ametralladora. Apuntó hacia la cabeza de Noiratre el cual no pareció asustarse lo más mínimo.

—Yo no soy el único que lo sabe.

—¿Ah, no?

—Se lo he contado a su esposa.

—No le habrá creído.

—Se equivoca. Venga, venga conmigo.

Como si el comisario Servant no tuviera ningún arma en su mano, el mago Noiratre le condujo a la sala de trucos. Abrió la puerta y le invitó a pasar.

Dentro había cuatro candelabros de velas rojas en torno a una mesa metálica y sobre ella, una cesta de mimbre alargada de algo más de metro y medio.

Por el agujero de uno de sus extremos asomaba una cabeza de mujer.

—¡Gracielle!

Los cabellos de la mujer colgaban en el aire hasta tocar el suelo, cerca de un soporte de afilados sables.

En las sombras aguardaba Jules, estático como un muñeco de feria, como un reclamo de parque de atracciones. Llevaba puesta la capucha de verdugo y sus ojos brillaban perdidos en los agujeros de la tela.

—Está ligeramente inconsciente pero pronto despertará.

Hizo el gesto de abrir la canasta de mimbre pero estaba cerrada con tres candados.

—Ella sabe que es usted un asesino y le denunciará.

—¡No!

—*Madame, madame*, despierte —pidió el mago.

Los párpados de Gracielle se abrieron para mirar a los hombres.

—*Madame*, su marido está aquí.

—Pierre…

—Gracielle, ahora te saco de aquí.

—*Madame*, su marido desea preguntarle algo, respóndale usted.

—Gracielle, no habrás creído lo que te ha contado este embaucador, ¿verdad?

—Pierre, tendrás que confesar tu horrible crimen, confiesa y te liberarás.

—¡No lo haré nunca!

—Si no lo haces tú, lo haré yo.

—Tú, ¿serías capaz?

—Sí, Pierre. ¿Cómo puedes exigir justicia si eres un asesino y jamás has pagado tu culpa?

—Ya lo ha oído, comisario Servant. Además, su esposa disfruta más en la cama con Jules que con usted y si digo «más», es un eufemismo. Dígale, *madame*, ¿la ha hecho gozar alguna vez en su vida de matrimonio? ¿Le ha dado placer?

—Sólo me ha dado hijos.

—¿Y Jules?

—Placer.

—¡Eres una perra repugnante, jamás habría pensado eso de ti! —rugió Servant.

—Tú asesinaste a una muchacha.

—¿No ha pensado jamás en participar en un número de magia de feria, comisario? La magia de feria, con sus increíbles trucos, tiene una gran atracción para el público. No son pocos a los que les gustaría subir al escenario, tomar un sable y traspasar la cesta de mimbre, es emocionante. Hay un placer sádico en la inserción de la espada porque no deja de tener la simbología de la penetración en la mujer que se halla dentro de la cesta.

Mientras hablaba, el mago tomó uno de los sables y lo puso en la mano izquierda del comisario que se encontró así armado con sable y pistola.

Pierre Servant vaciló, tosió. Estaba ya como enloquecido. Miró a Gracielle y le preguntó:

—¿Es cierto que te has revolcado con ese Jules como una perra en celo?

—No puedo mentirte, Pierre.

La mano del comisario Servant tembló pero acabó hundiendo la espada en el cesto de mimbre. Encontró una resistencia, pero empujó hasta hundirla por completo.

La hoja desapareció y sólo quedó la empuñadura. Pierre Servant miró el rostro de Gracielle que no reflejaba el más mínimo dolor.

—Ya sabe cómo son los trucos de feria, comisario Servant. Tome otro sable, a lo mejor lo consigue.

Y se echó a reír.

Una tras otra, Pierre Servant hundió hasta diez afiladas espadas en la canasta de mimbre.

Cuando volvió a mirar el rostro de su mujer, comprobó que ésta tenía los ojos abiertos, muy abiertos y por entre las comisuras de los labios asomaba un hilo de sangre, y no era aquél el único gotear de sangre que había.

—Terminó su obra, comisario Servant.

—¡No ha gritado, no ha gritado!

—No lo ha hecho porque estaba hipnotizada previamente y no ha sentido el dolor. No estaba seguro de que usted llegara a clavarle tantas espadas si ella gritaba.

—¡No es cierto, no es cierto, todo es un truco! —bramó, enajenado.

—¿Cree que es usted el hipnotizado y que cuando ella despierte seguirá viva y pidiéndole que se la lleve de este lugar?

—¡Sí, sí, eso es!

—Comisario, es posible que usted tenga razón. Sin darse cuenta, incluso me ha dado su pistola para que la sostuviera. Sí, debe estar usted hipnotizado. Tome la pistola y compruébelo.

—Sí, sí, lo voy a comprobar.

—Apúntese a la sien y dispare. Si está hipnotizado, ¿qué le puede ocurrir? A final, los dos se irán juntos de aquí.

—La pistola, sí, la pistola…

La elevó y puso el orificio del cañón sobre su sien, pero su boca tembló.

—¿Qué le ocurre, comisario Servant, no está seguro de nada? ¿Ya no sabe si esto es una alucinación, una pesadilla, como le ocurrió cuando creía que se hundía dentro de la laguna negra, metido en la *roulotte*? Después de todo, comisario Servant, su hijo Louis está a punto de llegar y él verá lo que ha hecho usted con su

madre.

—¡No es posible, Louis no viene, no…!

—Sí, viene, comisario Servant, y lo sabrá todo.

—¡Papá! —exclamó la voz de Louis apareciendo por la puerta que estaba abierta. El joven llegaba jadeante de entre la niebla.

Bangggg…

CAPÍTULO XXIV

Louis se tambaleó sin poder dar crédito a lo que veía.

Su padre, su propio padre, acababa de descerrajarse un tiro en la sien. Lo vio desplomarse sin soltar la pistola que seguía aferrada entre sus dedos.

—¿Por qué, por qué?

—Ha querido jugar a mago de feria, me ha desafiado y ha matado a tu madre, muchacho, no ha podido resistirlo.

Louis pasó por encima del brazo caído de su padre y se acercó a la cabeza inerte de su madre que había quedado con los ojos abiertos. La sangre manchaba sus cabellos, el suelo.

—Mamá, mamá, ¿por qué, por qué? —gimió.

—Muchacho, tu padre ha confesado un crimen.

—¿Un crimen? No puede ser.

—Sí, hace veinte años abusó, torturó y asesinó a una muchacha. Lo ha confesado todo antes de morir.

—¡No puedo creerlo!

—Eres libre de creerlo o no. Él se ha llevado su culpa a la tumba, bueno, no va a tener tumba.

—¿Qué dice?

—Muchacho, ¿crees que será bueno llamar a la policía y entregarles estos cuerpos tal como están? Tu padre ha matado a tu madre en esa cesta, le ha clavado diez espadas y en cada una de las empuñaduras están sus huellas. Después, se ha saltado el cráneo de un balazo, tú lo has visto. ¿Qué ocurrirá? Páginas y páginas de periódicos se llenarán de la noticia, la televisión, la radio, las revistas de escándalo. ¿Es eso lo que deseas?

—No —musitó, abrumado.

—En ese caso, Jules te ayudará.

—¿A qué?

—A sepultar los cuerpos de tus padres. ¿O prefieres que los

sumerjamos en la laguna negra? Su fondo es tan profundo que jamás sacarán lo que pueda caer en ella.

—No, no quiero.

—¿Tierra, entonces? Piensa que para su memoria es mejor que nada se sepa. Ellos descansarán para siempre y el mundo les olvidará. Cuando te pregunten, sólo tienes que decir que salieron de viaje, no sabes adónde.

—No puedo creerlo, no puedo… ¿Qué les ha hecho? —gritó casi fuera de sí, cogiéndolo por las solapas y zarandeándolo.

—El destino es cruel, muchacho, yo lo sé bien porque pronto voy a morir y sé que dejaré sola a Vanessa.

—¿Vanessa, qué es Vanessa, una bruja como usted?

—Vanessa es una muchacha maravillosa que te seguirá adónde le pidas.

—¿Y su hermana Diana?

—Descansará en su tumba. En realidad, todo es un juego de la propia Vanessa que no quiere estar sola. Si la dejas aquí, Diana descansará en paz.

El dolor hizo que las lágrimas asomaran a los ojos de Louis. No asimilaba todo lo ocurrido. Con su voz, con sus poderes, el profesor Noiratre diluía su rabia y aumentaba su dolor, su confusión.

—Jules, ve a buscar dos palas y ayuda a Louis a enterrar a sus padres. Que escoja él el lugar.

—Quiero que descansen en el cementerio —exigió Louis.

—Lo que tú digas, Louis, son tus padres. Con el coche los podéis llevar, cavad la sepultura y enterradlos unidos. Descansarán dentro del recinto de un cementerio y podrás llevarles flores siempre que lo desees, pero el coche será mejor hundirlo en la laguna negra para que no sea hallado jamás.

Louis, que no podía ni siquiera imaginar la diabólica malignidad de los planes del profesor Leonard Noiratre, se dejó llevar y una hora más tarde, él y Jules cavaban una fosa única para dos cuerpos, un hombre y una mujer que habían vivido juntos sin llegar a conocerse ni a comprenderse.

—¿Por qué, por qué la ha matado? —preguntó Louis sin dejar de cavar.

—Para que no hablase —respondió Jules.

Mientras, el profesor Noiratre, cansado, avanzando con aquel

cuerpo viejo y obsoleto, se metió en la salita de la magia negra, su sala predilecta. Una vez dentro, se encerró con llave.

Dejó encendido el candelabro de siete velas que en este caso eran negras y la llama salía roja.

Buscó el collar de la cabeza de gato que tenía insertos cuatro clavos y se lo puso en el cuello tras colocarse el sayo negro sin costuras.

Se acercó a un antiquísimo grimorio que permanecía abierto sobre un atril y leyó en él malditas letanías.

Tomó un puñado de polvos mezcla de semillas y raíces desecadas y pulverizadas. Los puso dentro de un recipiente de bronce y luego tiró un fósforo largo y negro que acababa de encender. El polvo se quemó provocando una humareda de intenso olor acre que invadió la estancia.

Fue hacia el sillón del diablo y se acomodó en él pesadamente. Hacía tiempo, mucho tiempo, que no se sentía tan fatigado; su venganza se había consumado, ahora sólo faltaba el fin.

—¡Arioc, Arioc, tu siervo Noiratre te reclama! ¡Arioc, yo te invoco para que vengas y me sirvas, yo demando tu protección!

* * *

En el cementerio aplastaron la tierra con los pies. Louis buscó dos palos, los ató burdamente y clavó la cruz en la tierra blanda.

—Volveré y os traeré una lápida —musitó—. El mundo no conocerá esta tragedia.

—No tengo que volver a casa —dijo Jules.

—Yo no voy a regresar allá —dijo Louis, resuelto.

—¿Me llevo el coche a la laguna negra tal como ha ordenado el profesor?

—Sí, llévatelo y que jamás se vuelva a saber de él. Yo me iré con la moto, la tengo por aquí cerca.

—Como usted mande, *monsieur*.

Jules recogió las dos palas y se dirigió al coche que estaba manchado de sangre. Lo puso en marcha y se alejó. No faltaba demasiado para el amanecer. La niebla se había disipado y ni siquiera hacía frío.

—Louis…

Frente a la puerta del cementerio descubrió a la bella y palidísima muchacha.

—Vanessa…

Fue a su encuentro alargando sus manos, la cogió por los brazos.

—Louis, llévame lejos de aquí, te lo suplico, llévame a París.

—¿Estás dispuesta a venir conmigo?

—Sí.

—¿Sin mirar atrás?

—Sí. Nosotros somos los hijos y no tenemos culpa de nada.

—¿Y tu hermana?

—Déjala que descanse en paz.

—Ya no sé si estoy loco o soy un alucinado que habla de los muertos como si estuvieran vivos…

—Los vivos sólo somos tú y yo. Ya te dije que Diana sólo era un espíritu.

—Está bien, nos iremos. —Suspiró hondamente—. No sé si seremos capaces de olvidar todo lo ocurrido, no sé si podré hacerte feliz.

—Yo sí te haré feliz a ti.

—Entonces, vamos.

—Antes quiero saber una cosa, Louis.

—¿Una cosa?

—Sí. Yo te amo, Louis, te lo he dicho varias veces, pero quiero saber si tú me amas a mí.

—Lo sabes, Vanessa, lo sabes.

Ella se quitó el manto con el que cubría su vestido y lo tendió en el suelo, junto al muro desconchado del cementerio, un manto en el que se podía ver un círculo y un triángulo en medio.

—No puedo seguirte si no me amas, si no me lo demuestras.

—¿Vanessa, aquí? —preguntó, dubitativo.

—Donde sea. Es preciso que yo sepa que puedes amarme.

Lo besó en los labios y luego se apartó de él. Se puso sobre el manto, en el centro del triangulo y se arrodilló para decirle con ojos enfebrecidos:

—Guardo mi virginidad para ti, Louis, sólo para ti.

El joven se arrodilló frente a ella, miró sus ojos y le parecieron ojos de gata.

Quiso recordar, pero la mano femenina le rodeó el cuello y lo atrajo hacia sí mientras la muchacha de la cara pálida se dejaba caer hacia atrás y él era ya incapaz de oponerse a sus deseos.

La muerte estaba al otro lado del muro, pero allí, sobre el manto, estaba la Vida y nadie les molestaba bajo un cielo plagado de estrellas y una luna brillante que semejaba helada.

* * *

—¡*Arioc, Hemen Etan, Hemen Etan*…! —Gritaba convulsivo el profesor Noiratre—. ¡Arioc, yo te invoco para que vengas y me reencarnes en la nueva semilla que mi hija guardará en su vientre y que habrá de nacer en nueve meses, que se amamantará de sus pechos y crecerá bajo sus cuidados hasta que pueda regresar de nuevo aquí!

Comenzó a desgranar su letanía de invocación.

—Dues Mies Jeschet Boenedoesef Douvema Enitemauss…

Una violenta ráfaga de viento penetró en la estancia por la chimenea haciendo volar cuanto había en la salita mientras algo rugía, quizás era el mismo viento.

El profesor Noiratre se aferraba a los brazos de la maligna butaca de ébano mientras todo él temblaba.

* * *

Frente a la laguna negra, Jules observaba cómo el coche se hundía lentamente hasta desaparecer de su vista. Consumado su trabajo, regresó caminando a la casa.

Cuando Jules entró en la mansión fue hasta la salita de la magia negra. Sacó una llave y abrió la puerta. El olor acre invadió su nariz.

Había hojas y libros caídos por el suelo, las velas seguían encendidas y el profesor Noiratre se hallaba en su maligno sillón con la cabeza doblada, inerte todo él.

Jules no se afectó lo más mínimo.

Tomó entre sus brazos aquel cuerpo magro y lo arrancó de la silla. Fue hasta un cortinaje, lo apartó y apareció una puerta que abrió con facilidad.

Una escalera descendente le condujo a una cripta en la que había más de dos docenas de féretros. Uno de ellos estaba abierto, como dispuesto para ser empleado.

Jules depositó el cadáver del profesor Noiratre dentro del ataúd y bajó la tapa. Un ciclo más acababa de cerrarse.

* * *

Junto al muro del cementerio, a Vanessa le brillaban los ojos,

parecía satisfecha. El cielo clareaba y Louis permanecía a su lado.

—Vámonos, vámonos antes de que salgan los habitantes de la aldea.

—Sí, Louis, vámonos.

Fueron en busca de la Suzuki que se puso en marcha sin dificultad.

Montaron a horcajadas sobre ella y haciendo rugir el motor se alejaron de aquel lugar. Vanessa apoyó su rostro contra la fuerte espalda de Louis Servant.

«Padre, se ha cumplido tu voluntad»…

La poderosa máquina enfiló por la carretera solitaria.

París estaba lejos, muy lejos aún. La noche había terminado pero la historia seguía.

FIN